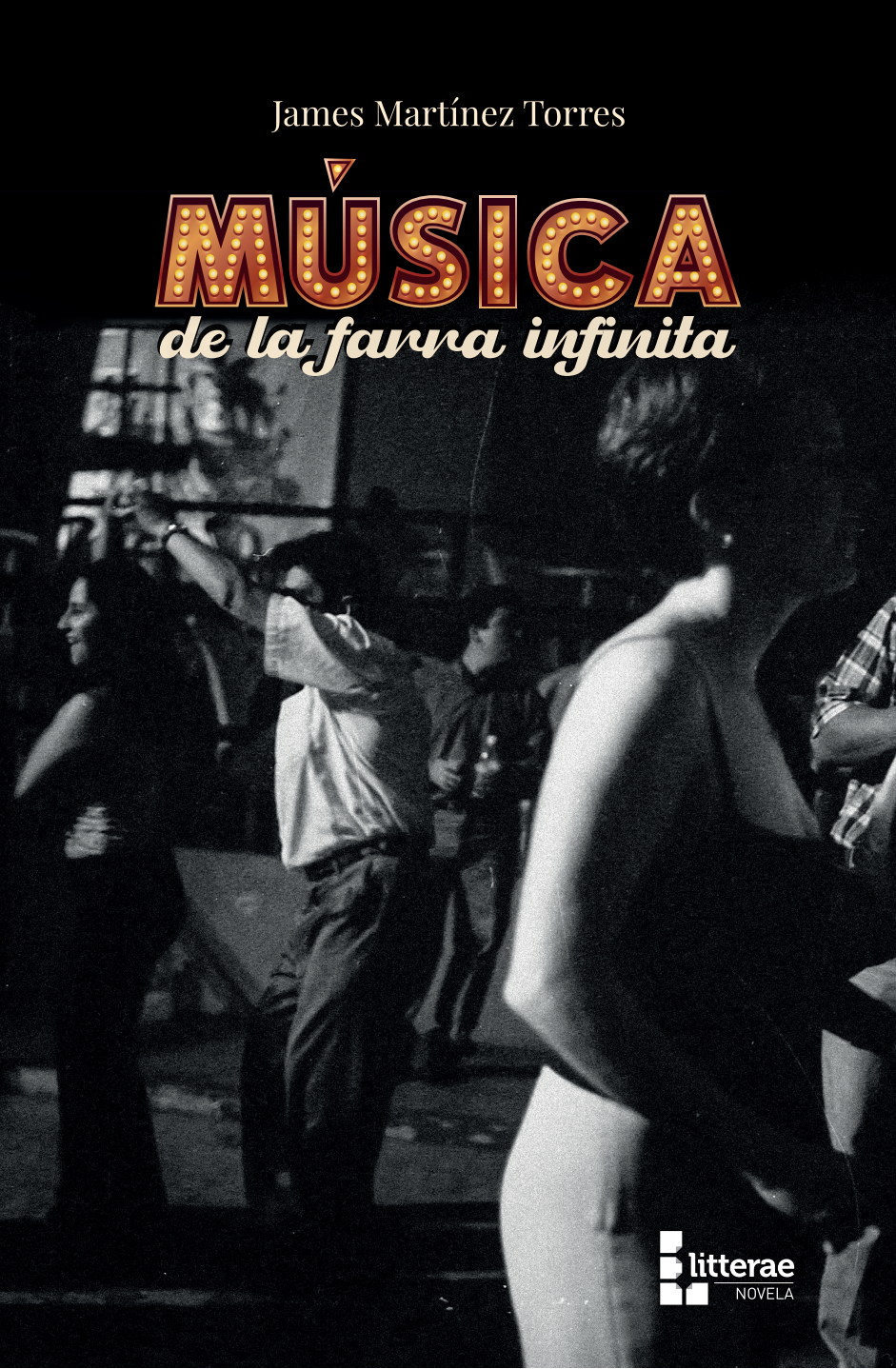
James Martínez Torres

MÚSICA
de la farra infinita



litterae
NOVELA



Música
de la farra infinita

MÚSICA DE LA FARRA INFINITA

© James Martínez Torres
© Universidad del Azuay

Edición: Cristóbal Zapata
Diseño y diagramación: Priscila Delgado Benavides
Revisión de texto: Franklin Ordóñez Luna
Imagen de la portada: Concierto de Rubén Blades, Jardín de la Salsa, Guayaquil, septiembre de 2002. Fotografía: Ricardo Bohórquez Gilbert

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
en Cuenca - Ecuador

ISBN: 978-9942-670-25-0
e-ISBN: 978-9942-670-26-7

COMITÉ EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi Proaño
Directora de la Casa Editora

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Cuenca - Ecuador
Septiembre de 2024

James Martínez Torres

Música de la farra infinita

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Casa Editora

El acto del monumento no es la memoria, sino la fabulación. No se escribe con recuerdos de la infancia, sino por bloques de infancia que son devenires-niño del presente. La música está llena de ellos.

GILLES DELEUZE y FÉLIX GUATTARI,
¿Qué es la filosofía?

Pero no se trata solo de ese subrayado formal o melódico con que la música puede acompañar al discurso como otro inter-texto, y tampoco únicamente de la equivalencia naturalista que en materia fónica produce sentidos asociados. Más intrigante me resulta pensar que la lectura también forma parte de la partitura del habla que es esta obra.
...no se trata de precisar dentro del género sino, más bien, de salir hacia el espectáculo irónico de su expansión poco heroica pero más cantada y, por eso, devuelta a la región del decir, de los mitos, del habla que vuelve.

JULIO ORTEGA, "Re: Joyce"

La literatura se construye sobre las ruinas de la realidad. Las ciudades de la literatura han existido, pero ya están destruidas. Todas son como la Ítaca de Odiseo, lugares reales que se han perdido.

RICARDO PIGLIA, "Sobre Faulkner"

Aunque las nociones de tiempo/ espacio en el presente relato se reconocen como reales al remitirse a situaciones y lugares concretos, su propuesta narrativa se resuelve definitivamente como ficción literaria.

El autor

Hablar de un olor a curtiembre, a farmacia, agua de yerbaluisa hirviendo y vela de sebo derritiéndose bajo la llama que chirría (un alma se pronuncia). De ahí el olor a cosas viejas y a sudor de niño recién muerto que dejaron los inquilinos anteriores en la casa de altos de la señora Otilia, olor a ruina ajena. Todo es presentido en el juego de sombras de las seis y treinta de la tarde cuando aún no conectan la energía eléctrica, en este lugar al que llegamos con trastos de cocina, estampas de santos y pájaros disecados, desterrados del destino, nómadas venidos de otro barrio que queda aquí nomás, a cuatro cuadras.

Contar la historia de un olor a pintura fresca y a tablas del piso recién baldeado para inaugurar la casa, antología de valse criollo bien bailado por parejas con ganas de vivir, los padres de mi mundo, aroma de cerveza desparramando espuma, invadiendo los cuerpos y las cosas, perfume de tierra mojada en provisionales macetas donde la sábila voraz crece en distintas direcciones en la puerta de ingreso a un paraíso doméstico, ahí me ciega el brillo de una guitarra al salir de su caja funeraria; huelo ahora un perfume de peluquería, el padre limpio y joven dispuesto a la jornada, litros de Agua de Florida de Murray y Lanman sobre su cuerpo de estibador de puerto mirándose al espejo, Narciso envuelto en una toalla; quiero adobar la memoria con el olor de un pavo al horno traído en marcha triunfal desde la esquina, escándalo y celebración de la fiesta de Año Viejo donde fue posible una alegría legítima, la madre volando con su melena crespa bajo el cielo de cuartones de mangle, palpitando por los poros de su piel en el momento que anuncia al dios de los sentidos, madre-muchacha en brazos de hombre que promete un semen saludable para larga prole, huelo un padre con ropa limpia, destilando a su paso esencias de casa o de ciudad, sudor colonia goma de mascar, perfumando los genes venideros.

Oler el cuero fresco de la maleta de escolar que guarda un lápiz Mongol, borradores Pelikan y cuadernos de una línea de papelería e imprenta La Reforma y otra vez silvestre amanecer, pájaros en la sienes, caminando con viento fresco junto a la madre-maestra rumbo a una Escuela de jardines colgantes, visibles al subir las gradas de una casa de madera noble con aleros y balcones clásicos, gradas olorosas a pino silvestre, pupitres para dos, canutero, papel secante tintero y, ay, la novia niña con su melena corta y olor a calzoncito nuevo. Lágrimas al acostarme sin terminar las tareas, volver a la placenta de un mosquitero edénico, olor a madre que regala promesas, caer al sueño, juguetes que hablan como adultos y me acosan y hacen huir por techos bajos.

Soplo de polvera abierta con un cisne impersonal, de ahí salió para quedarse el aroma de mujer madura de la tía que marcó mi vocación-hacia-lo-otro, animal que buscará su igual, su complemento, perfume de Max Factor o Helena Rubinstein, polvo de brujería para exacerbar secreciones glandulares y enloquecer por el olfato, añoro y rescato ese polvo de placer, polvo de estrellas, enreda en mí los encajes de sus prendas interiores donde púber me perdí, encajes del borde del abismo donde caí con ganas, hijo incestuoso de madre ladina, Libertad Lamarque libidinosa o Lauren Bacall corrompida. Sueño sus senos, odres de almíbar, modelados mameyes maternales, *Encaje de medianoche* con Rex Harrison y Doris Day en la bruma de un Londres con salida al cuarto, donde había un Corazón de Jesús presidiendo el rito a la luz de un foco rojo, olor a boca pastosa de cuarentona buscadora del hijo pródigo entre la familia.

Aroma de rosas rencorosas, flor carnívora acostada sobre el catre en un cuarto de 2 x 4 metros, olor a jabón de rosas con esencias corporales: *desnudez, calentura, conexión, trote desbocado pero breve*. Oh aquellas mujeres, malas madres perniabiertas, zambas o cholas, viejas prudentes con un tajo de bisturí o puñal de carnicero bajo el ombligo,

mulatas impacientes (*apúrate flaco, acaba ya*), lavacara con agua que, al ser echada a la calle polvorienta, deja un aroma de coito solitario.

Si la muerte huele a mal aliento y a éter, Mercedes, abrazarte es una fiesta de mangos derramados.

Ciudad estremecida, hija de la sonrisa, bestia pura del alba.
RAFAEL DÍAZ ICAZA, *Botella al mar*

DELIRIO DE LA ORILLA

Dormíamos siete niños en una cama que flotaba en el centro de los genes
Era la memoria de azogue de una mudanza:

un armisticio un mapa de amores y una fundación de clanes color cobrizo claro. Todo en un vaho de fiebre y sueños en bucles de tiempos paralelos: puertas hacia el delirio entre culpas, fiestas y migraciones posteriores con el cobijo de la selva fondeada por un río murmurador de narraciones y regresos a pie o en carretas adornadas de santos torturados vihuelas mazos de naipes españoles cofres de frutas retratos velados en ocre o sepia de alegres hombres sanos o hembras de melena crespa y gestos de abandono

Pero no no no / había la creencia y el lenguaje tatuado de retóricas de patio y almacén bajo sombras de sol y rezos calientes salidos de la vieja lucha entre el miedo y el deseo

Éramos los niños del conventillo con una piel hipersensible a los tonos de la palabra atónita y suficiente. memoria para poblar el mundo de relatos en registro anacrónico y subversión de la sintaxis: tartamudeos de pesadilla

Ferias con luces de orina entre ruletas girando a desaparecer apuestas disparando a muñecos de malos sueños
fiestas bajo flashes de cámaras y candelabros de lágrimas quebradas
santuario y producción de discursos disolutos ecos de amenazas y rezos para conjurar la muerte en el centro del azar: *Santa Bárbara doncella que el cielo fuiste estrella/ líbranos de una centella o de un rayo mal airado.* Vecindario y esquina: reductos de hombres donde fraguaban sus

trampas y circulaban descargas contrapuntos amables
o guerreros / descargas de ironía que alimentaron una
sabiduría cargada de instinto y cortesía con puñales
ingenio verbal sintonizando con la historia antigua y las
supersticiones: creencias que la vida contrastaba mientras
la imaginación ardía

***

Padrinos llegaron con regalos y se perdieron luego de tomar
su derecho de pierna y alcoba

Tías resucitadas de la farra o el destierro mostrando
garbo y drama

Potencia de amor deseos ováricos/ histerias de cama con
gestos tomados de la revista *Ecran*/ desmayos ensayados/

Sabiduría corporal tramas para ganar/ patriarcas
míseros o dignos / y la prole y el estatus de pasear tomadas
de su brazo para un proyecto de cocina y sabias sábilas
macetas de malvas y radionovelas segregando la substancia
del sueño / educación sentimental y fantasía

Calla la calle de los besos: calla. Era una máquina deseosa
que producía con escándalo de trabalenguas condiciones
y promesas/ el zaguán la institución del asombro y la
fascinación la transgresión que arrasa el catecismo: culto
al cuerpo y alegría salvaje al salir / vamos bestia ven al mal/
transgresión y locura incurable grito ardiente

Y la música esa frecuencia de la sangre que trajo un
pequeño sueño/ caídas de agua en el bolsillo el corazón
de la memoria y la promesa/ colores claros y énfasis del
alma / dispuesta: tesoros de vereda y los interiores para
consolar o restañar la herida: lo que pasó y dejó su talismán

su artesanía: mala mujer o triste niña de balcón cerrado acezantes territorios húmedos y abiertos compromisos corporales que el viento de los días devastó/ sube el volumen de la tortura suave/ cambia de la radio esa estación donde duele el triste vals/ amor en Budapest noches de Hungría

Y los trabajos el run run del vecindario: cada proverbio verbal era la clara oscuridad de las palabras
sabiduría socializada en confidencia y broma
Y un olor a pan fresco a las cinco de la tarde perfumaba los rezos
y el lloro del suicida

***

Ah ya comprendí/ el experimento ahora no va por la sintaxis que retiene o representa la angustia postsuicidio o el *spleen* del poeta
En el vórrrrrtice del magma que cruje comiéndose los pasos de la gente/ el ruido que va entre códigos cojos o tropezados trazos (otra vez) no el bla cortado del mudo o el que se asoma al abismo de sus vísceras/
No no ahora se trata de jugar con aparatos o discursos/ extrapolar darles la vuelta y reescribir lecturas de lo mismo/ una gimnasia: densidades lectoras con juegos o antifaces/ transitando el ruido del ser que se esconde
Nada del otro mundo/ Por eso: casa de citas y el arte de la cita: contrastes fricciones que sacan chispas en nuevos territorios descubiertos
puro ingenio bibliofágico y etcétera/ y de los intersticios. la luz precaria de la inteligencia (poética), certeza del peligro convención o precipicio

Meter la mano en el bolsillo de la biblioteca del inconsciente que esconde páginas que arden / y salir soplado en el mismo sitio clavado con agujas de brujería / paralizado estupefacto en el acto de decir-callar: silencio y ruido cerebral / domando con esfuerzo el caos del mundo enloquecido garabateando garrapatas de frases que se apagan/ luego proliferan y

Otro texto: intercambio de sentidos no de usos /

***

De ser un racimo de pies descalzos torturados talones con la marca de andar por la orilla lodosa del origen.

De haber vivido soñando en una cama de dos plazas siete lagartos recién salidos
de un huevo babeante derramando instinto /colmillos antiguos contra ternura ciega

Desde ahí/ por el ritmo musical de la ciudad perfumada por vientos de varios rumbos (olor a manglar podrido margaritas de cementerio aceite quemado tufo de curtiembre agrio sudor de axila sangre semen sudor lágrima brava)

Fuimos alucinando por la vida –de ahí las ojeras quemadas–

La cortesía y las vitrinas y el glamour salvaje y el espejo habitado hirviente de tiempo retenido/No supe dónde salió el odio de los mayores -peleas de altillo y corredores con estampas de santos o bisuterías– gritos de dioses de bajas pasiones disputando afectos puteríos o tesoros soñados/

De ahí palabras sabias o apretón de manos en huesos/ y un tono moruno en las palabras/ consejas suficientes/ amenazas amorosas o insultos que derriten besos

Desde ahí el amargo verdor/ resentimiento/ caricia de la madre maestra de escuela/ bajarse saciados del árbol del bien y del mal/ ajuares ajados contrabando de retratos robados/

***

Niños tiernos adultos desconfiados un poco fijados en la piel de los demás

Paranoicos de la vida cuando la muerte ausente

Salen de la placenta del mosquitero y tienen estilo frente al mal y rabia sorda indiferencia a los modos de vida: animales sociales con estilo al sortear el misterio con suicida indiferencia: lecturas de la piel abismos amables capacidad de perder la paciencia y partir callados destilando flores del lenguaje musitando como el que parte a ser sacrificado. Decencia a muerte de los que están acostumbrados a la dignidad de la pobreza y las vitrinas de almacén seducen a las hembras y mientras danzan sin cuerpo trajes de brillo y entierro.

Sufridores a gritos y a solas de una sombra que los sigue y los perdona tiernos trágicos nostálgicos. Obsesivas mujeres disfrazando escenarios para consolar un proyecto (imposible) que se cae, ensueños de Emma Bovary, melodrama local sueño hecho mierda cuando miré a la hermana más linda llorar mirando el naufragio de un diseño moderno de salitas alumbradas y mesitas rococó con licores de menta y de tragedia.

Ellos tan hermosos animales suaves osos de felpa del dolor de la locura y la herencia negociada en guerras de genes memoriosos trabajo insobornable que deviene relato donde el desorden mata y se rescatan aretes impares –guácharos– que quedan en la orilla cuando baja el mar del tiempo. Así nomás.

Ellos van por la frontera de las cosas donde todo se disuelve en duras pruebas

La tribu no pide sosiego: repone replica repasa. Y a las palabras de tono cadencioso se las lleva el viento a contar el drama equivocado.

I

Hoy nos cambiamos otra vez de casa. Mi madre ha dispuesto nuestro precario equipo de vivir, pero lo desechable representa casi un naufragio en tierra: telarañas y pequeños depósitos de vida, la intensidad de pasado reciente, lo que no pudo ser. Cuentas por cobrar al mundo de los sueños. La casa es un espacio sin fondo con los restos del triste carnaval desparramados por el suelo, periódicos amarillos, polvo, zapatos viejos, trapos. Es un chalet de caña de un solo piso, fachada gris y concho de vino- Por dentro, paredes forradas con papel periódico pintado con una mano de celeste y blanco hueso, estructura de mangle o guayacán, las junturas que soportan el techo de zinc me causan miedo.

Ahora nos vamos de gana, porque sí, por el puro deseo de emigrar a otras esquinas, como un perro mordiéndose la cola. Siempre a departamentos con ventana, por alguna necesidad de salir al mar o al cielo, *destino marinero* como canta el poema, dignidad de pobres o nostalgia de mejores días- Los trastos hechos un atado, en carretillas, sillas de madera, espejos, retratos de abuelos, cuadros del Corazón de Jesús, baúles, una guitarra, sillas de mimbre, colchones, armarios, un radio, casi dispuestos a echarnos al hombro esa carga ciudadana, familia de nómadas urbanos cambiándose de casa fatalmente según la carestía, muertos, pestes y presagios, incendios y temblores, girando por la misma zona, vagando a la deriva por el centro.

Del primer domicilio (perdido paraíso): rescato un portal de tierra, chalet forrado con latas, cualquier cosa;

> de ahí fuimos a un caserón bajo, interiores con escenas tiznadas un incendio, y un portal de piedras de otro tiempo;

luego a una casita independiente, ventanas de barajas y balconcitos con balaústres mientras una luz de convento entraba por las claraboyas de la cocina;

un año después a un primer piso con dos ventanas, la tía Clemencia se asomaba tarareando mambos a mirar a sus amigos que pasaban en bicicleta saludando, y por un corredor hacia el fondo, el tío Gustavo hacía correr tras él a un perro lanudo y blanco;

una manzana más allá, chalet bajo y portal, a lo lejos los cerros de piedrachispa con las cruces de los muertos que evocaban la memoria de la abuela,
(entonces me perdí en el follaje y las luces de un bello árbol de navidad y vimos las primeras películas mexicanas, *Nosotros los pobres* y *Allá en el rancho grande);*

y el conventillo de cuatro pisos que olía a pan fresco, donde las vecinas salían a perorar chismes y bromas y la bomba repartidora de agua sonaba como un tren bajo la escalera del primer piso a las cinco de la tarde

y aquel chalet memorable, salidas a la escuela de la mano de mi madre,
fiestas de cumpleaños, sábados con música de la Sonora Matancera y valses criollos,
cuando la voz de JJ. irrumpió exacerbando amores, himnos de cocina;

y el viejo caserón de un piso bajo, sombra lenta en una calle clara, donde mi madre salió sola a dar a luz a mi hermano menor como a las 3 a.m., bajo el vuelo rasante de una lechuza, y un carnaval me mojó hasta el alma, con porros y guarachas;

y ese vecindario inolvidable donde el sol hacía juegos de luces al entrar por las claraboyas (ya mi padre se había ido para convertirse en visita ocasional): de ahí tengo un sobresalto de niñas-púberes perturbando mis hormonas y

un cielo bajo de historietas ilustradas, *El Santo, El Charrito de oro, Juan sin miedo,*

temprano rumbo al Colegio por la calle Hurtado, junto a un primo que iba tarareando boleros, épicos partidos de indoor fútbol en la calle los domingos;

después el primer piso diagonal al Batallón V Guayas,

allí me enredó en acordes el Programa Radial *Su melodía,*

boleros de Roberto Yanés, un desconocido cantaba en castellano *Summertime*

y las campanas de la iglesia frente al parque La Victoria, marcaban el compás de las tardes*;*

luego pasamos a un noble caserón de balcones de balaústres, donde una pandilla de chicos y chicas de colegio jugábamos al escondite con un tumulto en el bajo vientre y la voz de Felipe Pirela resbalaba por los cuerpos al bailar boleros que antes fueron tangos;

y el segundo piso precario con corrales y olor a gallinero en el portal,

mundo de chucherías en las calles aledañas, lecturas de poemas de Barba-Jacob, Vallejo, Alfonsina Storni, la madre lavando tinas enteras de ropa, cepillando deudas, culpas;

después a un departamentito asaltado por los ruidos del Mercado Central,

de ahí salíamos con los amigos a conquistar las calles con una taquicardia adolescente,

una novia me visitaba cuando todos se iban (desnudos hicimos rituales con candelabros encendidos y la música de saxo de Sam Marowitz)

y tenía pegado en la cabecera de la cama un poema de Nicanor Parra que concluía, seductor, "*hasta que se termine la paciencia/ y me vuele la tapa de los sesos*";

después el caserón de tres pisos y mi cuarto con el hueco de una gran ventana con salida al cielo. Desde ahí divisaba el Parque Centenario,

los hermanos yacían en camas de una plaza como en un anfiteatro de seres vivos

y las telarañas temblaban solas, mientras la madre soplaba prolija avivando la candela del fogón, leyendo sus códigos esquivos.

Y así. Era un área marcada por geografías recién humanizadas, entre el río y el Estero Salado, la Calle de los Lamentos (el cementerio, el hospital Luis Vernaza, la cárcel vieja, la iglesia de San Vicente) y el estadio Capwell al sur, pasando por el Mercado Central y el Parque Centenario. Vivíamos el destino cantado por Daniel Santos en un bolero

Cuatro puertas hay abiertas
al que no tiene dinero
el hospital y la cárcel
la iglesia y el cementerio.

(DISCURSOS DE ROSALBA)

Conmigo al pan pan y al vino vino, (protestando, comentando un episodio de pequeñas rencillas entre vecinas), el que siembra vientos no sabe lo que le puede pasar, cuando está sembrando tempestades, como esa señora Eva tan lengua de fuete y tan chismosa y mascafreno. Recibirá su castigo porque lo que es mi Dios nos mira y aquí mismo se paga todo.

II

Y solo puedo decir lo que produce la memoria en el presente de ficción y olvido, material de sueño, apenas pedazos de realidad, imágenes de colores que el tiempo se encargó de velar o entristecer, fosforescencias de una visión ingenua y primitiva: un niño, como aprendiz de ciego, palpando las cosas del mundo.

Urbe y árboles, materiales artesanos, las casas mixtas de aleros y balcones se mostraban con un fulgor de fiebre. Pero tras esos murales de fresca prehistoria ciudadana, habían interiores: paredes cubiertas por santuarios derrotados a la luz de una vela iluminando estampas de la mano poderosa y oraciones al Justo Juez, cuando la tía Queta me llevaba a visitar amigas y parientes, cotorras cuarentonas en enagua y sostén, viejas brujas con secretos en baúles, cuartos disimulados con una cortina junto a la sala, camas de reinas despojadas con cabeceras imitación María Antonieta, y un crucifijo testigo de alaridos y adulterios.

Cuartos con ventanas que daban a las faldas del Cerro Santa Ana, luces opacas de interiores proyectando juegos

de fantasmas instantáneos al compás del viento, agitando las hojas de un almendro. Mundo mudo, salvaje y vegetal, poblado como entrepierna de mujer, naturaleza humanizada en esa tierra que guardaba en su entraña, secretos alientos ancestrales. Paredes de caña tapizadas con periódicos amarillos que contaban la historia de los incendios de Guayaquil, la crónica roja de las migraciones, fotos de viejos cuchilleros vengadores de hijas ultrajadas, valdivias dignos mirando hostiles a la cámara, orgullosos de su crimen.

Entonces el aire denso de los cuartos. La luz de una vela proyectaba sombras enormes con vida propia y un miedo antiguo me tiraba del pelo: así debió sentir el mono superior a las puertas del lenguaje: intuición de ser, terror y hacia delante, a desbrozar la historia. (Y una mañana, por la primera rendija de ese paraíso aún no perdido, monumental, la cúpula de la iglesia La Victoria, románico-bizantina, mestiza por tardía, amarilla bajo el sol y contra el cielo).

Mundo de marchas fúnebres, entierros de bomberos y una historia trágica para abrir el libro de las narraciones frente al fuego: *erase una vez un recluta que huyó del cuartel para ver a su madre agonizante. Por orden del oficial al mando la tropa lo sacó arrastrando del velorio, entre las súplicas de las hermanas.* El cuento se cantaba y concluía

Cornetas y tambores/ llévenlo bien atado
Que mañana tarde será fusilado/

Pueblo grande y con historia, ciudad en ciernes. La música era un coro de gritos y una primera voz desaforada, se me prende la copla en el talón, me suena a fiesta, se va por las costuras del recuerdo, la pierdo y la rescato:

Santa Marta tiene tren/ Santa Marta tiene tren
Pero no tiene tranvía...

Y rumba, atrácala que te tumba, zumba canalla rumbero. NO sé de qué pick-up vecino, de que radio salió, pero quedó en mi sangre: porro, guaracha, conga, bolero, mambo y danzón. Música hecha mujer, más que descalza, digamos *pata al suelo* al modo de la ciudad, zamba, flaca despreocupada con las arandelas del vestido al viento. Por ahí se va, alborotando calles, con un corso de flores y una comparsa con reinas, diablos, serpentinas....

Aquí tengo una foto, sepia de tiempo: un niño zambo, frente mulata, boca fruncida por un mohín al recibir un golpe de sol y otro, radiante, un caracol de pelo sobre la frente. Overol corto los dos con un solo tirante atravesado, dándose la mano como Bolívar y San Martín en el hemiciclo de la Rotonda. Al fondo de la foto, en la ventana, ya difusas, abuelas madres tías. Un primo anónimo en segundo plano, el Cuasimodo consabido de las familias.

–Ven mi'jito, te cantaré, verás:

Era Simón en el pueblo/ el único enterrador/
Él a su propia hija al cementerio llevó/
Al volver le preguntaban: ¿De dónde vienes Simón?

Cómo hablarte de otro modo, Rosalba, muchacha de manglar florido, estirpe de mi puerto. ¿En qué vuelos y vientos, en qué baúl de ropa antigua, en qué respiración estaba yo, cuando escapaste en tranvía un carnaval, la ropa mojada pegada a tu cuerpo de mulata sensual pero discreta, con un brillo de deseo en la mirada?

Huyendo del tío Héctor, apurados pasos, carreras gritos amenazas, una ráfaga de agua en el zaguán, un insulto cariñoso, un comentario y salió. La calle fue un bullicio de locura y crímenes alegres: el hombre la esperaba, se

tomaron de la mano, corrieron por Morro hasta Bolívar y subieron al tranvía de prisa, rumbo al Sur. Guayaquil era una fiesta, volaban globitos llenos de agua entre la calle y las ventanas, los zánganos acechaban a su presa, el vecindario ardía: ¡agua! Para aplacar los cuerpos, aliviar al animal del trópico, celebrar el rito de la fertilidad en grupos atraídos por azar o deseo. Agua para apagar el incendio de sed en que arden las ánimas del purgatorio.

El carnaval era el latido de una ciudad que revelaba su vocación pagana, condenada de antemano por la suerte, entre desdicha y alegría.

Ahora solo de vez en cuando puedo venir a visitarte, con noticias frescas o claveles estrujados por el viaje. Mamá.

(PAPELES CON LA DOBLE Y ÚNICA MUJER)

Veamos: gracias al repertorio del cantor del pueblo rescato el pasado y voy reconstruyendo los pasos que perdí, pero ¿cómo armar una novela? Mejor intuición que razón, ofrezco mi escritura al impulso nervioso y memorioso para tomar desde ahí el tono y la estructura de la historia.

Ahora lo escucho, el vecino ha puesto a sonar a todo volumen *La oración del olvido* en la voz de JJ. Podría emborracharme oyéndolo, pensando cómo se incorporó a la memoria colectiva, cosiendo un retablo de episodios con esos discos. Que era hombre sencillo dicen, un tanque de la bohemia, un criollo con sentimientos y complicidades: se paraba a conversar con la gallada, tiraba esquina y le cantaba serenatas a la novia. Entre La Gloriosa y este momento difuso en el que escribo, pasando por las escaramuzas del dos y tres de junio, esa voz ha ido articulando hitos, referencias, la vida privada tuvo motivos desde su voz y la gente lo asimiló como a un espejo de sus emociones.

–Ya ven a dormir. NO verás mujer, es que intento hilar algunas reflexiones sobre JJ. y su importancia en la cultura nacional. La música de discos y rockolas es la cantera temática de la literatura en estas décadas, ven que te explico, ven, siéntate aquí.

–Cochino.

III

Ahora solo unos pocos negarán que tuviera un abuelo que vivió con el siglo, *con tranvía y vino tinto* como dice la canción, mulato clase media y digno el hombre. Después se hizo comerciante de pieles de lagarto para exportación y mi madre, entonces una zamba fina y fresca, hermosa, le ayudaba a medir, a secar, a cortar las pieles que los montubios le traían de por allá, de Vinces, de los manglares más perdidos. Los cazaban como en un cuento de José de la Cuadra (partían en canoa, rifle en ristre. Acaso vieron sin tocarlo, al lagarto de la leyenda). En Guayaquil todo era municipal y espeso, pequeña urbe ardiendo bajo el sol entre la prehistoria y el progreso, Catalina la Grande invadida por los almendros y erizada de madreselvas, y el parque donde levantaron, 1914, la columna de los próceres: banqueros masones, iconografía épica de gestas anticoloniales a la sombra del capital inglés, piedra y bronce, mansiones diseñadas por arquitectos florentinos.

Por esos tiempos llegaban galanes pico-de-oro a lanzar piedras con mensajes a las hijas del abuelo, serenatas con guitarras y violines, Ibáñez y Safadi, *romántica noche, al pie de tus rejas te canto adorada, conduélete mujer de mi tristeza.* El viejo salía, caídos los tirantes y en calcetines, con un pito, piiiiiiiiiiiiiiiii, llamando al Guardia civil y a correr se ha dicho, guitarras y violines a cargar, por aquí es más derecho.

Un día, los montubios le trajeron otras pieles, cualquier cosa. Y estando el buque en alta mar ya rumbo al norte, le tiraron la carga por la borda al pobre viejo y adiós negocio, adiós boato de prosperidad: el piano por la ventana, crecieron telarañas en los rincones de la pequeña caja fuerte, el taller de cortar las pieles fue un extraño anfiteatro abandonado. Y la familia, a la vida: del centro al cerro y a buscar trabajo, el viejo a llevar las cuentas de don M.A. Plaza, que lo apreciaba y que después trajo la concesión para distribuir Pepsi-Cola

y el único hijo varón, a trabajar en la boletería del Cine Olimpia, leyendo en los recesos a Montalvo y las cartas de Bolívar a Manuela.

Mi madre había estudiado en el Colegio Guayaquil. Trigueña modesta y buena alumna, cuenta que desfiló con dignidad un 9 de octubre, el uniforme marinero azul y blanco limpio y bien zurcido. Cierta tarde de domingo un catiro de ojos claros la encontró caminando con las hermanas, ¿Qué hacen? Aquí paseando, ¿Y usted? como carro de alquiler desocupado. Esa noche se divirtieron de lo lindo, regresaron tarde y asustadas. El Ciudadano volvió después de varios días, lanzó un silbo convenido, se fueron tomados de la mano por detrás del American Park y esplendor en la hierba, juramento de gitanos.

Ah, paloma, pequeña Penélope punteando una pieza de tela Peter Pan, cómo serías.

Después, bajo el sol sofocante de febrero, hirvió el asfalto, la miseria. Y poco a poco la gente fue llegando.

El tío salía con su camisa almidonada hecha una bolsa en la espalda, con su andar de mulato intelectual, el ceño fruncido saludando a la vereda. Tenía una sensibilidad aguda para captar las cosas, locuaz o parco según sus bruscos cambios de humor, hijo viejo de matriarca de origen campesino, crecido entre libros de Rubén Darío y Vargas Vila, vecindarios y cantinas, ejerciendo pequeños empleos en oficinas de Estancos o Aduanas, lugares sin mayor tecnología, solo papeles y lápices de dos colores, formatos de facturas con Visto Bueno y grandes libros de cuentas. No escondía su entusiasmo al contar que alguna vez asistió (mirando azorado, oyendo atento) a una reunión de los escritores del Grupo de Guayaquil, en el altillo en que vivía el Centauro, el Gran Joaquín Gallegos. Pero tenía marcado en el rostro moreno con huellas de acné, la expresión

paterna, una mirada rápida y profunda, ojeras marcadas por la subjetividad activa: una precisa percepción de las cosas y esa manera de tomar la vida en tiempo de largos silencios.

Aprendía a tratar a Andrés N. en son de amigo indiferente, molesto por la sobreprotección a ese niño predestinado por sus madres. "*Déjenlo suelto* –decía–*sáquenlo de las polleras, que ande por su cuenta, aquí le tengo un par de libros para que pueda soportar la vida"*. Y se iba con amigos, pantalones anchos de lino y camisas a cuadros a buscar aventuras de esquina, a beber cerveza o visitar viejos insignes, la aristocracia intelectual de los cincuenta, a recoger los restos de *La Gloriosa* en la voz de los testigos, anécdotas para la historia oral, filósofos parroquiales o eruditos de cantina, poetas posmodernistas que botaron la rama de laurel a la basura. Llegaba a tropezar a oscuras contra las sillas de mimbre de la sala, asustado al descubrir el brillo de plata del pelo suelto de su madre como una aparición en la madrugada: "Qué horas son estas de llegar hombre de miércoles, cualquier noche me vas a traer de visita a la viuda del Tamarindo".

Su mal genio se consolaba con lecturas malditas, autores que incendiaron su mundo de liberal librepensador y le abrieron la mirada hacia otras formas, más allá del sopor de esa urbe comercial y populista, con un fondo de mambos jóvenes y boleros intensos, de pasillos bajo un sol de gallinazos aguardando su carroña callejera. Caía por la casa de las hermanas con su paso porfiado y el ceño fruncido de filósofo en mangas de camisa. "Ahí viene, se jodió la cosa", bromeaban. Llegaba, qué tal Rosalba, como estás Queta, se puede mandar a ver una cerveza. Sin perder la seriedad que la euforia a veces rompía en carcajadas de dientes amarillados por un tabaco traicionero.

Llegaba con sus amigos a las fiestas del sábado en la casa de Andrés N., entre locutores de la Radio en que trabajaba El Ciudadano y primas jóvenes con su melena crespa sobre los hombros desnudos y zapatos de cabaretera cubana,

fumando con aire de discreta fatalidad. Llegaba haciendo escándalo, con la velocidad de andar en grupo, "¡Estamos en la casa de mi hermana por si acaso señor!", abrazando al mundo, demasiado fraterno, presentando amigos jóvenes, oficinistas bien leídos, desertores de carreras liberales en la Universidad. Y de inmediato empezaba el barullo, el tintineo de vasos, carcajadas de mujer en el ambiente, y la cerveza parecía derramarse al pasar por una colección de escotes generosos. "NO señor, Descartes fue un científico del siglo del siglo XVI, el *cogito ergo sum* no resume todo su pensamiento, ese hombre sentó las bases del cálculo diferencial, estudió la circulación de la sangre…Arsenio dame un vaso de cerveza…"

Mientras las mujeres se aburrían o hablaban de hombres, levantando parsimoniosas su altar o su repisa trincada para bailar con un amable desconocido un buen son o una guarachita de la radio, interrumpidas por la cuña comercial que era casi una amenaza:

TARDE O TEMPRANO SU RADIO SERÁ UN PHILIPS

Adiós te dije un día sentenció lírica la voz de Julio Jaramillo, "El zorzal del Guayas", sostenida en el frenesí de guitarra y acordeón, tierno y trémulo, del vals *El regreso.* La sala se alborotó, gritaron las tías recibiendo la canción, El tío y la tía Clema salieron a bailar, un pinino con pausa y crujió el piso de tablas: un-dos, un-dos, un-dos. Ya, que lo perdone, que lo perdone proponía el zángano de la reunión, sácala, sácala, gritaba la negra Maruja, prima de Rosalba, soltera y ahombrada, vocación de rumbera, marcando con el pie el compás. El Ciudadano medio ebrio, Robert Mitchum enamórbido y culpable, el castaño pelo crespo alborotado por la noche de bohemia, empujó suavemente a la mujer, vamos. La segunda pareja entrado al ruedo y el rugido de la tribu desatada

Perdona si fui malo
yo tengo el alma llena
de pena por el llanto
que empaña tu mirada

Y el impulso del solo de acordeón punteando el vals, en el éxtasis de las 5 a.m... El ciudadano la tomaba por la cintura, la atraía hacia su cuerpo con leve resistencia, ven zamba no seas así. No caramba estese tranquilo hombre. A ver qué te pasa. Nada. Usted siempre me trae su olor a puta en la camisa. Qué vas a creer, por qué dices eso. Nada nada aunque sea por esa canción, no mienta.

Dos parejas más y la valseada hervía en la última estrofa, la casa de la vieja Rosa se caía, crujían las vigas del techo del chalet al son del vals.

Afuera se acedaba Guayaquil, la perspectiva de casas mixtas de dos pisos, covachas de caña descoloridas y postes de alumbrado hacia el estero y hacia el río, urbe transitada por el viento frío de septiembre, bajo la calma histórica de 1955, en el dudoso verde de esa madrugada.

(DISCURSOS DE ROSALBA)

Y así que cuidado con los míos, no me los toquen ni así. Me acuerdo cuando a mi hermano lo llevaron preso entre la gente que cayó el veintiocho de mayo, y lo subieron a un camión atestado, de Herodes a Pilatos los llevaban, iban los patalsuelo, Sansón y los que no son, los iban maltratando los carabineros, dándoles culatazos, insultándolos. Y tu abuela gritaba ¡Con los míos no con los míos no! ¡Yo de mi rey, pero de mi rey nadie!

IV

El Ciudadano silbaba un bolero casi líquido, dulces rizos de melodía marcados por una nostalgia fácil, mientras se ponía la corbata ante el espejo, diáfano y confiado, murmurando *La gloria eres tú* sin letras, ondulando una eme interminable. Aseguraba la camisa agarrándola desde dentro de los bolsillos del pantalón, camisa templada sin arrugas ni accidentes, ahora bajo la solemnidad de los tirantes. Se ataba los cordones de los zapatos de dos colores, despacio, ahora tarareando *Capullo de alelí,* dibujando la forma de la canción, el amable murmullo gutural hasta el descubrimiento del lenguaje: mmmmmm/ mmmmmmmm/ mmmmmm/ *tu bien lo sabes capullito de alelí.* , ahora buscando en el cajón de la cómoda, no, bajo la cama, tampoco, gánster que pierde un instante la fría calma de su rostro, en dónde, en la repisa del baño: un capillo de dientes para hundir con el cabo el lazo dentro del zapato: despacio, prolijo, ahí ahí, pujando un poco. Ya.

Aquellos ojos verdes
serenos como un lago
en cuyas aguas mansas
un día me miré...

Fragancia de lavanda barata, flor de peluquería sobre un piso de tablas en el aire fantasmal de una casa de madera. Leva crema de dril 100 sobre pantalón café con pinzas, en el pecho un pañuelo floreciendo. Acomodó el hombro derecho, el hombro izquierdo frente al espejo cómplice, sus ojos de lince verificando la figura, conversando con el otro, monologando, interrumpiendo la cadencia del tarareado bolero, amándose un poco a sí mismo: ("Hoy canta en la Radio la negra Irlanda"), verificando el rizo castaño de su pelo, medio envenenado mar de miel congelado por un milagro de brillantina Glostora.

Miró por la ventana, la calle Urdaneta padecía en la tregua del invierno: la covacha de la esquina de enfrente, la casa de un piso de Pesantes el tendero, el chalet de las Toral, perros y charcos, golondrinas llegando y huyendo desde los cables de luz, más allá de los ceibos jóvenes del Parque San Agustín, la casa del negro Mercado, que azotaban los espíritus. Gruesas nubes cargadas de lluvia viajaban volando bajo. Se puso un gabán de lona, anchas solapas y cinturón de doble hebilla: El Ciudadano soñaba: (soy Dick Tracy; mejor Gary Cooper; no, entonces Humphrey Bogart). Mirándose al espejo, ingenuo, ajeno, casi irresponsable, silbando la última frase del bolero, onda marina que se va y ya no regresa.

Buscó a Rosalba que abanicaba la candela del fogón, morena menuda de ojeras pronunciadas por el fuego, ensimismada en su tarea. Tengo programa en la radio, Zamba, ya regreso. Tan elegante, hombre, si está como un anís. Dónde seguirá el programa después que se termine. No m´ija, es que debo animar el show en vivo, es por, por eso. Ojalá y que Dios lo traiga pronto.

Salió con las solapas levantadas, por la Avenida Quito rumbo al Sur, su bamboleo al caminar era el ritmo de esos tiempos.

(ESCENAS CON LA DOBLE Y ÚNICA MUJER)

Qué dice mi solo de violines con el fondo de un sonar de cueros

Qué dice mi muchacha de los mandados trayendo un recado del otro mundo

Qué dice mi rostro de putita francesa mi vaga mi pulpa de guayaba:

No vendrá otro guardián nocturno a despertarnos

De este juego de cuerpos compartidos

De este sueño en brazos de las estatuas del parque Centenario

Y ya lo ves. No cuadra tanto y entre la forma del relato soñado y el acto de la escritura hay una grieta que produce figuras cruzadas, textos balbucientes, memorias rencorosas. / ¿Estás seguro que te bastan las palabras? / NO es tan simple. Hay un protocolo un ritmo interior un orden de voces nombres rostros que no puedo domar semidormido / tienes canas en la axila/ no cambies de tema si así fuera yo podría entrar a comentar sobre este lunar muy cerca de una raja oscura / sigue, sigue / las manos hacen más que la lengua y las palabras ahora/ me ofrezco para nombrar al mundo, deletréame, pronúnciame, dialógame, cámbiame a otro diálogo, escríbeme a dos manos / con tu lengua /

Y era una sola lengua larga / y era una sola sombra sucia /Y una daga ardiente/

Para una herida urgente.

Esa tarde desembocamos en la terraza interior del entrepiso de María Turner, Rosalba y su rondador de hijos la tía Queta la tía Clema la negra Maruja, con la luz de abril cayendo mentirosa sobre los cordeles de prendas amarillas verdes rojas lilas que llovían quietas sobre ese patio donde el que no cae resbala en una lama de siglos y la humedad del vecindario aclimatando el tedio. Desde ese mirador fuimos abriendo temerosos con un palo de escoba una persiana lateral del cine Apolo cuidando que la luz impertinente no denuncie la intromisión de aquella tropa tránsfuga cumpliendo un ritual secreto: asaltar la fortaleza del bolero.

Apoteosis del claroscuro en un salón de felpa y la respiración del público, perfume de esencia de pino, ventiladores. Humo de tabaco rubio y lentejuelas parpadeantes: silencio para solo de contrabajo preludiando trompeta escandalosa. Lucho Gatica se reía tras la cortina del escenario como para un cartel de la firma Colgate Palmolive de punto en blanco morocho bajito con amenaza de papada para el tiempo implacable del olvido. Una banda calenturienta esperaba. Mentira: una cabaretera orquesta de cámara esperaba: la del maestro José Sabre Marroquín con sus arcos de violines agitándose bajo el aire oscuro y la sección de vientos brillando al prematuro crepúsculo del teatro...

De pronto lo tuvimos casi al alcance de la mano, abriendo los brazos frente al micrófono de risa congelada con banderín de Sistema de Emisoras Atalaya, conversando lírico anécdotas mentidas al aire vecino de la platea: de unos ojos que se le escapaban en la iglesia; de otra a quien *sin saber que existía la deseaba*; de *la puerta que se cerró detrás de ti y nunca más volviste a aparecer;* contando la *historia del bardo que murió y la niña que decía sollozando en su locura "hoy me mata la amargura porque yo también le amé".* Haciendo un cielo aparte para el mendigo de amor, en el mundo del zaguán más quejumbroso, cosquillas en los hombros felinos de la prima deseosa, que al escuchar acaricia el gastado terciopelo del asiento del teatro.

Suspiraron las plañideras las cuarentonas esperanzadas los solterones solitarios, la loca soñadora de la tía Clema aguardando a su chofer que ahora llega pitándole, picándole, por la esquina de Luque y 6 de Marzo, de Víctor Manuel Rendón y Ximena, de Juan Montalvo y Córdova, para dejarla regresar al filo de la madrugada, culpable y aplacada, a tocar la puerta de la casa.

(.....)

Haber nacido aquí... Somos una familia de locos que se convencieron, una tribu que se cambió de ropa. Ahora estamos desarmando camas otra vez, bajando un ropero desde el tercer piso del conventillo de Padre Solano y Boyacá, ¡cuidado! La gente se paraba a mirar el cambio de casa, tres hombres tensaban desde la calle un cabo de amarrar buques, pujando, y el ropero bajaba lento, pendiendo peligrosamente, la gente comentaba la proeza, se cruzaban órdenes con frases de conjuro para repartir la fuerza, "¡aguante¡¡ vamo'!". Crujía el mueble al borde de la ventana, flotaba en el vacío peligroso, ¡despacio! Mi madre envolvía la vajilla de loza en papel periódico, plato por plato, taza por taza, escándalo de polvo en la cocina, trizados ruidos, alboroto de luz solar en la ventana que da a un patio de almendros y palmeras.

En los cuartos quedan basuras y recuerdos (no es lo mismo), pedazos de revistas *Ecran* con la cara de Grace Kelly en la portada, Cine Radial, un ejemplar de *Mañana,* pasquín populista rescatado por la mano de El Ciudadano, desarmando camas, aflojando las junturas del somier a punta de golpes de piedra, la tía Queta componiendo su caramanchel viviente, (cuarentona, peregrina de la familia, Greta Garbo trigueña y sin hijos, tenía esa gitana manera de armar carpa en cualquier lugar, su casa caminante era un

baúl con estampas, amuletos, fotos color sepia de amantes idos de maridos muertos, de paseos campestres y mujeres de sombreros anchos, un entrañable frasco de cigarros, un mechón de pelo castaño, revistas de tejidos, crochés, su profesión de soledad. Un olor a tabaco guardado salía de ese baúl atemporal, tijeras, manojos de cartas perfumadas, un mazo de naipes españoles y la infaltable colección de oraciones y estampas de ánimas y santos, presididos por la mano poderosa, herida en la palma, un mártir en cada dedo: un mártir en cada dedo), cuidado muchacho no te cuelgues a mirar por la ventana, baja de ahí tú también, decía, y el sudor rodaba por su rostro nazareno, amarrando un cartón de cosas imposibles.

Y la casa se caía. Alboroto de trastos, muebles arrastrados por el suelo como truenos en el cielo, dos cholos empapados de sudor levantando una cómoda con ropa dejándome un soplo de animal acedo, mi madre poniéndome a salvo sobre un atado de ropa sucia, un mosquitero tres colchones una cabecera de cama de bronce coronada por un viejo crucifijo de madera, las sillas del comedor amarradas sobre la mesa, a mi lado *salud*, un brindis con cerveza, sed saciada sobre la marcha, el resto del líquido a un rincón, gracias, y ¡vamos! bajan un sofá por seis tramos de escaleras que se quejan, ¡aguanta! : (el hombre se vuelve a mirar la esquina el mueble atorada entre dos fierros del pasamano) ¡abra! ¡empuje! uno dos tres cuatro gradas, el viejo que dirige la bajada templa sus bejucos, se seca el sudor con la franela que cubre la cabeza dejando al otro que soporte todo el peso del mueble, en cuclillas, atormentado estoico sin decir palabra, una mirada de reojo como cordero en sacrificio.

El vecindario salía a mirar, siete puertas abiertas y un fogón común al fondo: doña Griselda, nerviosa y enfermiza, temerosa de la muerte, mano en el corazón y ojos en blanco; Zuley el zángano, hurgándose los dientes con una paja de escoba, orgulloso de su copete brillante de rebelde sin causa;

Clara y Petita, rubia y morena, cantando a coro un *rock and roll*, adolescentes en eterna pelea con la madre que aplacaba con encierros la calentura de sus cuerpos; Othón el raro, muchacho grande, que nos llamaba a mirar en pequeños escenarios cintas de viejas películas, agigantadas tras una poma llena de agua, sus padres siempre abuelos; Elena, la niña de mis desvelos, ojos bíblicos que me hablaban desde su puerta entreabierta, siglos de minutos; el grandote del último cuarto, que golpeaba a su mujer, la toalla al cuello, en calzoncillos.....y veinte rostros más colgados de la baranda del corredor, despidiéndonos, un perro ladrando al ruido ferroviario de la bomba de agua bajo la escalera, a las tres de ese jueves sin orden.

En la calle esperaba un gran camión de estiba, 500 el viaje y sin regreso. El chofer y su ayudante arreglaban las cosas componiendo espacios, armando el humano rompecabezas urbano de trastos tristes y repisas polvorientas formando un solo cuerpo, el ropero presidiendo ese conjunto de objetos privados, tres canastos, mosquiteros blancos, amarillos, un anaquel para libros viejos, sillas crujientes, esqueletos de camas con sudores, cartones, Rosalba, ¿Y el radio? La mujer regresa a verlo y en un rincón, entre desechos, ahí estaba: caja de Pandora parlante, máquina de imaginar con un dial fosforescente, marcando los límites de la intimidad.

Lo encendió, buscó en el dial: */tre cuartos de/ entos kilociclos en su receptor Radio Bol / tina me quiere gobern/ patria necesi/ ría Nueva Moda viste al caballero elegante. Radio de Voz del río Guayas transmite en los 450 kilociclos con sus ondas que llegan a todos los hogares de la región.* (Tres notas de marimba). *Son las tres y treinta de la tarde. A continuación, el programa "Tángos del ayer".*

En la casa hubo un extraño incidente que nos conmovió, como si un rayo hubiera caído a la hora de almorzar, una pesadilla viva. Y desde aquella vez marchamos en una atmósfera trágica, como llevando un cirio de culpa con máscaras rituales disimulando el puro rostro humano, seres sin grandeza que faenaron al cordero equivocado. Con un hato confuso de órganos y objetos en desuso colocados en la mesa, asistimos al ajuste de cuentas, el reproche y la comprobación: Quién lo hizo, a ver, ¿cuál fue?

Tú, yo, nosotros, él, vosotros, ellos. Fuenteovejuna. Todos y ninguno, Rosalba lloró de un viejo amor, Queta pidió mirando a un cielo vacío, convencional: *Señor, castígala, castígalo.* El Ciudadano se retiró al cuarto del fondo, la corbata a medio hacer, mascullando malditos infelices. La abuela se levantó de su lecho de moribunda, más anima en pena que dama de compañía, lúgubre con su largo pelo blanco cenizo derramado sobre la espalda, la catarata del ojo izquierdo congelada por la luz del foco de 60 vatios, gritando con autoridad quebrada *desgraciado, incestuoso, malnacido, malhaya la hora en que mi hija puso los ojos en tu sucia máscara. ¡Ningún hijo de vecino ni patrón de hacienda va a tratar mal a los míos! Una sola vez me la hacen, los cancelo de mi vida*

Después todo fue un juego de palabras y jergas de pesadilla, los gritos llegaron a un cielo dudoso ubicado a la vuelta de la esquina. Lloraban los hijos más pequeños, la casa se desfiguraba por la angustia y la vieja armonía se quebró en locura. Volvía a salir Queta del cuarto, el pelo crespo alborotado por una histeria resentida, las primas del departamento contiguo hacían su aquelarre, celebrando a escondidas, escondiendo el rostro para reír con una mueca espeluznante, cuando Queta sentenció *nunca probé de su agua hombre sin alma, pero si se atreve a hacerme fieros, ahí le queda su cuchitril. Dios es testigo ¡Váyase a la mierda!* Imploró justicia a un tribunal cercano, se desperezó como queriendo librarse de su cuerpo, puso en blanco los ojos, se

empinó cubriéndose la cara con un brazo y cayó temblando, como sufriendo una descarga eléctrica, contorsionándose, gimiendo, pujando, bufando, la cabeza tensa hacia atrás, un hilo de espuma por la boca.

Así acabó la tribu sus venturas transitorias. La tía Queta partió con su baúl y la mirada perdida, riendo con amargura por el futuro incierto, despidiéndose en secreto de los sobrinos.

Entonces tuvimos que cambiarnos otra vez de casa. "Para huir del mal bajo" –dijo Rosalba–. "Este ambiente ya está muy cargado y se espantan los muchachos".

V

...Gusano de la escritura. ¿Era real aquella orquesta de hojalata? O: no, no era una orquesta, ni un combo, sólo una banda de pueblo que se atrevió a tocar en los 60´s para un baile de familia y en la canción los cobres jugaban a marcar su parte, discretamente, en el ritmo tropical llamado ¿gaita?, ¿porro?

Escucha ese amable cumbión: se adivinaba un escenario modesto no tan alumbrado, músicos con sacos de solapas anchas y corbata de lazo, micrófonos con banderines de Radio Alcázar Radio Cóndor Radio Ortiz Radio América Radio Atalaya Radio La Voz del Río Guayas. Piano, contrabajo grande, batería, conga, tres tristes saxofones, tres trompetas, campanero y cantante con un par de maracas. Era un combo primitivo, se notaba que vinieron en canoa por el estero a ensayar, que se vistieron de apuro, que regresaron tarde (es otra historia). Mulatos y mestizos, más bien mulatizos, brillantina en los zambos alisados. El timbal gozaba su son, mantenía a duras penas una rumba triste, un pracatá-pum-pam cada cambio de tiempo, variando al ta-ta-pum de los palillos sobre el cencerro y el pellejo del tambor.

La melodía de los instrumentos de viento era dulce, silvestre-amable llamada, un aviso de comparsas de carretas con frutas en una mañana de pueblo grande y la voz aguardentosa de quien teniendo ritmo en el cuerpo por primera vez cantó

Hoy enredé a tu balcón/ un lazo verde-esperanza (bis)
Con la esperanza de verlo prendido a tu pelo mañana en la plaza.../

...Ingrata muchacha pizpireta, porqué te recibió mi desarmado corazón de púber. Tus negros ojos chinos eran rendijas de pasión, sobresaltando la siesta del vecindario, cuando el sol se colaba entre los techos de zinc de aquel altillo en que te encontré, te perseguí como jugando, te agarré, me despertaste al animal que soy/

Y en la ventana de ese corredor mirando desde el segundo piso las tardes quietas amarillas de morir, hablamos de otras cosas, de cartas ajenas, de canciones de moda, de revistas de tiras cómicas que jamás me devolviste, china mala, pícara, mala pécora de mis primeros insomnios. Porque nunca te pusiste la cinta verde que en verdad dejé a tu puerta, ni saliste a recibir la canción que te canté con voz limpia en rueda de amigos, en ese corredor de cuentos colorados y de aparecidos....

Ahora *¿Quién estará marchitando la flor de tu boca?* (Era el coro de una canción de Bobby Capó, puertorro de salón, el que escribió y compuso el bolero *Piel canela).* Ahora déjame sacar esta espinita que se me ha clavado, ¿será en el corazón? Qué va: *en la punta del pie/ Teresa, / en la punta del pie*.

Luego de una semana de ausencia, El Ciudadano regresó. Ábreme zamba. ¿Qué se ha creído que esta casa es su pensión que usted es un comensal aquí? Más respeto para sus hijos, aunque en su vida yo haya sido la última rueda (yo lo miraba desde atrás, parado ante la puerta cerrada hablar tranquilo, arrugada la camisa, sin afeitar). Ábreme que te vas a arrepentir. NO me importa nada lárguese a la mierda de una vez, lárguese con esa puta que le dio lo que buscaba, yo me quedo con mis hijos, pero no los verá más, dios me ha de ayudar. Desgraciado, pero la has de pagar, te arrancaré de mi vida. Quiero ver a mis hijos, déjame entrar a cambiarme más que sea. Entrará cuando yo no esté, pero será para llevarse sus cacharpas y bajar de esta casa para no subir jamás ¿oyó? Jamás.

Esa tarde volvió cuando Rosalba estaba en la escuela y lento, como que le costaba, abrió cómodas, roperos, escarbó bajo la cama y armó su cambio de casa dejando un reguero de papeles en el suelo, recibos, Publicidad Delmar por concepto de, calendarios viejos, textos de cuñas radiales escritas a máquina, *Compre en Almacén Carmita la ropa más bonita; para las fiestas de fin de año Sastrería La Nueva Moda, corte a la perfección, surtido de driles, linos, casimires ingleses-;* números de *Cine Radial,* facturas, cajas de zapatos vacías, un damero, naipes incompletos, cajas de fósforo con nombres de hoteles desconocidos, un libro con toda la moral yanqui: *Selección de Selecciones del Reader's Digest :* la filosofía del hombre blanco (artículos de Ciro Alegría, André Maurois, "El Personaje de mi vida", "Boxeo contra jiu-jitsu en lucha a muerte", "Encuentren al Titanic", "El salvaje que se capacitó"). Toda la lección del padre perdida bajo la cama.

El Ciudadano partió con dos maletas, dándonos razones oscuras, dile a tu madre que tengo que ir a, volveré pronto. No hubo preguntas, nadie lloró, el cuarto vacío como una burbuja de ausencia, una foto con diafragma abierto a 360º. El sol formaba universos de polvo entrando por las claraboyas de la cocina. Solo quedó en el ambiente aquel olor

a colonia de peluquería, que hasta ahora puedo sacarme de la memoria.

Nos veo, lelos, siete duendes con la cara sucia acaso despidiéndolo con la mano, ciudadano en mangas de camisa llevando sus cosas por los portales donde los niños del vecindario juegan a la rayuela, bajo el sol de esa tarde vacía de octubre de 1962.

Rosalba escuchaba el bolero *De cigarro en cigarro* cantado con sereno frenesí por Julio Jaramillo que entonces no era JJ. ni El Pico de Oro sino solamente Julio, "El zorzal del Guayas". Estaba sentada en la cama, sola, fumando los cigarrillos Full que aprendió a usar cuando El Ciudadano se fue, tomándolos con torpeza de principiante y aspirando el humo aplicadamente, lanzando al aire toda la bocanada y mirando cómo se deshacía en bandadas cobardes, rebaños de duendes fugaces.

Se entregó a una bohemia doméstica, sorbiendo su cerveza con mesura triste, disimulando inútilmente ante el rumor de las hermanas-vecinas y la inocente mirada de los hijos. Sintonizaba el programa de pasillos de radio Cristal donde hacían furor los hermanos Miño-Naranjo, dúo de ambateños frescos, feliz combinación de las voces de un bajo y un soprano, contrapunto lastimando el sentimiento de esa mujer que tarareaba *si eres el sol sempiterno de mi anhelo/ por qué no matas el hielo de este invierno,* tomando con paciencia la botella de bajo la cama, perniabierta y descalza con su falda ancha y su sostén rosado, alborotado el pelo crespo, mirando por la claraboya del dormitorio un vuelo de palomas ausentes. En su encierro rumiaba rencores, se reía con los ojos secos, incorporando al repertorio de su drama las rancheras de Antonio Aguilar y los boleros de Mona Bell, que habían venido a cantar a Guayaquil en la feria de Octubre;

le brindaba vasos breves a la tía Queta que había regresado y asistía con furia callada, aconsejando, hasta cuando por Dios, nunca te he visto así, ya párala mujer.

"Esta vida puta da barba a quien no tiene quijada", comprobaba Rosalba, firme y lúcida. "Tanto sacrificio para nada, media vida consumida junto a un infeliz y ya ves, solo me quedan las canciones…No cambies de estación, deja ese bolero ahí, sube el volumen".

Asintiendo al son de la letra, Rosalba rumiaba cada verso

Miro el tiempo pasar, el invierno llegar, todo menos a ti.../
Si otro amor me viniera a llamar/ no lo quiero ni oír

Así serán mis culpas, carajo –concluía con seca amargura–. Ningún hombre probará ya mis restos de mujer, nadie más me morderá los labios. Pero me lo he de sacar del corazón. Con la ayuda de San Judas Tadeo y el Santísimo Cristo del Consuelo.

(……)

Los compañeros del colegio eran animalitos sueltos con ganas de vivir, cada cual su carácter según la historia familiar, viveza criolla en formación, lucha de clases entre la gente del mismo barrio. Camisa y pantalón, brillantina, pequeña pretensión secreta. Pero había las armas humanas: la honradez, la envidia, la pila vital de cada cual.

Salíamos, yo el más gil, culpable de andar sin permiso, con la madre a cuestas. (No: ella iba haciendo cuentas, subiendo cuestas para comprar el pan, para llegar a tiempo a cocinar).

Bandada de ladridos, pájaros imberbes, el patucho William tenía más recorrido, dice seis, dice siete, dice que es

el más sabido, niño grande. "Y entonces la man me dijo que suba y yo subí y estaba sola. Cuando llegó el marido me tuve que botar al techo de atrás", y yo, creyéndole, imaginándome la historia. Llegar a la esquina de Aguirre y Pío Montúfar era jugar al Capitán Manda, con botas de siete leguas por las veredas, tarareando la tonada de la ciudad, absorbiendo todo, alborotando la etiqueta del orden, los signos de la rutina por puro deseo o alegría.

Quién llevaba la batuta era el patucho: al gato, qué le damos, los platillos. A Juan el bombo, para mí la flauta, las maracas al maricón de Freddy. Eran instrumentos musicales de artesanía, *traigan los tereques* decíamos, bisutería primitiva, coros inocentes y compás bastante bien marcado, madera y cueros, música para liberar los pájaros del alma:

Pracatá-pracatá-pracatá-pracatá
burim bum bam-burim bum bam

Tiempos de un verde claro, nubes grises derrotadas por el sol y un leve sobresalto en el alma sin media suela (escuchar a Joan Manuel Serrat). En las tardes del sábado había una inquietud en el ambiente, un claxon demás en la calle Santa Elena, el viento alborotando el pelo, un baño, un par de medias nuevas.

A las cuatro comenzaba la kermés bailable.

A las cinco de la tarde, a la entrada del colegio y bajo una luz alegre, desconocida los otros días de la semana, una ráfaga de viento musical nos daba en plena cara, el retazo de una cumbia en que el cantante hablaba de *un pescador solitario por aguas del Magdalena*, el redoble de un tambor, la clave, una frase del saxo y la trompeta y el mosaico de colores de la gente que llegaba y no se instalaba todavía.

Ya entrando al ambiente, entre cholas con traje de lentejuelas ajustado, muy llamativo para el momento y el lugar, demasiado pintadas para ese tono de la luz a las cinco y cuarto de la tarde, el sonido se nos venía encima según llegábamos a la fuente de la música: una ola que nos atravesaba, acelerando palpitaciones. Y en la pista de baile, como en un cuadro de Brueghel, las coquetas, las niñas en su primer baile, el garañón, el viejo sátiro, la señora con su prima buscando cosas nuevas, el reprimido, el carterista, la bailarina de polka en lugar equivocado, las guaracheras suburbanas, los rumberos de oficio con el negro Llamarada en el centro del ritual, haciendo su exorcismo de tambores, derritiendo su cuerpo de brea en medio de un redoble interminable, antes de salir volando, como pájaro fosforescente o perro alado, enloquecido por una quemadura..

(.....)

Eran tres trigueños, cuatro, Los Cinco Ases. Flor de juventud, la aristocracia del barrio: muchachos de clase media, sanos, zánganos, camisa manga corta con paisajes de palmeras. Una batería de cinco tambores (Valenzuela); un acordeón en tiempo de piano, de general mandón (Gastón Rubio: ese acordeón recogió la tradición de otra época, hijo del vallenato que anduvo por los barrios de Guayaquil,

combos de infancia con blusa de arandelas); dos saxos de barniz negro, un contrabajo de Big Band, una tumbadora para contracantar, acompasando a solas, Kiko Fuentes con su voz y un güiro, (ahora veo la portada de un disco long play de cuando Rafael Cortijo envejeció, CORTIJO Y SU BONCHE CON KIKO FUENTES, un barrio de San Juan, Puerto Rico, y el vecindario ahí, en tumulto, para la foto). Era un negro fino, sinsonte de patio y cabaret, que al fin pudo cumplir su sueño.

¿Quién es la mujer más linda?
Tina, Tina Tina Tina (coro)
¿Quièn tiene los ojos verdes?
Tina, Tina Tina Tina (coro)

Y ya entrada la noche, prendida la fiesta, las mujeres vibraban, los bobos babeaban y hervía la sangre al golpe del tambor.

VI

¿Recuerdas esos litros de letras?, *El Quijote* en edición resumida devorada al cumplir tus once años, el *Diccionario enciclopédico mentor ilustrado* de Editorial Sopena, Buenos Aires: jornadas semánticas insomnes, en los márgenes dibujaste garabatos de la subjetividad, poemas en rima, plagios viles a Quevedo y Darío firmando con seudónimos como Martín Cuervo o Agustín Camino; *Antología de románticos españoles*, Bécquer Campoamor Espronceda ("La canción del pirata"); Víctor Hugo Dumas Dickens Dostoievski y a purgar crímenes soñados, culpas de conciencia. Porfirio Barba-Jacob, Neruda, León de Greiff, Henry Miller, Sartre.

Encerrado en el baño devoraste en tres sentadas *El extranjero* de Albert Camus, el absurdo lo asimilaste fácil, la culpa cristiana y el lirismo parnasiano caían hasta el fondo mientras Meursault enterraba a su madre sin pena, disparaba sin causa contra el árabe y aguardaba la guillotina como a la lluvia sobre su cabeza. Tu cuarto fue una realidad extraña donde Gregorio Samsa despertaba convertido en cucaracha y el Sr. Kafka buscaba al funcionario mayor en las erizadas dependencias del castillo, un omnipresente ojo vigilando, las piedras de la Ley transgredidas por destino torpeza o libertad y al final, la certeza de que todo está dispuesto y clausurado por un padre indiferente. César Vallejo deletreaba su metafísica de preso inventando una sintaxis de palabras rotas, sentidos que intuías sin comprender, tiempo, espacio, uno, útero, tarde, absurdo, madre, mar, piano ilimitado, esqueletos silbadores y marías madrugando con sus mantos negros a velar a sus muertos un dos de noviembre.

Así te serenabas del vacío inexplicable entre tus huesos de adolescente. Pero te producía angustia el contacto con las cosas, náusea sartreana al palpar la textura de las paredes apolilladas de la casa de los gallineros de Ballén y Pío Montufar

y su olor a excremento fresco. Te asaltaba la sensación de que la vida carece de sentido a los 18, desembocando en el tiempo de los libros, justo cuando el techo de tu casa se caía y en el mundo temblaban fortalezas consagradas. Era mayo del 68 en París con un fondo de baladas tiernas.

Apenas pudiste dejar a un lado el volumen de *Residencia en la tierra,* cuando el Alguacil llegó acompañado por dos tipos en mangas de camisa portando un papel amarillo. Solo alcanzaste a balbucir que tu madre salió al juzgado, escoltando a los ejecutores de esa gestión sin sentido, mientras inspeccionaban los trastos de cocina, los muebles destripados de esa casa en decadencia. Buscaron electrodomésticos, joyas, adornos de valor, constataron la crisis ante tus narices y se fueron. Cuando Rosalba llegó estrujando el fajo de billetes y los recibos de empeño y después, cuando el casero clavó el letrero, SE ALQUILA, al pie de la ventana del departamento aún habitado, comprendiste, tarde como siempre.

Y volvías a meter las narices en las páginas de *Residencia en la tierra:* caracoles encendidos, trementina voladora y playas perdidas de la fiebre, perros equivocados y tormentas de harina. Te agotaba ese agitado mar de imágenes que hacían un montaje incómodo sobre la vida diaria. Subjetivo y loco, imaginabas cementerios de barcos superpuestos en las esquinas del mercado Central; cuerpos como racimos ardientes copulando sobre las aceras cuarteadas de Ballén y Pío Montúfar;

Y el frasco guardando la oreja del viudo junto a las estampas del altar donde Rosalba, a la luz de una vela, levantaba el vaho de su plegaria a las ánimas esquivas.

(DISCURSOS DE ROSALBA)

Mi cruz la llevo con paciencia, pero hasta cuándo tengo que soportar que vengan bocineros y campaneros a querer que baile al son que me tocan, con hinchoneos disfrazados de consejos de buena fe. Como gallinazos sobre la mortecina caen a mi hogar buscando dónde meter el pico, viejas chismosas. Si este hombre ha estado encamotado con cualquier puta de la calle Machala, es la fatalidad de su vida: siempre fue candil de afuera.

(.....)

Algo está sucediendo que no me deja respirar, tengo un sobresalto de conejo perseguido, mi reino por esa ventana, no como en paz, mi madre me habla y no la escucho, los libros de Jurisprudencia parecen manuscritos sánscritos, esa casa de cuarenta ventanas de enfrente tiene una atracción secreta, de la rockola de los Regalado salen canciones que me acosan y empujan los pasos del corazón por veredas inclinadas: Javier Solís canta con su cálida voz acerca de una renuncia y un beso como postrer bendición; el Trío La Rosa descarga sátiras contra las mujeres de mala conciencia y Los Martino, al vaivén de palmeras en las noches de luna de Cartagena de Indias, proclaman el triunfo de un amor por mandato divino.

Dónde fue aquella muchachita de pelo rubio que regresó color caoba; ahora la veo cavilando en la ventana justo enfrente de la mía, con la mirada perdida en una playa distante. Ahora se sobresalta molesta por mi devota curiosidad, pero algo tiene para mí, lo sé, quiere y no quiere, me odia, pero después me llama con ese aire de ausencia, sí, ahora te veo muchacha, qué te pasa, qué lejanía te acerca,

cómo te llamas, que distancia, qué tristancia te conduce a kilómetros de aquí, cuál es tu pena.

Entonces la asalté por mediación de una vecina. En el cine *Lux* hablando de la película pasamos a las confidencias, después la tuve ante los tres platos y la Venus decorosa de la pila mayor del Parque Centenario, la besé a la fuerza, mal, se sonrojó, entre ella y yo se agita un animal desconocido.

Ahora es contra los pilares del Colegio Normal de señoritas: bajo la sombra de los samanes protectores proyectándose desde la otra acera la sentí palpitando en sus quince, quién eres tú, no te quiero todavía, no te conozco flaco, y el otro entusiasmado, suplicando, espera que me parece un sueño.

Primero fue un policía puteando nuestra emoción de púberes bajo la luz escandalosa de una esquina. Luego el cura de la iglesia La Victoria amenazando con el puño al aire la promesa de un beso frente al altar mayor: "fuera de la casa de Dios, blasfemos". Después su madre: ella es una niña, joven, qué dirá el vecindario, si quiere verla visítela aquí en la casa, no tienen para qué irse a esconder por los zaguanes, a usted disculpe yo no lo conozco (y jugaba con una pulsera de 24 k., al compás de su respiración asmática).

La fiebre dibujaba cuerpos agitados en la penumbra del cine, frente al espectáculo en tecnicolor de la carrera de cuadrigas romanas entre Messala y Ben-Hur. Escándalo de polvareda y trote atropellado como un segundo plano para esos besos golosos, para esas incursiones deslumbradas, así así, despacito, siéntate aquí, espérame, ahora. ¿Te gusta así? ¡Dame, Dime!

Fueron días de asombro con olor a vagina juvenil, flor de zaguán a medianoche, cuando la madre de ella cabeceaba de sueño. Entonces como gato en celo Andrés volvía a subir a ese segundo piso y parados en la escalera se consumían llegando a destiempo, despidiéndose agotados, prometiéndose un desquite, ingresando en la servidumbre a un cuerpo de

mujer que no termina de poseerse a fondo. Nunca olvidaría aquella noche de mar cuando frente a la iglesia del balneario La Libertad, mirando los fuegos pirotécnicos del Domingo de Ramos, él pudo tocar sus senos sueltos bajo la blusa (... *mameyes invictos, pezones rosados sublevados bajo mi tacto vehemente, que atacaba, se replegaba, volvía*...), escribió después en papeles confundidos.

Entonces supo que toda forma es carne y sueño y que solo el momento del éxtasis sexual prolonga por segundos la noción que da sentido a la aventura humana, que luego se desvanece y es la muerte, nada, la desazón suprema y solo queda un consuelo de farra memorable, rockola trasnochadora con el fondo del mar bravo rompiendo contra un muro, fluyendo por las grietas de esas baladas y Andrés, rumiando los restos de este amor, se repite que *en Puerto Montt, a cayendo una lágrima en tu mejilla,* y se consuela sabiendo que *volverás en ese barco azul, Chiquilina /, Trigal donde mis manos se dilatan.*

(.....)

Me buscas y no te hallo, que lejos ya de olvidarte y encontrarte otra vez escondida entre mis cosas, esto es un poema de amor que no parece

Pero no me hagas caso, tú también podrías odiarme, ingrata, al compás de las nocturnas tardes en la matinée del cine Odeón, cuando me ponía a rebuscar bajo tu piel el tesoro de los piratas tuertos.

Lo demás no importa y como dijo Bienvenido Granda, bigote cantor, abolerando el tango

La juventud se fue / tu casa ya no está

Ni mi camisa roja de cuadros azules, te acuerdas, ni tu pelo y tus pezones goteando miel a las seis de la tarde cuando el sol del Estero Salado se caía, ni el libro de poemas de Vallejo que me serenaba tanto al leerlo y sin saber porqué

Ahora borra y va de nuevo quinceañera envejecida, no puedo negar que te amé, esto no es un bolero de ayer pero parece, pórtate bien, que el bacán que te encamota tenga pesos duraderos según cantó Gardel, ahora siento que me sigues a distancia y me marcas a discreción los pasos, vete ya, a veces te veo cuando voy mirando el horizonte, por la calle Aguirre al fondo, desembocando en el estero del sol que te decía, vete ya, vete ya, mira que voy sin freno y sin bandera.

El peligro nos quitaba cualquier melancolía...
RENÉ CHAR

VII

Guayaquil es un puerto que se encuentra abrazado por un río solemne que trae memorias rurales y un sistema de estero que son brazos de mar. Con el correr de los siglos fue astillero mercado de orilla tierra de pardos cholos morenos de sabana y manglar domicilio de banqueros y masones lugar de migraciones múltiples crisol de criollas convergencias donde se juntan el salón parisino y el barro ribereño el traje de casimir inglés o lino blanco chaleco sombrero bastón y la índole pata al suelo de una plebe con memoria sentido común instinto criminal y refranero sabio.

Territorio bajísimo de orilla urbanizada que se arruga se retuerce y contorsiona, lagarto desparramado de la tierra lodosa del manglar que asedia el río, casas de aleros y portales y techos de tejas casas de madera noble con ventanas de barajas y balcones de balaústres o alegorías rococó, terrazas con espacios ventilados de sombra fresca y más allá en zonas de orilla, covachas de caña seguidas por otras viviendas hechas de materiales náufragos; tierra de mangles, guayacanes, almendros, acacias, samanes y algarrobos florecidos.

Hierve la esquina bajo la pisada de los zánganos del barrio: vista en perspectiva hacia el sur o hacia el oeste o con mirada circular todo es un calidoscopio cuarteado por una rebelde raíz de árbol añejo: casas calles avenidas techos palmeras eternas y postes de alumbrado. Por ahí se pierde Andrés, su camino es por esa torcedumbre, bajo un sol que preside los desfiles de efemérides y la fiesta de los gallinazos alrededor de la basura. Ahora parece que el peso de los edificios de concreto donde funcionan las compañías de seguros, las financieras nacientes, el City Bank, la Cámara de Comercio, le da a la topografía del lugar un aire de ladera peligrosa: parado en La Merced o en Ballén y 6 de Marzo

mirando hacia el Sur, pareciera que se hunde, como si el manglar que reverbera a dos palmos del pavimento cediera como algodón de azúcar. Por eso los huecos fáciles de las calles, que provocan la queja del Programa radial Noticias de la urbe y la rabia de los taxistas. Cruzando esquinas el paseante se pierde: humanizada selvita de cemento que se contorsiona despacio en la complicada perspectiva de casas mixtas interrumpidas por edificios nuevos, postes de luz, cables en que se posan golondrinas o gorriones, perspectivas de casas que se miran a los ojos y se perciben el aliento a interiores tormentosos o aburridos, que frente a frente parece que se besan tocándose las viseras de zinc, ventanas y azoteas con su ropa de colores o abiertas a la fiesta luminosa de las 11 a.m.

En Guayaquil los inmigrantes se insertan en su matriz absorbente y movediza, los informales que viven para el día se arrojan en su magma, circulando en en una trama dramática y carvalesca: la periferia asedia al centro, lo invade, lo conduce hacia su orilla y lo regresa otro, transfigurado. Mar de piel, sudor y sueño, atrevimiento y grito conminatorio y súplica, violencia retenida, lágrima brava. Cómicos de feria, cuchilleros de zaguán, carne fresca de mujer para el deseo, sátrapas de la calle dura que vendieron sus símbolos de origen, y quedaron vacíos, puro instinto para la rebusca y el plato de frejoles de mañana. Entonces la gente caminante de la calle impone sus normas salvajes y construye el espacio con sus modos toscos, locos, que se legitiman y se quedan a pesar del palo municipal y la ordenanza fría, desplazados temporalmente para volver como aceptando un destino, ocupando zonas invisibles en casas de vecindarios y edificios de hormigón privados-públicos: ahí se abren intersticios, grietas, huecos, altillos, terrazas, entrepisos, subterráneos: otras zonas voraces del espacio.

Por los portales desde Rumichaca y 10 de Agosto rumbo al Sur, almacenes de muebles baratos, SE PONEN INYECCIONES Y SUEROS A DOMICILIO, pasos rápidos, PENSIÓN ECUADOR,

tropezando, CAFÉ CON HUMITAS y CERVEZA, una casita enana de otros tiempos escondiendo tras la puerta fantasmas dispuestos a salir, TALLER DE BICICLETAS, reclamos, pasa la llave, ¡pasa! SALÓN MI OFICINA, rumor de diálogos dispersos, violentados por sones anónimos, TIENDA TRES HERMANOS, MODAS LEONOR y chalets minúsculos con atados de vida privada: un juego de sala de juguete con mesa de centro y jarro de porcelana mentirosa sobre mantel breve tejido con crochet, fotos amarilladas de fiestas y ceremonias, un radio necesario y la pared tatuada de apliques impersonales, ángeles, casas de Hansel y Gretel, letreritos DIOS ESTÁ CONMIGO / hogar dulce hogar, abanicos de salones imposibles, cabezas de ciervos o tigres de felpa inofensivos, almohadones de sala con bordados de paisajes chinos, la foto de un militar a caballo y otra de un solemne viejo de bigotes acicalados, telarañas colgando de un ángulo alto, el garabato de una mosca, la piel desollada del interior mostrando en llaga viva un pedazo de pared de caña, una que otra cucaracha, ejércitos de hormigas.

Saliendo despavorido de esos interiores, el ojo voraz que testifica y la lengua narradora toman respiro para sumergirse en mares de ruido y espacio habitado, fortalezas frágiles: tras la dureza de la piedra el bloque y el ladrillo hay algo más: Guayaquil es tiempo que fluye y se derrite, muerte lenta, alegre, desaprensiva, sorda, bulliciosa, cruel, ajena a su grandeza y desmesura, babeante babilonia en claroscuro. La gente entra en las casas a vivir, se agita en fiestas sacrificios velorios motines alaridos y al cabo de calendarios desprendidos, inviernos y veranos, esos lugares quedan exhaustos de vida, mostrando huellas de batallas interiores, secretos que se hicieron públicos, la densa marca de lo humano entre las cosas.

Madreselva y sudor, desechos casi acariciables que hombres y mujeres escarban sentados en la vereda para rescatar pequeñas cosas, devota, laboriosamente,

chamberos de los desechos del corazón: aretes impares o cartas confundidas, besos. Y los guardan en álbumes, de esos que se compran en bazares, con portada de gamuza color verde botella o concho de vino, y letras de oro.

(.....)

Perdí a la familia de vista, caminé como ciego en un mar de colores. Todo lo quería reducir a una magia sensorial, la autenticidad humana como condición natural, cuando pasaban rozándome, camiones con las tropas del triunvirato, autos de inteligencia militar sin placas tras los asaltantes al Banco de Fomento sucursal Daule, mientras los diarios publicaban fotos de los primeros pozos de petróleo. Iba con pájaros al hombro, pisando hojas de almendro secas con forma de lámparas de Aladino sobre la tierra, guardando la lluvia de la noche anterior, atravesada por el poderoso aliento del invierno,

–¡Qué dice maestrito! –señala Jota P. con énfasis concentrado como la luz irrumpe entre el follaje de los árboles del parque Centenario luego de una noche de lluvia. Y se veía que formaba claraboyas caprichosas, efectos de frescos medioevales entre las altas ramas: "la magia, maese, la magia". Y los volados ahí, exagerando sinceramente la verdad del mundo. *Se hace camino al andar*. Era la consigna para caminar por las calles de la ciudad, dándole y dándole, tirados del pelo hacia una rara, subjetiva, tentación de libertad. Evadidos vivos, pájaros tardíos, buenas gentes, buscando en gallada de a diez, buscadores de sí mismos, perseguidores de armonía en tiempos de dictadura. *Caminante no hay camino* cantaban, y era verdad, había que romper esquemas y recomenzar. Livianos animales de abstracción.

Descubrían intensidades en las cosas. "¿Oye no? Nos hemos estado perdiendo el espectáculo", decían. Colores limpios de la mañana soleada, contrastes de la tarde, fosforescencias dibujando gestos y reflejos nocturnos, luces de neón tapizando las calles mojadas por las lluvias de marzo. "Pero no exageren, giles…/ Por dios maestro, mañana saldrá un titular en *El Universo: CUATRO LOCOS FUERON ENCONTRADOS EN ESTADO DE ALERTA / Alértate mejor y bájate de esa nube que la tierra está temblando…/ Qué va, son ruidos de las perforaciones que los milicos están haciendo en el Oriente…/ Habla serio…no, ESTÁ TEMBLANDO LA TIERRA, SALGAMOS DE AQUÍ…/ (*crujió el subsuelo, como que la tierra se salió de sus goznes un segundo*)../ -No grites como histérica flaca, así te quería ver…/*

Cuando el jilguero no quiere cantar,
Cuando el poeta es un peregrino,
Cuando de nada nos sirve rezar.
Golpe a golpe, verso a verso….

Y en medio del miedo, la gente alborotada en las veredas, pasó un auto con borrachos gritando la plena, epílogo de una noche con demasiadas voces:

A tirar, a tirar, / que el mundo se va a acabar.

(……)

Entró al mundillo ligero y bullicioso de los eventos artísticos en aquel mamotreto sin pintar llamado Casa de la Cultura, junto al Café La Macarena y a un parque de diversiones, alegoría de ese algo que la vida tiene: juego infantil y necio carrusel. Allí encontró a Jota P., amigo de infancia y

compañero de aulas escolares: Tocayo, a los tiempos. Un mulato fino y lenguaraz, con un tremendo instinto para captar al vuelo el dato esencial de las cosas, y el sentido común que le venía de abuelos montubios, manabitas montoneros que se quedaron en las bananeras de Balao Chico. Allí nació, trayendo cuentos de crímenes y aparecidos y una belicosidad atormentada, atávica. Era un líder nato, involucrado en la guerrilla callejera contra los exámenes de ingreso a la Universidad de Guayaquil y peleando, piedra y bomba molotov contra garrote y bala, con las hordas del alcalde Assad Bucaram. Eran tiempos de un heroísmo estoico y soñador. El Che había sido asesinado en Bolivia y todos sentían la sombra de su ejemplo en el ambiente de las asambleas y las reuniones secretas.

Con un abrazo amplio y enérgico se habían encontrado en la esquina de 9 de Octubre y Pedro Moncayo un domingo de bullicio uniforme y colores chillones. Jota P. venía recuperándose de la tortura y la crisis sufrida luego de su captura en las cercanías de la Vieja Casona universitaria, días después de aquel 29 de mayo en que las ráfagas de metralla tocaron su sinfonía patética en el piano del paraninfo. Estaba lúcido y había tenido tiempo de entrenarse "con unos boy-scouts palestinos, tocayito, que sacan la madre pero te ayudan a sobrevivir en condiciones adversas que ni Robinsón Crusoe te queda bueno", bromeó enigmático. Y pasaron a rescatar memorias de aquella escuela donde el palo zumbaba en un aire entre monástico y laico, bajo la vigilancia de Doña Rosalba y el Señor Velarde, educador y propietario. Tu madre me hizo sufrir tocayo, me arrodillaba en un rincón por las puras, le daba las quejas a mi vieja y me daban duro en la casa, ella es la responsable de mi desadaptación social, ñeco, pero vamos a saludarla, ¿cómo está, sigue mal genio?, qué es de sus hermanos, qué buena nota encontrarlo, broder, tocayito.

Andrés N. inauguró con Jota P. una etapa de amistad admirativa compartiendo actividades de teatro barrial, sueños artesanos, espacios para intentar nuevos lenguajes, trepados en una torre de marfil y pregonando una insurrección ingenua y en fin de cuentas, solitaria. Aprendió las primeras letras de combate tomadas del cancionero de la república española y las zambas, chacareras y vidalas de Atahualpa Yupanqui, cantadas con ronco y emocionado acento junto al amigo reencontrado y al pirómano Garay, que le decía estás jodido flaco, estás mal, unos de estos días van a pasar los escuadrones de la muerte dando bala por este café y no van a hacer diferencia contigo que al fin y al cabo eres buena gente. Toda la fauna decadente de esta Casa de la Incultura va a marchar, las teatreras, los mecos, los guerrilleros de salón, los intelectuales esotéricos, las viejas locas, porque aquí no es donde las papas queman y tú lo sabes, pero no eliges por comodidad, por eso canta

El ejército del Ebro zumba la bomba bomba va (bis)
Una noche el río cruzó, ay Carmela, ay Carmela (bis)

En un receso de aquella huelga contra las últimas momias de La Casa, que encabezó el poeta Othón Muñoz, sentados en las escaleras de caracol del edificio sin pintar de la Casa de la Cultura, que parecían una mezquina réplica de los círculos del infierno dantesco, cantaban con desafinada soberbia

Porque no engraso los ejes,
Me llaman abandonao (bis)

Y una incómoda emoción lo iba ganando sin saber por qué, repitiendo torpemente las letras, retrasándose para sumarse al coro ya con decisión

A la huelga diez, a la huelga cien,
A la huelga madre yo voy también,
A la huelga cien, a la huelga mil
Yo por ellos madre y ellos por mí.

Jota P. y Andrés N. caminaron mucho, éste había fantaseado un cuento entre ingenuo y Jorge Luis Borges en el que dos hombres, uno alto y el otro pequeño, iban por un camino de hogueras encendidas que los escoltaban y que al final del recorrido quedaba una piedra fosforescente, una especie de revelación. Y era una alegoría de esa amistad en que dos jóvenes recreaban sus malestares, huyendo por vecindarios y parques, en la atmósfera de aquella dictadura militar que perseguía insurrectos y en discursos fogosos reemplazaba la palabra "patria" por "nación". Y caminaban sin cansancio, mirando con las pupilas dilatadas, como gatos en la noche fresca, y el amarillo meloso de los faroles de mercurio de la Avenida Quito, delirando un diálogo heterodoxo y vital, sintiendo un coro en el fondo de la conciencia, *Oh, mamie, oh mamie blue/ oh mamie blue*, que en su clímax de cántico de iglesia le quedaba a Andrés N. resonando en el sueño hasta el siguiente día.

Por la avenida 4 de Noviembre al fondo, donde se acaba Barrio Lindo, Jota P se iba transfigurando en un condenado a muerte. Mira quien me sigue tocayo, viste ese carro negro sin placas que pasó, ese cholo que iba junto al chofer estaba en la Peni y era uno de los que me torturaba, ¿te fijaste que me señaló?, cojamos por este callejón. Y entonaba las canciones de Paco Ibáñez con voz profunda y sentida, *Aceituneros altivos, decidme, en el aire, ¿de quién son esos olivos? Andaluces de Jaén.* Me querían matar tocayo, dejaban la puerta de la celda abierta para darme la Ley de fuga y yo les cantaba *La internacional, El derecho de vivir en paz,* de Víctor Jara, les cantaba hasta quedarme ronco y ellos se reían, estás loco hijueputa, ya has de caer, déjalo que se canse, decían.

Creo que a veces me perturbo pana, me pongo mesiánico, por ustedes, por los que cayeron en las escaramuzas, por nuestros abuelos chapulos y montoneros, por esos fantasmas que salen de madrugada de las casas paradas sobre zancos a coger jaibas en canoa, por tu madre y la mía, por nuestra común ascendencia obrero-campesina ñaño lindo, es tan terrible moverse en la periferia y estar así desmovilizado, con los contactos perdidos, perseguido y sin cobertura, pensar que me pueden matar en un portal y no tendré a los camaradas que reclamen mi cadáver y me pongan la bandera del Partido encima, chucha……..

Y lloraba en silencio.

Aquella tarde en el cine Luque donde los llevó el marasmo, en el intermedio de una de cowboys con Henry Fonda, en la galería alta deshabitada vieron tres policías y Jota P, vamos, vienen por mí. Al salir y doblar la esquina de Manuel Galecio y Boyacá los cruzaron, eran altos y sórdidos tras las gafas negras y el uniforme kaki nuevo. Huyeron veloces, doblando esquinas, por Dios qué angustia –decía Jota P.– ¿los viste? son de FUMISA, del escuadrón de la muerte. Tomaron el colectivo de la 7 rodando pocas cuadras, se bajaron y un taxi los llevó hacia el Sur por la calle Chimborazo y luego de un rodeo a la casa de la madre del perseguido. La relación con ella era difícil, entorpecida por no sé qué malentendido atávico. Desde la máquina de coser Doña Leonor lo interpeló con una mirada que parecía decir, "si te metiste en otro lío, verás cómo sales". Jota P. llenó un bolso con cuatro cosas. Ya no aguanto Broder, me voy. Hasta aquí me trajo el río.

Regresó a la casa materna para las fiestas de año viejo, estuvo bailando mal, tratando con tensa cortesía a las visitas, torpe en sus reflejos, mientras en la calle las hogueras encendidas con el cuerpo inerte de los muñecos se reflejaban en el cielo de Guayaquil a lo largo de la calle

Santa Elena, sobre el pavimento salpicado por los espejos de la lluvia que cae puntual el 31 de diciembre a las 12 pm. Era una calle apocalíptica, con unas dos tres hogueras en cada cuadra, y el fuego levantaba un humo negro que se iba más allá de los techos, dibujando la suerte de la gente, la difícil fraternidad de los abrazos.

Bebieron poco, por ahí llegaron Hipólito y Kattán y eligieron hacer su ruedo aparte en los escalones que daban al piso siguiente, comentando con ironía esa falta de sensibilidad de los demás frente al palpitar de las cosas. Jota P se comportó hosco y reservado, soportando estoicamente las bromas de Kattán, sacúdete, estás con la depre, ¿te dejó el tren de la historia?, qué te pasa.

A golpe de 6 am Andrés N. lo acompañó bajo una lluvia boba, que se prendía en el rostro y dejaba ver en las mejillas de su amigo una huella de lágrima falsa. A la altura del puente Cinco de Junio vio venir un bus interprovincial semivacío.

–Ese es el mío compadre –lo abrazó ligeramente–. Pórtese bien –y se embarcó sin decir adónde iba–.

VIII

La identidad no es un lugar. Vamos con la tribu a cuestas, la llevamos encima como un tatuaje de espacio, tiempo y fábulas, el colectivo de perfiles confundibles y memorias, este rebaño de animales travestidos, tropa nómada que va por las veredas y después se queda un poco viviendo en conventillos, departamentos con dos cuartos cocina y baño común para cinco familias en cada piso, cuartos con rendijas para mirar a mujeres en interiores, que sueñan despiertas leyendo una fotonovela a la hora de la siesta y duermen a pierna desparramada, hasta que cualquier escándalo las despierta resentidas. Llevamos a cuestas nuestra historia, la familia no son esas sillas esta mesa con florero de murano falso, acaso estas fotos donde se quedaron presas las horas color sepia de una farra, estos aparatos receptores donde nos llega la música, esa otra forma de memoria.

(.....)

–Tun, tun.

–¿Quién es?

–El diablo con los siete mil cachos, el marido de la vieja Inés.

–Tarde has llegado Marqués, nos estamos cambiando de casa por enésima vez.

Vértigo de escribir. Andrés N. déjame en paz. Escritura automática a cuyo paso asomen secretas las costuras que llevan a otros rumores de la realidad. Ya no soy el que fui, pero algo llevo y traigo: chismoso de mí mismo. Y todo a medio tiempo, en los paréntesis de la subjetividad furiosa para atrapar la clave: imágenes memorias peripecias datos; ficción y reflexión. No ser contador de cosas sino cronista viajero por los vados y desembocaduras de las venas. Mala retórica. Ya basta.

Oyendo una música de guaracha (fósil de rockola) el narrador sufre un tropiezo de identidad agudizado por la sensación de abandono del domingo: piensa: somos una jornada letárgica con fondo de gallos que cantan su miseria extrañamente a las dos y treinta de la tarde cuando el sol pega más fuerte y los techos de zinc de la barriada arden sin sentido bajo la majestad de los gallinazos sepultureros. Todo lo perturba: el raspar en el fondo de una olla de arroz, un reclamo en el departamento contiguo ("porqué te pusiste mi camisa"), y telarañas de leyenda en los rincones donde se acedan vivos o muertos los abuelos olvidados. Piensa en un sujeto que busca beber cerveza con depresión disimulada bajo las gafas negras usa perfume exótico y camina, bandereando el brazo como el más duro de la esquina pero sin un centavo en el bolsillo (roto), dos dedos pasando al mundo subterráneo del muslo donde en la primera cárcel en el primer embarque le tatuaron el consabido corazón con su flecha sangrante atravesada: TANIA TE AMO. Avezadas maneras. Y esperando al padrino al pesado al más duro que él, a que le venga a ordenar hinchado de whisky cadena de oro al pecho: mañana a las seis te paso recogiendo tenemos que ir al Puerto con la gente a ver una encomienda: ya patrón. Qué identidad.

Y no saben del diciembre de ese mayo en que el mariscal Sucre cerró la campaña libertaria un 24 ¿o fue en 1895 que abrimos los ojos, tarde a la modernidad, por obra del Gran

Cacao, o ese 28 de enero de 1912, en Quito, cuando la chusma odiadora azuzada por el clero y la prensa, arrastró y quemó como muñeco de año viejo al General montonero? ¿El caudillo delirante del dedo agitador nos trajo noticias de nosotros? Después, inmigrantes que llegaron huyendo de otras guerras: íberos, sefarditas, duchicelas que entraron al negocio, curas comebeatas, libaneses o alemanes, asesores gringos buceadores de tesoros, amables amanuenses de Richard Custer, Moeller Martínez, Juan H. Kruger, Briz, Don M.A.Plaza, ¿O fue ese mayo de los descamisados, el 44?

Andrés de dónde sales: Vete de ahí. ¡Pasa de largo ¡Saca tu sombra de mis tropezados trazos! Sal a buscar otro fabulador mejor formado, que te ponga un apellido y saque la cara por ti, que te reescriba el cuerpo y la trama de tus pasos...

IX

Los tres jóvenes encontraron alborozados el váter desechado de una demolición, y lo llevaron en andas por la calle. Toda forma es arte si se mira bien, decía Galbán. Si sacas el objeto de su función rutinaria rompes el molde mental de la gente y más aún este váter con modulaciones y cinturas, un toque de pintura celeste o amarillo intenso, una mano de barniz, una Venus de alambre sentada en el trono y ya, la forma recreada en todo su misterio, y el que me quiera entender que alce la mano, decía, hecho el profeta.

Yo tengo mi colección de alambres triturados por los carros y fierros de encofrados, informaba Andrés N. Es la estética del azar compadre, toman unas formas increíbles, danzantes, amantes entrelazados, guitarras armadas, en la pared de mi cuarto parecen signos que te dan salida y vale la pena jugar, broder, tentar un viaje por esa puerta abierta.

Fueron cargando alegres su trofeo, interrumpiendo el tráfico, celebrando pequeños mítines relámpagos para cuatro curiosos, enarbolando el artefacto con orgullo, proclamando su condición de material estético –puro–, "*y si no ves nada, la cagada*" ironizaba impertérrito Nelson, para conjurar la burla de los transeúntes. Llevaron el W.C. con sus manchas de orina eterna y su moho a las estaciones de radio, sin fortuna. Se hicieron retratar orgullosos junto al objeto por un fotógrafo de manga en el parque Seminario, dejando copias en manos de amigos o conocidos en los diarios; trataron de trepar sin éxito en los buses que bajaban por la calle Boyacá. Entonces caminaron hasta el parque Centenario.

Entraron al café La Macarena enarbolando el objeto para escándalo de los pintores que paraban a esa hora y la iracunda censura de León Carrillo, que mostraba su última obra de chatarra oscura, fósiles de guitarra y monedas calcinadas por el sol. Instalaron su carga sobre una de las

mesas contiguas, soportando miradas amargas y puteadas entre dientes. "Viven una epifanía de su esquizofrenia, pobres", comentaba el pintor con perilla de diablo cojuelo. "Han leído mal las esculturas de Duchamp", se reía Rojitas, con su poema siempre inacabado. "Bien maestros, buena onda", comentaba hipócrita el patucho Escudero, con su cigarrillo nervioso y su maletín de vendedor de pólizas.

"Encaman mierda y basura" recitó Galbán, ya con varias copas encima. Solo el aire de conversaciones rotas como respuesta. "Ustedes creen que la realidad es pollo frito y una caja de témperas, saben sobrevivir empobrecidos por dentro, mezquinos... (hasta aquí aconsejando, casi compasivo), no se queman los ojos con las formas del mundo, ¡SOLO COPIAN ZANAHORIOS HIJUEPUTAS!" Y salió dando empujones, con el wáter al hombro.

NOTAS PARA ESCULTURAS A PARTIR DE UN INODORO

1. INODORO-SILLÓN.- Con bordes acolchados, respaldo de terciopelo y escritorio, para unir el acto de defecar con el de tomar decisiones, firmar documentos y atender llamadas importantes, todo sin desdoblarse. Además, contribuye a desprivatizar el ritual más secreto y humano. Adjunto se ve un letrero: PREGUNTAR POR DON LUIS BUÑUEL.
2. INODORO CON TRAPECIO.- Para hacer piruetas conceptuales y dar saltos al vacío en los momentos de emociones lectoras extremas.
3. INODORO EN EL PARQUE CENTENARIO.- Con espaldar de mármol y un león greco-latino tallado al pie. Para instalar en parques y parterres de tal modo que una urgencia corporal no interrumpa una buena contemplación de, por ejemplo, flores de acacia cayendo a tierra como hélices perdidas.
4. INODORO CON SISTEMA DE AGUA DE COLORES.- Toda la instalación sanitaria con inodoro o tanque de válvula y cadena para tirar de ella normalmente, pero llenando el tanque con aguas de colores, azul-intenso, verde-mar o rojo-púrpura. Opción: con agua corriente, pero instalando un sistema de luces intermitentes de colores a la manera de algunas fuentes en los parques de Guayaquil. (Ojo: contratar gasfitero o tomar curso intensivo).

–Querámonos un poco a nosotros mismos broder, no solo te hablo de nuestros compadres corazones sino de un juego, de una salida al espacio, de mostrar vocación para el camino: toda la gente circula, los iluminados que saben que la cosa está en otra parte, no en el orden porcino de la oficina y el hogar, no en los padres y madres que odian o rezan o sufren, no en la fe del carbonero. Romper ñaño, romper con todo, beberse el mundo, saltar al vacío de un modo que no se condensa en las palabras, saltar hacia dentro, ser otro.

–Tenemos que hacer la familia universal, viejo, todo el mundo se busca, Latinoamérica es el destino, las ruinas de nuestros indígenas nos esperan, con su energía, los brebajes sagrados del chamán, sus códigos secretos, el libro cósmico, la onda que nos atraviesa el cuerpo, qué te cuesta, ven. Tenemos que ayudar a construir un nuevo orden en el mundo, una frecuencia de la vida que no está en el dinero, en el poder, ya sabes.

–¿No decía el loco Jalil Gibran que no somos hijos de los padres sino hijos de la vida y que desembocamos como ríos en el mar de la conciencia? Hay que rodar como las piedras, viejo: ya me quedan cortos el barrio el café este parque las cincuenta manzanas entre el río Guayas el estero el Cementerio y el estadio Capwell, el alma ya me crece, prende, pasa una pitada.

–Pero, ¿cómo es la cosa? Habla bien, dibújame ese viaje, a ver:

–Verás, loco:

No avisó nada en casa, no decía nada desde que se mareó en el vértigo de esa vida entre sabios sin empleo y profetas del absurdo, poetas y pintores buscándole formas al sueño. Fue un acuerdo tácito con Galbán y el gordo Pancho: nos vamos. Andrés no veía más allá de sus narices y era incapaz de discernir, digamos, entre Salinas Quito Lima. Ya vuelvo madre, voy a la playa con los panas. Cuídate dijo Rosalba dándole la bendición por la espalda, con vocación protectora y perdida confianza. Un maletín con trastos inútiles más que ropa de viaje: dos mudas, un yérsey cuello de tortuga como de marinero de historieta, una gorra de lana, un libro y como tonto trofeo esa botella bañada por dentro con polvo brillante y adornada con lazos de celofán, trabajo manual de los presos de la penitenciaría, con la foto de Andrés N. Licenciado en Derecho. Lo demás fue un desapegado trajín, un poema que hablaba de una mariposa diciendo si si si al ritmo de su vuelo bajo la antigua luz del día, un carro interprovincial al sur. Esa noche acamparon en el parque Central de Machala abierto al cielo, cercado por una catedral mestiza y el edificio municipal de un piso como gusano esquinero, coronado por una torre con reloj y campanario, donde escucharon el callado trabajar de las polillas. Con modorra y ceguera de lo que vendría, se quedaron en un banco de ese parque hasta y entrando la madrugada tomaron otro bus a la frontera.

Cruzaron aquel pueblo de comercios abatidos por el sol, con una calle –carretera que terminaba en el puente con las banderas de los dos países flameando frente a frente–. Cambiaron el equivalente de tres mil sucres en soles y en la caseta de control migratorio los agentes peruanos les miraron sin concesiones: adolescentes a medio camino entre la vagancia y el desorden, una locura mal disimulada. Si quieren ir a Lima deben tener soles suficientes, solo les podemos autorizar un permiso para tres días. Deliberaron aparte y Galbán, con otros viajes en su haber: no vamos a dejar que una cadena y cuatro burros nos corten la viada.

Como guiados por un propósito claro tomaron por detrás de la caseta y bajando por declives de tierra se metieron monte adentro entre chacras de maíz, acequias, cercas de alambre, cacaotales, naranjales con la luz del sol entrando por asalto, un campesino indicándoles sigan nomás que por ahí hay un río, a veces pasan otros andarines como ustedes. Por ahí derivaron como perseguidos a la carretera y una vieja camioneta que cargaba anuncios de neón los llevó a Tumbes.

Después de respirar calles polvorientas carretillas de comida y pequeños mercados, resbalaron a una playa cercana bañándose en el mar borrado por la noche y luego, frescos, se pusieron a esperar en una estación de gasolina el primer carro que los lleve a lo desconocido. Era un camión bananero con cajas de víveres y frutas, tripulado por dos cholos primero recelosos (bueno, pero solo hasta Piura), que entraron en confianza a los primeros valses que Andrés N. comenzó a cantarles directo al corazón, recuperando el criollo patetismo de Los Dávalos se lanzó con aquello de *La única tentación de mi vida/ la única ilusión de mi alma/ la tuve cuando en la playa perdida/ dejaste mi corazón ya sin calma...* Después pasó a Los Embajadores, y uno que otro pasillito. Rodaron noche y día por la planicie desértica del Norte peruano, pueblos fantasmas, y calaveras de ganado, rememorando el verso de Vallejo

Fósforo y fósforo en la oscuridad
lágrima y lágrima en la polvareda

Entraron a Lima en un bus urbano esquivando los controles, el aliento del centro de la ciudad les dio en la cara despeinando el sopor del viaje, acentuándoles esa condición de refugiados sin culpa, un olor a panadería, a buñuelo cocinado en aceite, a ropa usada. La Plaza San Martín era un hervidero de fotógrafos, predicadores, saltimbanquis, entonces hacía su temporada el mimo Jorge

Acuña que estudió en París con Marcel Marceau y ellos, como náufragos, hicieron su rincón, llamaron con aplausos la atención de la gente y empezaron la función: una pobre velada recitando poemitas sinceros, vivenciales, artesanía de los días. Solicitaron –una contribución-voluntaria– que recogieron con apuro, mientras Galbán dibujaba retratos de limeños o migrantes, rostros mestizos atónitos, oficinistas o amas de casa congelados por el carboncillo en un trazo cortado, un perfil impreciso entre la sombra.

Ese mes de mayo había un clima gris y húmedo, grandes nubes en el cielo y una garúa insaciable. Desde ahí todo fue un vértigo en aquella urbe que Andrés N. describió para empezar diciendo que "es como Quito, pero con la gente de Guayaquil", una pensión de tercera (diez libras no es caro, patas, les dijo el encargado), fría y desigual como interior de un barco en ruinas. Ese fue el centro de operaciones de una rutina que consistía en "trabajar" por la mañana en la plaza San Martín, leyendo sus escritos, declamando a poetas latinoamericanos (Vallejo, Neruda), el consabido monólogo de Pancho mientras Galbán vendía esas plumillas que parecían esperpentos goyescos y después, vagar: Lima era un animal extraño y resultaba fácil transgredir el orden, entrar a las iglesias a fumar, ir de un barrio a otro a comparar rostros, arquitecturas, atmósferas, San Miguel amarillo villorio clasemediero, su calma acentuada por la presencia del mar a sus espaldas, al fondo del acantilado; Breña ocre y criolla, casas como retablos y jóvenes en las esquinas; Miraflores frívola y ajena, híbrida ciudad con sus fuentes de soda, boutiques y letreros de neón con nombres franceses; Callao salobre y sórdido, mulatos desconfiados o agresivamente locuaces. En La Punta vieron pescando un hombre triste, respetuoso, tres peces muriendo lento sobre las rocas. (La presencia del mar en desorden con su autoridad ciega, era un misterio para Andrés N. y sus amigos, los remitía al problema del origen, su movimiento los empequeñecía en una desazón secreta).

O buscando vida, ambiente, entrando a los bares hablando bajo a tomar cerveza o chicha, disimulando tras el humo de tabaco la juventud. En las galerías de arte, donde conocieron a Ostolaza, que pintaba grandes seres en verde y rojo-sangre en un período de gestación, fetos en una atmósfera recargada, depresiva; y a Jesús Cueto alto y callado, dibujante y retratista que desprendidamente los invitó a su casa: durante esas dos semanas se hicieron pasar por practicantes de yoga para comer barato en un restaurante vegetariano y fingieron dialectos del Norte frente al interrogatorio de un agente de policía, en un parque.

Pero Andrés N. era un instrumento entregado al ritmo de esos días, se dejaba llevar deslumbrado por esa inmensidad, perdido en la corriente de la avenida Colmena entre pitos pregones grafitis (PERÚ 2 CHILE 0 / BeláUNDE LIVERtad), oficinistas presurosos, hermosas muchachas contra el viento. Desde la Plaza de armas le escribió a Rosalba una carta tranquilizándola, justificando su viaje disparatado como un salto liberador, prometiendo volver, estoy bien, en casa de amigos, no pasa nada, etc.

El propósito era seguir más al Sur, subir la puna peruana rumbo a las ruinas de Machu-Picchu. Lo fraguaron en ese cuarto donde el bueno de Cueto los albergó, entre olores a viejo y a trementina y la fiebre de una Antología de poetas surrealistas que marcaron la noción de realidad de Andrés ("Las nubes paren pájaros, son posibles los árboles con hojas de cuchillos" decía entusiasmado). Una mañana, con el último desayuno que tomarían en mucho tiempo partieron, con escasos soles en los bolsillos, dejando atrás la figura corpulenta del dibujante limeño, el pelo lacio cayéndole sobre los ojos diciéndoles, patas, de regreso pasen por aquí, y les entregaba una nota para el tío de su novia, (apoye a esos tres amigos), dueño de una Galería de arte en el Cusco, (que andan buscando no-se-qué).

En el Cusco está la onda, insistía Galbán sombreando en el papel, neofigurando un indio dormido en el bus que los sacó de Lima al pueblo más próximo, en Machu-Picchu se reúne la energía del universo y no podemos perder ese regalo maestro, es la oportunidad, aunque nos estemos muriendo de hambre condiciones mágicas nos empujan hacia allá y el que me quiera seguir que me siga sentenciaba mesiánico, levantando la voz.

Por la carretera Panamericana bordeando el mar, contemplando un sol de ocaso que Andrés sentía como un león dormido, la escena de un mito, el ritual de un Ícaro iluso queriendo llegar hasta el territorio de los pájaros con un par de alas de pacotilla. Miedo ante un horizonte enrarecido, desazón existencial de una aventura que ponía a prueba la noción de libertad. Viajaban recostados en sacos de harina, parados entre un hato de chivos, ahora caminando cuando ya oscurece, por la carretera que bordea la planicie de Nazca: ahí llegaron los dioses y se repartieron por la tierra, advirtió la voz de Pancho, cálida y fraterna, un aliento perdido en la oscuridad. Los dibujos enormes de pájaros estilizados y caminos laberínticos en bajorrelieve parecían al nivel del suelo grietas largas, inútiles, sombra sobre sombra. Son pistas de aterrizaje para naves espaciales dijo Andrés, de pronto el azar nos da la fortuna de observar un brillo perseguido tras las montañas, broder. Ya cállense pidió Galbán sobrecogido más adelante, escuchen la música del vacío giles, estamos comenzando a poblar nuestro espíritu con un tiempo nuevo. Silencio ahí viene un carro, páralo páralo… Nada, mierda. Qué haremos a la intemperie maestro, hoy no nos salvan ni los que construyeron este planetario campo de aviación.

Esos tramos del camino quemaron los ojos de Andrés N. con la fiebre del desamparado, durmiendo a orilla de la carretera, entre la hierba crecida, en alguna casa en ruinas. Al pie de los paraderos cabeceaba de sueño y esperando transporte en las estaciones de gasolina, era un homo

sapiens reproduciendo todo el abandono de los primeros estadios de la especie: su bostezo contra las estrellas era el de un animal frágil en una empresa que rebasaba toda resistencia. Así pasaron por la ciudad de Ica, conociendo su lado seco y polvoriento bajo un sol palpitante. Allí palparon la humillación del hambre, el egoísmo de los desconocidos, el punto crítico del cuerpo. Volvió a tomar sentido la poesía de César Vallejo, padre o maestro de aquellos buscavidas, esa noción del dolor humano con resonancia universal, y se pusieron a recitar *La rueda del hambriento,* para entretener el abandono, bromeando y Galbán se burlaba de su propia suerte y entre rabia y risa gritaba, recostado en el lecho caliente de un río seco:

¿Una piedra en qué sentarme / no habrá ahora para mí?

Llegaron a Vista Alegre, un pueblito de paso donde se reparten dos carreteras, una que bordea la costa y otra que sube por la cordillera. Entonces acamparon como gitanos sin carpa, tendiendo cobijas en un portal, acusando recibo del desprecio de los choferes: "¿ecuatorianos? No porque son hijos de Judas". Soportando durante el día el peso del instante inmóvil bajo el sol, cuando la sensación de abandono crecía y se volvía insoportable. Les pareció mentira cuando se vieron en un pequeño camión, encaramados sobre tanques de aceite, sintiendo la enormidad de la puna peruana sobre sus cabezas, dinosauria geografía que hacía sonar en la cabeza de Andrés acordes de órgano de iglesia y percusiones de rock escuchadas en días mejores, ensanchando su noción de tiempo y espacio. Avanzaban circularmente, subiendo, descubriendo llamas y vicuñas como gacelas incendiadas por la sed. Se detenían a consolar el hambre con pan y café negro, aprendían a masticar las hojas de coca como los indígenas en los pueblos de la cordillera y así adormecían sus carencias, y sol y granizo y tanto frío como para romper

los cristales del cielo, y literales lluvias de estrellas sobre sus cabezas dibujando el reloj de la bóveda celeste... Así arribaron al Cusco en cinco días.

Como si al virar una esquina quedara el vacío, como si al bajar una grada cayeran suavemente en las terrazas del mundo, así jugaba en los viajeros la noción del espacio en esos días. Cuando tocaron la puerta del convento dominico, el padre superior los observó con severidad, comentando "la inconsciencia de la juventud que emprende largos viajes sin asegurarse el mínimo sustento", desoyendo el argumento de que "estamos viajando para intercambiar-experiencias-y conocer-la cultura-de otros-pueblos". En el comedor pudieron compartir un almuerzo a los tiempos y Andrés N. miraba abstraído esos grandes vitrales de imágenes que brillaban con una luz nueva.

Caminando en busca de aquel mecenas salvador, solo alcanzaron a retener la visión del Cusco como un lugar enclavado entre cuatro montañas enormes, donde había una succión poderosa que creaba un vacío en los oídos, un zumbido de teléfonos galácticos, inflorescencias de retamas amarillas contra un aire poblado de hormigas titilantes, y un cielo celeste impecable, como un espejo solar sin una sola imagen. Casas de tejas color ladrillo, madera noble y piedra antigua: grandes bloques de piedra pulida superpuestos simétricamente donde no cabía ni una hoja de afeitar, portales oscuros y bajos donde los deslumbró encontrar en un rincón a un Amauta ciego tocando violín. En las noches profundas las palabras rebotaban en las paredes y se continuaban en los sueños de Andrés y sus amigos en la pensión *Túpac Amaru,* en un cuarto con el techo a una cuarta de sus cabezas.

Esa mañana lavaban en el patio la ropa cargada de caminos, imaginando un recital dramatizado que presentarían ("un ritual profano con danzas lentas y velas encendidas", marcaba Pancho), cuando llegó un agente de

la policía de investigaciones del Perú: papeles carajo. Las razones inocentes no pudieron contra la brutalidad. El carro de policía era más bien un camión con gente escapada de un Apocalipsis continental, todos los hippies en su movimiento: un argentino con ojos de pájaro alucinado y sobretodo napoleónico; un peruano de Lima como un gurú civil, fluido y pálido, que decía "no importa, nada es totalmente cerrado": un brasileño taciturno, otro cínico y sucio; un suizo, dos colombianas perdidas dispuestas a todo; un gringo más bien formal, seguro de sus dólares. Andrés N. recuerda que el argentino empezó a escribir sobre el muro del patio de la cárcel un verso entrañable:

Amorosa llavera de innumerables llaves,
Si estuvieras aquí, si supie/

El grito del agente desde una ventana paralizaría la escritura.*¡Deja ve guevón!.*

Todos salieron en uno dos o tres días luego de actualizar sus pasaportes, menos Galbán, Pancho y Andrés N., totalmente indocumentados. Al escuchar la sentencia les pareció que asomaban a una causa perdida de antemano: un mes detenidos hasta verificar sus identidades a través del departamento de Inmigración.

En una oficina vacía les permitieron instalar su patrimonio precario, mantas, dos sillas para ordenar los libros y la ropa. Por una ventana que miraba al jardín, la luz escandalosa filtraba juegos de fantasmas como un lujo inmerecido. El amanecer del segundo día ocurrió con un escándalo de motores y un ruido ligero derramándose en el patio: eran montañas de panes como cadáveres en la fosa común, multitudes de panes requisados por mala calidad. De eso vivieron: solo pan con agua aromática, sopa de pan en la hornilla que les cedió el conserje, preparada con legumbres que mandaban a comprar con sus últimas monedas, sopa

mañana tarde y noche, todos los días, sin falta, sopa tibia con frío lluvia y espera. "*Otra vez el pan, la rueda del hambriento*", monologaba Andrés.

Aquella tarde llegaría un gringo joven, que habían capturado con marihuana en Machu-Picchu. Llevaba una guitarra y los arrullaba cantando un repertorio de blues rurales con voz perezosa y narrativa, conversando en lengua extranjera cuentos de destierros y muertos tristes, regresos, vigilias en los algodonales de Memphis, Tennessee, amores resentidos... Una noche sacó un pequeño trozo oscuro y blando, "es hachís" dijo, ante la curiosidad de los tres presos. Lo encendió con dificultad en una pequeña pipa de madera. Fumaron. Andrés N. percibía el cuarto como un gigantesco pulmón que palpitaba al ritmo de la respiración, su ser era un diapasón, un compás de contrabajo de jazz dentro del pecho. Las voces se desgajaban lejanas, el humo formaba pequeños esperpentos aburridos y una sensación de alerta lo habitaba. Galbán dibujaba figuras de gallos de crestas desencadenadas, caleidoscopios de la subjetividad, mandalas desembocando en un centro secreto; Pancho sonreía con los ojos brillantes, sobresaltado y feliz por hallazgos y conjeturas. Un palillo de incienso perfumado matizaba el ambiente cuando llegó el guardia en su visita de rutina a burlarse de la fragancia, qué olor de putas monos, cuidado me lo pegan, apaguen esa pendejada.

Mataban el tiempo leyendo, escribiendo poemas deslumbrados, *(Panes/ panes panes/ muchedumbre de panes/ montañas de panes como cadáveres en campo de concentración/ siquiera para una sopa de pan de pobre/ para los presos indocumentados* – Andrés condensaba esa imagen de días atrás). Galbán curando una plaga de herpes en sus ingles, odiándose entre sí por nimiedades, desahogando sordas miserias que exorcisaban el mal rato, conversando con los agentes curiosos o irónicos, ganándose propinas por pequeños servicios, Andrés escribiendo monografías para los

que estudiaban en la Universidad, Galbán dibujando letreros con moralejas para el despacho de los jefes; y aderezando con los soles ganados la eterna sopa de pan en la hornilla del conserje. Por la noche, lavando los trastos en el patio, Andrés N. se dejaba absorber por las estrellas palpitantes como esponjas vivas, miles de ellas en el traficado cielo perturbando el ritmo de la respiración, para después irse a dormir y soñar con panes abiertos girando y sonando como cajas de música infinita.

Desde el patio de la prisión ven bajar por la puna de retazos verdes la procesión de indígenas en la ceremonia del Inti Raymi, antorchas y máscaras y sintonía con la fertilidad de la tierra. Llega un agente de rostro enfermo, con su presa: un traficante triste y la carga recuperada, un gran bulto de cogollos perfumados y varias fundas de polvo blanco que guardan en el armario de la jefatura, después de pesarlos. Sonidos de llaves y silencio. La idea del robo surgió como un juego sin leyes, entre el miedo y la aventura, azuzados por la soledad de esa casa grande donde quedaban los agentes de guardia dormitando o jugando un solitario. Pasando a la puerta de la oficina del Jefe, hubo que sacar los cáncamos del armario para no forzar el candado. Solo tomaron un poco Galbán y el gringo, los demás quedaron para dar la alarma, todo fue limpio y rápido.

El agente encargado entró atropelladamente a despertarlos en la madrugada: qué fue lo que hicieron ustedes anoche, entraron al lado. No, no sé, algún ruido escuchamos. La mirada del mestizo resentido concentraba promesas de desquites y torturas: "*ya vamos a ver qué hacemos con ustedes*". Después todo fue una fiebre de pánico y desazón, cuando sintieron el candado cerrando la puerta por fuera, por primera vez. Ese día bajaron a pozos de pesadilla, se veían colgados de los pulgares, apaleados, con cargas de corriente en los genitales, sus rostros trasnochados en las fotos de la cónica roja, humillados al volver a Guayaquil esposados,

lágrimas de madres y novias en la sala de espera de la cárcel pública. Rostros fríos de agentes desfilaban reduciéndolos con la mirada, compadeciendo con desprecio la torpe hazaña: robar las migajas de un botín en la misma entraña de la ley.

De pronto sintieron como un juego de vuelos en la mañana soleada, un rumor, un comentario, *los ecuatorianos se van,* dijo el encargado del télex con una tira de papel en la mano, llegó el cable de su tierra, preparen maletas. No lo podían creer, pero entendieron: un error de guardia no podía trascender hasta los jefes. Salieron en una camioneta vigilados, a registrarse en Inmigración en medio de un escándalo de feria andina: ponchos de tinturas seculares, sombreros de paja, llamingos, puestos de frutas y legumbres, máscaras, cornetas y redoblantes de bandas de pueblo, danzantes, que les curaron definitivamente, del miedo y la zozobra. En el aire profundo y limpio del Viernes Santo, bajo un sol alegre, la mirada rencorosa del agente ofendido no hubiera podido penetrar la corteza de ese optimismo nuevo, invencible. Ya eran otros al volver a la prisión, blindados de confianza,.

Les asignaron un cuarto húmedo con claraboya alta, ahí trasladaron sus cosas. ("*Otro cambio de casa, esto es un destino agotador*", hablaba solo Andrés). Estaban el gringo Bob, un chileno vago, dos bolivianos casi adolescentes. A la luz de una vela escucharon los blues sentidos, íntimos, desde la lengua extraña. Luego llegó un joven limeño, Powell, preso por hacer escándalo, con casetes de los Rolling Stones y Led Zeppelin y se animó el ambiente, la emoción fue una sustancia que flotaba en el aire del cuarto con el humo azul: los demonios del rock habitaban la voz coloidal de Mick Jagger que se derretía cantando *Sister Morphine*, moría despacio llamándola, con un fondo de percusión brutal y órganos sinfónicos. "*Estamos viviendo un orden mágico",* decía Galbán. "*Es que somos inocentes vamos en otra velocidad compadre, en sentido contrario a los dueños de las llaves"* –acotaba Pancho–. "*Es como si el encierro estuviera allá afuera y este*

cuarto desembocara en un tiempo abierto –dijo Andrés N.–. *por eso mañana nos iremos maestro y algo quedará de nuestra energía en estos húmedos rincones* –remarcó convencido, cuando Robert Plant en *Black Dog* ganó el aire con una queja o aullido y el dúo de guitarra y batería atropelló detrás de la voz, arrasando con los cuerpos que en el mismo instante de esa noche, alguien sin nombre sospecharía, lejos–.

De regreso en bus, la carretera a través de la puna peruana era otra a los ojos voraces de Andrés N. Cuando llegaron, Lima parecía bajo la lluvia una gran burbuja a punto de pudrirse. El cuartel de policía de la Avenida Grau era un caserón sombrío de concreto, cercado con rejas y alambradas, oficinas grises con agentes cansados, presos llegando al interrogatorio, trámites fúnebres donde jamás se llega al funcionario mayor. Fueron enviados a la terraza de los presos políticos, un vecindario amable con niños y ropa en los cordeles y mujeres atareadas en la puerta de las celdas donde conspiraban los viejos obreros de la industria metalúrgica de Chimbote acusados de sabotaje, sentados en sus esteras en círculo, hablando de asuntos graves. Los indocumentados fueron recibidos con palmadas en la espalda, compañeros, la situación política, el destino común del continente. Se instalaron en un colchón sucio hasta conseguir los pasajes a Ecuador, un travesti amigo de Galbán sería la salvación, solo tendrían que esperar unos días.

Allí supieron de un ambiente cerrado y heroico donde la utopía de convivir era posible, los poemas tomaban sentido de mano en mano, las canciones de Paco Ibáñez entonadas por Andrés N. con mala voz pero sentida, se repetían en otras gargantas. Un boliviano de apellido Orihuela narraba a pedido del grupo la crónica de una masacre que presenció y que después todos negaron; o las reflexiones del periodista Freyre, una especie de ministro plenipotenciario de los

presos; un colombiano calvo, preso por estafa, haciendo chistes sin mover un músculo de su cara; un estudiante limeño con uniforme de Colegio aún, teorizando con lucidez sobre frentes de liberación en América y la base social de la insurrección; un argentino anarquista que llegó a proponer fuga masiva con secuestro del Jefe del pabellón; un ingeniero que hacía juegos de telepatía con Galbán, cuando los agentes de corbata y zapatos de suela gruesa terminaban de tomar lista y contar sus hazañas, a la hora en que la luz se iba de la celda y solo quedaba la respiración alerta de los hombres.

Había que hacer fila para probar un rancho pobre: agua de panela y plátano sopa de fideos y arroz con fréjoles, lo mismo de merienda. La despedida le dejó a Andrés N. una lágrima cobarde en la garganta cuando los sindicalistas les organizaron un acto solemne con discursos canciones poemas y hasta quinientos soles. Cuando cantaron a coro *La poesía es un arma cargada de futuro,* la descarga de aplausos como estampida les trajo la certeza de que nadie se salva solo. En la presión de los abrazos encontraron el aliento para regresar.

Ya en Lima, al pasar por la casa del dibujante Cueto por recuperar libros y recuerdos, vigilados por un policía de civil, encontraron en el cuarto que ocupaban a una mujer rubia y como perdida. Estaba "atravesada por el hálito del Señor Jesucristo", dijo, y quería "que ustedes hermanos que han sufrido prisión me acompañen a sentir la gracia del Espíritu Santo predicando en el asilo de dementes, para descubrir que el don de lenguas el Padre no lo niega a sus criaturas". El agente accedió, era creyente, y se fueron. El manicomio de Lima era un caserón de hacienda con capiteles balcones coloniales y crujientes escaleras de madera conservada. Custodiados por monjas y enfermeros, los locos eran niños grandes indefensos, tristes, viejos regresivos con muecas imposibles en la boca sin dientes, saltando una rayuela invisible, otros pidiendo algo ininteligible y escondiéndose, alguno pensativo y perdido, atrapados en batallas interiores. Cueto dibujaba al crayón en su carpeta, pata, parece que

tú asimilas la experiencia de la vida con más intensidad, decía fijándose en Andrés N. mientras le hacía un retrato con gorra de lana y unas ojeras cocinadas en vigilias. El absurdo instaló su campamento cuando todos se tomaron de la mano formando un círculo: la predicadora, Galbán, uno como ángel anciano, el agente devotamente entregado, Andrés N. curioso, Pancho, una señora llorosa, otro loquito resignado. La mujer pareció orar en silencio, cerró los ojos, esperó anhelante. De pronto emitió un gorjeo de recién nacido, como gata en celo moduló con su lengua un tono semi articulado, largo. "Alabado sea, nos ha oído, podemos irnos, gracias por su compañía, hermanos".

Ya rumbo a la Estación Terminal, rodando por la avenida Larco en un Jeep junto a tres agentes, descubrieron una figura conocida por una vereda: Jota P. Mira mira mira quién va ahí dijo Andrés, Negro, ah Negro, gritaron ante la sorpresa sin respuesta de los cancerberos. Jota P. los miró eufórico, un ademán de saludo indeciso y corrió tras el vehículo, una dos tres cuadras, sorteando obstáculos, tumbando gente, hasta que en un semáforo en rojo subió, es un amigo atinaron a explicar: abrazos colectivos en las narices del orden, ñaños, cómo es la cosa, broder del aguacero, qué dato, cómo así, pasé por el parque y me dijeron, no sabía cómo toparlos, mira cómo es el azar viejo, la magia maese, la sintonía. Cuando el bus partió, Jota P. miraba por los cuatro costados la tinta que le regaló Galbán, un gallo con la cresta volando por el espacio planetario.

Este último tramo del regreso fue claro y ágil, por el desierto del Norte peruano. El bus se detuvo en Puerto Pizarro cerca de la playa casi líquida: al lanzarse al mar desnudo, eufórico, lavado de tensiones, con el sol sobre su rostro, Andrés N. recuperó, –textual–, un sueño agotador que había tenido meses atrás: un recorrido por barrios de laderas peligrosas, anfiteatros con violines y pieles disecadas, rejas de cárcel que daban a selvas espesas, visitas

a puertas condenadas, oficinas con trajes vacíos, ventanales aristocráticos frente a Plazas de Armas en desorden, periplo vertiginoso desembocando en una liberación sabrosa justo ahí, con un salto de animal feliz contra ese sol y ese mar.

Al entrar el bus de Ecuatoriano Pullman en el puente sobre el río de las lechugas, se encontró bruscamente con la orilla de Guayaquil a lo lejos: el malecón, los edificios contra el cielo, la cervecería, los tres senos gigantes de los cerros, antenas parabólicas y caseríos derramados. Un tropiezo del corazón le despertó una señal de pertenencia refundida: la madre, las sábanas, el plato y la cuchara, un árbol, un retrato en ocre y sepia, la palabra y la piel, la ciudad como certeza.

Después, la familia al llegar Rosalba enferma y resentida, los hermanos menores un murmullo fraterno, un baño, un bistec con arroz a los tiempos, el techo de cuartones y planchas de zinc, las rendijas, las telarañas temblorosas.

Parado en la esquina de Ballén y García Avilés siente un estado de seguridad profunda. Los sombreados portales en perspectiva con negocios de ropa colgada y sillas de mimbre son la entraña de un cuerpo secreto y el murmullo del Mercado Central, una laboriosa bienvenida.

(.....)

Viajamos buscando a Vallejo César, sus grandes pasos de asno metafísico, su corbata y chaleco, y he aquí que nos hallamos en un círculo donde giran caminos lentos y ciudades llenas de desencuentros y equívocos. Apenas alcanzamos a pasar por las calles retorcidas de Santiago de Chuco muriéndose de sed y olvido con sus breves balcones y vicuñas ardiendo en su propia luz. Preguntamos por el poeta y nos dijeron: "salió a volver". Quisimos inquirir, sentarnos en su poyo de

infancia, entrar a su corral de gallinas negras que ponen huevos vacíos y salimos a una plaza de Armas donde nos tiraban monedas y después a un cuarto con ventana en un jardín bañado por la luz de los siglos.

Al cabo de otros callejones entramos al corazón de los obreros y en una celda encontramos la piel de treinta hombres colgada en ganchos de carnicería. No quisimos ver ya más. Entonces regresamos raudos, guardando sueños para cuando haga falta, a la rutina sin gracia, a las batallas de todos los días.

Zamba y blanca, ojos de paloma –pensó–, labios jugosos y breves, su tez un poco atormentada por el acné, mal de mujer sola o reprimida se dijo aproximándose al grupo de universitarias liberadas o tímidas, guerrilleras de la Facultad de Filosofía y Letras que se desbocaban comentando acerca de hombres que pasaron, anécdotas ya marchitas al salir de aquellas bocas mordidas por un octubre de viento fuerte y estatuas de bronce dando un paso atrás sobre su pedestal.

La negra Divina * se reía con lengua dientes y labios

* (Recordarás que todo fue más bien inútil, morena en uniforme de Colegio Normal, que salías mal desayunada de la casa mixta de Manabí y Chimborazo esquina, dejando tu cría de hermanos menores bajo el mosquitero. Negra fina que ríe agitando esos pechos que se quieren salir: ¿no te dijo el flaco Bellolio, señorita, usted es una patriota, por aquel verso de nuestro himno que reza 'Gloria a ti/ ya tu pecho rebosa?"

No valía la pena ese poeta zángano y retórico que te sedujo con su discurso dulzón: al despedirse te querías quedar con él, se notaba en la presión de tu mano, mordiendo sus labios restregando tu cuerpo contra su camisa fina, parecías decir "Qué te pasa, man, no me dejes ir". Así volaste, ilusa, rebuscando estremecida nuevos mundos con una bomba Molotov escondida en la cartera, perdiéndote con él una semana, amaneciendo en parques muertos, entre borrachitos cansados y mariguaneros haciendo metáforas del tiempo. Fiel, prendida de su brazo, madre o hermana de amigos acelerados o perdidos.

Divina: te ponías triste con largos silencios cuando percibías el vacío de tu vida y solo guardaste: a) el pañuelo perfumado del hombre que no llegó por salir con su mujer a un compromiso; b) un osito tuerto de felpa color café con amarillo para el hijo deseado que se quedó en el policlínico, y c) papeles ajenos: letras para fijar la espuma de las noches intensas, besos y humo, poemas para regalar, estatuas de hielo derritiéndose despacio a la sombra de los almendros del parque Centenario, labios resecos del hombre que tu lengua humedeció prolija y generosa, mientras trompetas soplaban su aliento de café caliente en tu cuello de mujer desprevenida. Abriga tu matriz, mete las manos en esa cueva de recuerdos, del tiempo en que John Lennon, tocando en un piano blanco, nos cantó su visión, a la orilla del sueño y la mentira.

Arregla tu equipaje, regresa: después de una semana de ausencia, el que te dije le estará contando a los amigos sus razones para no volver a tí, su poema climatizado con tres dosis de estatus y una de autenticidad.

Pero ya vamos, negra linda, no vas a quedarte a vivir en esta pensión de mala muerte).

golosos, poniendo todo su cuerpo al servicio de la celebración, interrumpiendo el tráfico de vasos que brindaban solos, paralizando el girar de los faroles amarillo-verde-rojo- de la barra, atrayendo miradas de la fauna social reunida a esa hora en el café La Macarena : el pintor y su barba de diablo cojuelo; el escritor-de-una-sola-novela, circunspecto en su traje de abogado; las teatreras y balletistas en malla todavía; el agente de inteligencia iniciando un reconocimiento de campo; tres colegialas buscando vida, demorando su gaseosa a ver qué pasa; algún solitario reclutando muchachas para el ambiente, observando con aire profesional; el alcohólico de siempre, un hilo de saliva entre los labios, llevando torpemente el compás de una canción de la rockola.

Cuando salieron, el grupo se repartió en el cajón de la camioneta del viejo Carlos Béjar, que no por conducir interrumpía su conversación con Hipólito: "Astilleros planetarios de Olón y San Pedro, tribus de pescadores guardando mensajes sagrados flaco, las gentes de ahí conservan tradiciones y rituales shamánicos y me los compartieron sin que yo se los pidiera, percibieron enseguida mi aura verde-claro, me vieron desde lejos y se me fueron acercando despacio y en silencio por dios flaco, nos iremos en mi balandra mar afuera desde ahí, invita a la gente, será una onda inolvidable, llevaremos frutas, nueces y agua mineral, algo de yerba, con mar y cielo será más que suficiente". Mientras, en acelerada confianza, la zamba puso sus pies descalzos entre las rodillas de Andrés N. Por el frío, ¿puedo? Sigue nomás, bienvenida dijo él, con esa espontaneidad irresponsable que lo llevaba por caminos peligrosos. María de Lourdes, qué nombrecito de alumna de internado.

O sea que buscamos otras cosas, la verdad entre los zanahorias/ tu poema y mi escuelita de niñas a mujer/ El sol entre las ramas, Serrat, *la mujer que yo quiero no necesita/ deshojar cada noche una margarita*/. Aquel hombre no regresó

nunca, pero tú eres otra cosa/ Yo siempre fui malicioso pero contigo siento que todo puede darse así (chasqueó los dedos), el azar y el deseo / no digas más, ven, las palabras siempre ocultan algo, caminemos.

Y se encontró con una criatura atormentada, sueños de clase media interrumpidos por el golpe de los acreedores a la puerta, infiernos familiares en que un padre terrible sentenciaba a las hijas a una prisión de altillo, platos negados en tiempos de escasez, amores dolorosos llenándose de telarañas en la esquina. Y lloraba. La víctima salía por sus ojos narrando pequeñas desventuras de juventud, la puerta cerrada cuando ella llegaba pasadas las 11 pm y a buscar posada. La vida me ha golpeado no creas, decía, y se sonaba la nariz, ya inexpresiva en su recién llovida cara, arrimándose contra Andrés N. como a un puerto seguro.

La tuvo metida hasta en el plato, pequeña Magdalena triste-alegre, marinovia sin cama: ella se integró al grupo de vagos, tomo en tono informal, la jerga callejera, los temas de vuelo intelectual, el hilo fino de una filosofía con descargas criminales. Se sentaba en el parque Centenario a esperar que Andrés bajara del conventillo laico donde trabajaba dando clases de Historia o Cívica, y se ponía a tejer con agujas largas bajo los almendros: ya lanzada a la vida era una loca nueva que incendió sus barcos y ahí comiste, Cachuflín, le decían los amigos. Una de esas noches frescas, recostados en un banco, reposando la cabeza sobre los duros muslos de ella, quiero estar contigo, le dijo.

PENSIÓN KENNEDY, gradas de baldosas sucias, pasamano crujiente, corredores de tablas, cuartos con olor a jabón barato y una rejilla mirando a patios con ropa tendida. Andrés sentía hormigas en la piel lamiendo esa fruta sexual, chirimoya abierta y derramada, vaginueva. (Ven) una hora en cada pezón, (no te vayas de ahí), mordiendo la reinaclaudia de su boca, cayendo desde su ombligo al vacío y saliendo rescatado por su mano samaritana, sus muslos blancos

abiertos daban a un túnel con salida a ese cuarto, kilómetros de lengua en la garganta, caballo lento que respira, caballo rápido que llega entre gritos de desastre, (...¡Ah!)

Pronto se volvió una víctima propicia, acabó llorando la desgracia de ser una mujer sola, botada de la casa por el delito de llegar de madrugada. No importa decía estoica, sigue con tu vida, pero se apretaba más contra Andrés N. en las esquinas, se dejaba llevar entre el tráfico del centro luciendo su condición de amante estable ante las amigas sorprendidas, jugaba a la bohemia diurna adecuándose a un sujeto sin proyectos que caminaba junto a ella, asistía sin interés a los coloquios sobre arte y literatura, que *Rayuela* es la novela existencial latinoamericana (ya vamos), que el compromiso de los intelectuales (tengo sueño) y se iban por la sombra de los portales, deseándose el uno contra el otro contra los zaguanes cerrados, consumiéndose hasta llegar a donde los pasos les traían fatalmente, PENSIÓN LOJA, una casa de antaño madera y zinc olor a detergente rendijas cubiertas con masilla corazones dibujados sobre paredes de tablas amarillas, AQUÍ SE AMARON MAYRA Y MARIO, colchón de paja o lana de ceibo jarro de loza despostillada con una dosis de agua papel higiénico, jofaina y un espejo breve. Mirando por la ventana de barajas, la calle Víctor Manuel Rendón perdida en el tiempo desembocaba en un pedazo de Malecón y río con lechuguines viajeros.

Aquel amor era una bella anarquía corporal, nido y nudo de cuerpos, sudorosa empresa de animales jóvenes que repiten cada vez de modo diferente un rito que aprendieron hace siglos, buscando nuevos orificios, inventando espacios, articulando entrantes y salientes corporales con destreza, improvisando piruetas en el aire, transgrediendo urbanidad y cortesía, con furia, con vocación de victimario y víctima, desenrollando la trama de vellosidades melosas de ese cuerpo que Andrés N. conoció hasta el fondo, abusando del poder inocente de sus manos que la moldeaban otra vez pronunciando sus laderas,

llegando alborozados a coronar esa alta colina, donde una mujer recién llorada reflexiona, "*oye...en esta vida tú y yo sí que hemos hecho de todo, caramba*" para escuchar a un ser soñoliento y desahogado que jugaba a nombrar formas, verificando una lista minuciosa de lugares palpables:

a. senos de tía
e. (pezones que atragantan)
f. pelo de medusa
g. vello púbico de bestia
h. caderas grecolatinas
i. verticales labios desiguales
j. muslos de autopista
k. pantorrillas peligrosas
l. pies de porcelana

Oh ¿por qué dura tan poco la alegría? Nos encontramos tan cerca de la locura, siempre. Pregúntale si hablara al zaguán de tu casa lo que hacíamos cuando tu padre se iba. Probamos la miel y nada fue posible. Hoy me cuentan que saliste de una clínica protegida por tu gente que me maldecía, preguntabas por mí que no estaba para esos menesteres y no podía acercarme ni a la esquina. Después supe que viajaste a Venezuela y regresaste a los cinco años casada con un señor de anteojos y al cabo de poco engordaste, te vistió un invierno precoz y se asentó en tu rostro una conformidad de mujer de clase media que al fin logró lo que buscaba. Y al hijo que adoptaron le pusiste el nombre de un viejo amor.

> Herida en los tiroteos nocturnos, acorralada en las esquinas por los reflectores, abofeteada en los night clubs, mi verdadero y dulce amor llora en mis brazos.
>
> PERE GIMFERRER, *La muerte en Beverly Hills*

Sueña con un Salón de melodrama. Como un cuarto de rezar, pero pagano, un culto a la vida con emblemas de la cultura que rinden homenaje al deseo cumplido y feliz pero fugaz. Un cuarto de torturas del sentimiento con luces de candelabro, luces de tenues matices con cuerpos colgantes de objetos amados, carnicería de fracasos, de serenatas, ramos de flores frescas y un altar mayor en que no se exalta cordero anunciado ni redentor alguno, sino un racimo de cuerpos acezantes, una melodía que no cesa, que hace bailar apretados en cada baldosa a dos o tres parejas, susurrándose propuestas húmedas y tránsitos discretos de un salón de baile a otro con cama grande de cabecera de hierro y repujados, y un espejo en la pared.

Sueña una habitación que es sala de rezar al dios de los sentidos, cuarto de confidencias y lecturas de naipes españoles, desde el deseo y no desde la fría previsión con cálculos y datos. Imagina un salón con carteles de películas en cinemascope y planos de calles con anuncios de neón intermitentes sobre charcos de agua de lluvia y callejones, persecuciones y fotos más o menos borradas de mujeres maquilladas con gestos de seducción y escote al uso de esos años, a punto de desvanecerse ante un hombre de sombrero y sobretodo gris; un cuarto donde cae del techo la ilusoria lluvia de estrellas del progreso, el sol y la luna y un paisaje del Caribe frente al mar cadencioso, con rumores y silencios y besos, que dejan su huella para asomar tres décadas después, sin dueño.

Piensa en un cuarto con escenas de clímax dramático, despedidas en estaciones de tren y perfiles de mujeres tras la ventana, o abrazos de parejas que se van por caminos diferentes, perdiendo con nobleza, sin remisión ni gloria. Abrazos colectivos, un salón con calor de género humano que se dispone a emigrar, con un destino civil, sin bendición de Dios alguno, tribu de un desierto poblado con casas de techos bajos y postes de luces tristes, que avanza despacio a escribir una historia más íntima que pública, disuelta en páginas dispersas y memoria que se filtra despacio, y que deviene olvido.

(DISCURSOS DE ROSALBA)

(Quejándose del montón de ropa sucia esperando en la tina de pechiche)

–¡Ustedes creen que mis pulmones vienen del extranjero! Ya me canso de ser el yunque, peón de casa y calle, tinas de ropa me echo encima, vaya compre cargue la canasta venga cocine sirva lave los platos, cama dama y chocolate quiere este hombre que solo pasa aplanando calles, hacen de mí cera y pabilo... qué va a ser esto justo: vestir altar para que otro diga misa.

Y a los siete hijos, pelo crespo y risas niñas, les gritaba: cuidado, no peleen, déjenme descansar que estoy molida, lo que es yo si me levanto no es por gusto, voy y reparto palo de ciego carajo.

XI

Pac. Tuc. tuc tuc. Pac. Tuc/prac. Tuc tuc. Prac. Prrrrr. Pac. Prrrrrr. Pracatac. Así al golpe de tumbadora la pareja aprieta el paso y la mujer voltea el perfil de acá para allá con un abismo que hierve en la sangre de sus venas prac. Va llevando el hombre el cuerpo de la mujer que se rebela y a veces se abandona solo dejando ir la pierna pervertida, esperando el golpe de baqueta del timbalero (¡tan!) para soltar la cadera o dejarse caer de medio lado en brazos del bailador, diablo con gafas negras a las tres del otro día. Prac. Tuc. (pausa de un instante, solo se oye la clave)

Y ahora con ustedes, al piano, "¡*el hombre de las cuatro manos*!". (Dedos que danzan su rumba aparte sobre el teclado, y escapan por un territorio intenso, ilimitado)

África primitiva salón de felpa y paredes con retoques naif. Prac. Pracatac/ prac. Ahí se afanan los demonios del cuerpo de las parejas, gira la mujer en torbellino para caer rendida, el pie apuntando a la luna mentirosa de un farol: (pausa: un solo de piano con fondo de golpes de bongó): .....Y siguiendo, pracatac pracatac prrrrrr ¡pac¡ prrrrr ¡pac¡ cuando atropellan los trombones, ahí llegaron, generales en escuadra, ¡cuidado que te salpican¡ y un coro poderoso,

Bohío bohío bohíoooooooo....
(¿Cómo?)

Trayendo luz de escándalo, haciendo mover los pies a los mirones que a esta hora son de palo, a los que se botan al ruedo con ganas a marcar el paso a su manera, solos, borrachos, ya perdidos, como yo.

(.....)

Yo no soy Edipo como ustedes, giles. Así nos provocaba Carlos Cela, cuando llegaba de sus recorridos, dionisiaco, pendenciera, soltaba sus demonios al calor de los conciertos de rock que daban Los Apóstoles en el coliseo del colegio Cristóbal Colón, se le salía el alma bailando *Brown Sugar* de los Rolling Stones, la gente lo aplaudía y gritaba en ese ambiente de evasión desenfrenado a inicios de los setenta y él se sentía adorado-idolizado, su cuerpo suelto era el centro de un culto prohibido y no hay divo como yo, decía.

Se presentó ante las cámaras del Canal 4 en el "Show de las Estrellas", dramatizando *Angelitos negros*, ese viejo bolero de Toña La Negra que regrabó Javier Solís. Empezaba declamando con el ojo medio bizco, caído, la voz melosa y solemne, *pintor nacido en mi tierra con tu pincel extranjero/ pintor que sigues el rumbo de tantos pintores viejos/* y después crecía, *pintor de santos y alcobas, si tienes alma en el cuerpo,* perdiendo poco a poco la paciencia se indignaba, altivo, con el fondo de un redoble de tambores, ¡ *por qué carajo no pintaste angelitos negros solo blancos rosaditos bien alimentados en estos tiempos de miseria petrolera pintor!, gesticulando, empinándose de rabia, ¡aunque la virgen sea blanca ¡* y en ese clímax gritaba histérico con justa indignación*, pintor inconsecuente traidor pintor ajeno y mentiroso, ¿por qué nunca te acordaste de pintar un ángel negro, ah? ¡QUÉ TE PASA PINTOR! ¡PÍNTAME UN NEGRO ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE! ¡PINTA PINTA PINTOR EL COLOR DE UN ÁNGEL NEGRO, ¿HASTA CUANDO PINTOR?* y se iba seguido por la cámara, en la euforia del redoble y el vibrar de los platillos, ¡NEGRO, PINTOR, NEGRO, NEGRO¡ se retiraba erguido, torero ofreciendo oreja y rabo, rabioso, en el escándalo de una galería improvisada en el Set del Canal 4, zanganada solidaria, fiesta de aplausos y gritos, bravo negro,

bravo, la plena, bien negro, ¡te sublevaste! le gritó una voz desde el fondo, emocionada, para la risa total del auditorio.

Aparecía por el parque, zambo menudo, con esa voz ronca que impostaba al dar opiniones supuestamente intelectuales. Yo estudié en la escuela de teatro a Stanislavski y Grotowski pero aprendí más de la vida decía, yo me abrí paso sin quedarme en este medio egoísta de teatreros, la farándula me abrió las puertas y aquí me tienen, artista cotizado, hago mi show, tengo mi compañía de comedias aunque ahora los tiempos están malos, pero soy independiente y no le pido favor a nadie. Yo me suelto, me relajo muscular y mentalmente, medito me maquillo y salgo a escena. Lo demás es puro ángel, maestro, pura magia del cuerpo. Y se ponía de perfil, lánguidamente, una mano pidiéndole algo al aire, la otra flácida, un pie hacia atrás, la punta contra el suelo.

Ya entrada la noche, afloraba su animal. Yo soy completa maestro. La droga es algo secundario para mí. Si me dan chance, me alzo con lo que encuentre, me levanto un muchacho, lo seduzco, le despierto el deseo y me sirvo con él todos los platos habidos y por haber. Si puedo lo hago trabajar para mí, sacar cosas de su casa, lo que sea, hasta que me dure el embeleco. O en los pateos y tránsfugas, ¿verdad comadre? (Marylin, loca estilizada, compañero fiel de aire maligno y pelo rubio teñido, servil en su callado acatamiento). Acá con ella es todo, porque es mi secretaria-asistente. Al Rey de la Cantera lo hemos cruzado con sus anunciantes en la radio, yo los llamo y les canto la milonga: (y se desdoblaba, daba la espalda y al volverse ya era otro, una voz ajena reverberaba en su garganta): ALO, ALO, ALO, ¡YA!¡ EL REY LO SALUDA MI QUERIDO CAPITÁN DE DECORCAR DECORCAR DECORCAR, DECORADO DE LUJO PARA SU CARRO, ¡QUÉ DICE AHÍ PATRÓN BLANCO¡ ¿RENOVAMOS O NO EL CONTRATO POR ESAS CUÑAS DE CACHÉ? (...) ¿TRES MESES MÁS? ¡BACÁN! !POR AHÍ LE MANDO A MI ASISTENTE! (se volvía y regresaba el mismo). Algunas veces se la hicimos, ¿verdad comadre?
Y se reían, cómplices.

(……)

Maquillado, travestido a medias, Carlos Cela parecía bestializado en el claroscuro del salón. Su ademán femenino acentuado por las luces sucias que caían sobre la mesa pequeña del rincón: "¡Se me va la pinta doctor, se me va el hombre!" (que se había levantado para ir al baño: "dame chance que le voy a cambiar de agua al perico"). Carla intuyó la huida y se armó un zafarrancho en el bar Copa de luna: el Abogado, dudó, qué hacemos, acomodándose el saco, disimulando bajo los lentes culo-botella la indecisión cobarde, y, vamos, vamos, la Carloca, a perseguir se ha dicho, tumbando vasos, tropezando parejas disfrazadas, faunos y sílfides civiles bailando su bolero palomero, hembras grotescas remeneándose indolentes contra el otro, un trombón de vara derramando la miel de un sólo inútil por los cuerpos. Salieron al fresco de la calle 18 donde esperaban los solitarios fumando, eligiendo su coito transitorio con esas vírgenes perdidas de tul o crinolina corta, majas iluminadas por el foco de 50 wts., posando desatentas en la puerta de su cubil.

Allá va, agárrenlo, gritó Carlánguida, su camisa blanca de arandelas entreabierta dejando ver un crucifijo saltando al compás de la carrera, Doctor cómo me deja plantada, hombre de mierda falso, mírelo-mírelo, se subió al bus de la 7, Ratón llama a un taxi, (el sudor asomaba tras el carmín en las mejillas trigueñas, ahora lilas en las luces de la calle). El chofer achinó un ojo, se incomodó un instante, cambió de lado el palillo de dientes, salió en segunda, puso tercera y aceleró: largo por la Gómez Rendón, vértigo de tráfico en luz verde, el taxi corría tras el bus, pítele chofer que se va. Roncaban los motores a las diez de la noche de ese viernes y hervía Guayaquil: en el taxi, cuatro malandros de vitrina. En el bus, olla de grillos que bramaba, calor y comentarios (¡por

mi lado ¡). "Baja maricón –gritaba la Carlucha–, terminemos el asunto". "Nada maricón -decía el otro desde la ventana del bus con ronca voz de malo-, quédate frío". "Acuérdate, no seas gil, tú y yo somos otro dato, haremos grandes cosas juntas, ven". "Olvídate maricón –gritaba el perseguido desde la ventana del bus– ya córtala y no hagas lámpara puta exhibicionista," desahogaba... "Esto no se queda así, no me vas a dejar pateada, no saques la vuelta, ¡vamos!"

En una luz roja se bajó del taxi, trepó al bus ante un auditorio gozoso y la sorpresa del Abogado, el Gato y el Ratón. Diálogo a fondo, bis a bis, secreteo intenso, Carligera declamó completo su rico repertorio. El perseguido bajó, medio arisco, medio manso, protestando, poniendo condiciones. Entra, portazo contra los cuerpos arrebujándose en el taxi. A Quito y Chambers, chófer.

De madrugada, Carlos fue faraona, Antígona, Magdalena pervertida o púdica. En el humo del cuarto danzó su danza de vientre ante cuatro pares de ojos inyectados por la euforia interior y el trago fuerte, las luces se fueron apagando por partes, bajó el volumen de la música y quedaron solo matices. Los cuerpos se amontonaron, carnicería de figuras, sacrificio de bestias, narices soplando un vaho caliente, brazos que suben, bajan, pechos que se hinchan soportando un castigo instantáneo, el acordeón de Lisandro Meza rescatando la dignidad del porro, del vallenato triste con su quejido dulce-amargo y una voz de corraleja ensangrentada

Si te acuerdas algún día
mándame una explicación
de por qué un amor tan grande
sal y agua se volvió

Y sal y agua nuestro idilio se volvió. (coro)

Al día siguiente, Carlos se ponía talco después de un baño, silbando seductora un tema de la noche pasada, mientras el capturado dormía, macho cabrío o chivo expiatorio cansado, el perfil equívoco transfigurado por la bohemia y el pelo negro, lacio, tapándole los ojos.

XII

Diógenes El Cínico entró al café con sus harapos, la mano sobre la boca del estómago y aquella risa abierta y confiada que inspiraba un odio sordo a La Coneja. Llegó hablando vehemente de una visión que pasó por su lado, una joven con boina guerrillera y ojos orientales. E*sa mujer es mágica maestro, que bella es y cómo brilla.* Después, parado en una esquina del Parque se pasaba mostrando los dientes y los ojos hundidos fijos en un punto secreto de la ciudad venteada a esa hora, pidiendo limosna a la indiferencia de los paseantes, (*para parar la olla madrecita, apóyeme con algo*), su cuerpo anémico desarreglado por la enfermedad y la vigilia.

Me coge un delirio maestro, le contaba al grupo que fumaba bajo un aire de luna alta escondida entre palmeras. Y cuando no he comido, más todavía: me crecen las uñas rápido, la lluvia invade la covacha y mi madre no contesta, los retratos me retan, por Dios, ve: te juro por lo más santo. Y se agitaba resignado con su risa grande y desamparada, luego se ponía serio y se perdía en monólogos trizados. Ya lárgate a joder a otra parte, quién te llamó Diógenes, le decía hastiada La Coneja. Ya me voy maestrita, respondía extrañamente lúcido, a buscar un secreto entre los árboles y las estatuas y se alejaba humillándose, ¿no tiene para un cafecito?, con un sobretodo negro que le daba por los tobillos, húmedo de lluvia siempre, y se reía con el aire, la mano en la boca del estómago como acomodándose los intestinos, murmurando *por Dios maestro, cómo brilla esa mujer, que sabia, qué bella es, qué deslumbrada.*

Recorrerte con la lengua hasta el cuello por la avenida uniforme de la espalda, sentir tu atenta, desesperada espera, volverte a mí de frente, osando, hozando allí cerdo sediento, perro de camal lamiéndote la herida, perro fiel ahora suave y prolijo, ahora salvaje y necio bebiendo tus líquidos, sintiendo la autoridad de mi bastón de mando, cómo estás recibiendo todo con ojos de becerra fijos, víctima inocente que siente los embates y se duerme cien años los segundos que dura la caricia si te beso ahí, donde agonizas .

Ahora vas a ver bestia, ahora verás tonta esclava, toma, en tu garganta perdida, en tu adentro jugoso encuéntrame recíbeme, las desparramadas piernas disparadas al sol del cuarto de la pensión: ahora gritas celebrando sentir un cuerpo que enloquece, (¡ahí está¡ ahí está, ahí está, ¡ gritabas poseída): llora, sufre, muere víctima propicia, pequeña promiscua enamorada, ahí llega la orquesta que te dije: se juntan los trombones (yaaaaa), las trompetas chillan (ya, ya), los saxos (ahhhh) sobre el redoble ininterrumpido que se apresta al golpe de tambor final: ya.

Quedas desamparada, agradecida, fríos los labios por una fiebre que salió del cuerpo, descarga eléctrica que voló a otro cielo, el corazón como un galope despavorido. A eso venimos, este claroscuro ya es el mundo de los días, afuera se oyen ruidos, vamos a otra cosa, resucitada.

Andrés N. se está bañando religiosamente, a dos pieles, el agua ha llegado a la casa sorpresivamente y todas las llaves del vecindario cantan un lloro doméstico desde el fondo de las cacerolas. Son las 11 y 30 y Andrés N. rumia en su interior (usaré para mi cuerpo un jabón rosado un pájaro rosado una necedad rosada). Va a salir, cuando es alta la mañana, a realizar un acto no determinado todavía. Y el baño, que como todos saben es la tristeza cumplida.

Con ropa color de hormiga, para empequeñecer a gusto y borrarse, paró en el descanso antes del último tramo de escaleras y de espaldas a cualquier intromisión, mirando por la ventana lateral los techos de zinc como pasadizos hacia una región aérea, preparó algo para fumar.

(.....)

Salgo, el niño bobo del zaguán le explica a un hombre acerca de las obligaciones de la casa, la muerte del vecino, lo tarde que es; jóvenes compran zapatos en el puesto de la esquina con una honda noción de su pié, de su vida; más allá un comerciante en la puerta de su almacén ve pasar el polvo de las vitrinas y otra silba la tonada más triste de la tarde: está sentado al pie de una exhibición de espejos donde me multiplico: /por acá mi pie cerca más arriba mi rodilla prolongada/ antes mi mano por un instante/ mi camisa / camisa / camisa /multiplicada en más espejos/ cerca del piso nuevamente la suela del zapato/

Sigo, larga la calle sombreada donde se venden juegos de sala y comedor para la gente pobre, de madera barnizada y de regalo un gran florero, abrigos que hoy ya no se usan, telas estampadas a voces, "*estoy loco, qué carajo patrona linda no se me vaya con las manos vacías. No le pido 50 ni 45 ni 40 ni 35. Saque 20 ayoras y no me dé las gracias. Que Dios me la*

bendiga". Ante los escaparates la gente atenta como ante una sentencia que los involucra a muerte, pensativa, y zapatos rústicos, baratos; ropa usada en la que se ha quedado el gris o azul el alma individual del propietario anterior, los baúles del recuerdo, SOL, HOTEL ECUADOR, SOL y ahora sombra en el largo portal, SOL, y un recodo oscuro donde las hijas del zapatero en el zaguán han salido a mirar al hombre que llega con la vianda de comida.

Cruzo la Avenida Olmedo en diagonal, arriesgando el pellejo al tráfico vertiginoso, García Avilés, hacia el castillo de piedra de un tiempo feudal en lugar equivocado, la gentecita esperando los colectivos vociferantes. Virando esquina a la derecha se desemboca en la sombra y una joven marchita frente al charol de dulces con las manos siempre bajo la chalina. Sigo, y al cabo de una esquina de sastres y carniceros, donde toma el colectivo de la 9 hacia el fondo de la urbe, queda la casa del pintor Galbán:

La farmacia y subo. En las paredes de cemento mientras llego, veo intersticios con telarañas y ecos. En el primer piso ante una puerta abierta, hombres sin empleo, padres, primos, inquilinos deudores, preguntan por sus prendas o en todo caso las dejan a cambio de un par de billetes y un recibo. Trepo de tres en tres las escaleras y en la puerta número 5 del segundo piso toco un son: tracatatá-tracatatá. Y un silbo que habla de flores y ventanas.

–¿Qué dice Chespiro? / ¿Ya Miranda?

–¿Qué más p`? / ¿Ya no vé?

(Hay un aire denso aquí dentro.)

/Si pues loco qué tú dices, si el artista tiene que sacarse la madre para domar sus fantasmas, sin puto medio, mirado como raro, como loco mismo y no saben/ y no saben del diciembre de ese enero / y no saben que es otra la onda, que uno siente / sino que a veces es como el burro del intendente /. Entre el adocenamiento y la mediocridad que impone la división del trabajo social: el hombre a una sola función, disociado de su producto, a pasar papeles poner sellos

cargar bultos/ lamer el culo al jefe/ Y así se le va estrechando el horizonte, ajeno a su origen y a su suerte/ Por eso a suerte o muerte es que nos la jugamos /. Pero no, loco, es más compleja la cosa, tenemos que comer y hay que salir a engancharse en una promoción que necesita vendedores a crédito de puerta en puerta, ir al Colegio a dictar clases/. Estamos en una encrucijada entre el desear y el tener que /. Pero no seamos raros, ¿acaso no te da hambre al medio día, acaso no tienes que ir en un bus lleno a rebuscarte la jama, a parar la olla llevando a vender un cuadro bajo el brazo, un cuadro que la gente lo acomoda patas arriba para mirarlo?

No compadre, como todo el mundo queremos vivir, hacer lo que nos gusta, ser productivos y realizarnos en eso, para no tener que andar rumiando un poema en la soledad y después olvidarlo dando clases, entre las penínsulas de Europa y el horóscopo de los asirios/

/Justamente, el capital nos impone tareas que nos vuelven unos desconocidos, pero eso no podemos romperlo desde fuera, desde este Taller y esta tertulia, desde nuestra eufórica subjetividad: más claro: la del nihilista ya no me sale y se me va a acabar el repertorio contestatario. Una cosa es ser un disidente del sistema y su cagada colectiva y otra, marginal sin bandera. / Tenemos que participar, pana, meter mano, la búsqueda de la autenticidad no es ajena a la creatividad social, desde ahí podemos encontrar espacios para expresarnos, recursos, aliados que tengan búsquedas comunes a las nuestras....

En eso llegó Lemus con su parche de pirata sobre el ojo, sus móviles de lata y aluminio como pájaros de vuelo sujetado con hilos de colores: "pero ¡velos! ¡véanlos! ¡ya están hablando en los lugares de siempre, ya están como en asamblea de los compañeritos de la U. Ya cambien el repertorio y mejor... ¿cómo les digo?"

"Hablen en figuras, dejen de quejarse tanto, bailen el juego de las semejanzas Apúntame eso, loco", dijo Andrés desde atrás.

HIPÓLITO

Flaco, caminante del aire, casi diríamos que de perfil no se lo ve. De un origen que se remite a cierta aristocracia arruinada de la ciudad, sabemos que enterró a su madre sin tragedia, que creció entre abuelas de largo pelo blanco-cenizo, que devoró enciclopedias y manuales y hasta integró un grupo de estudio del Partido Comunista. Forma parte de esa pléyade que por los sesenta animó el movimiento artístico y literario de Guayaquil desde la Casa de la Cultura, vivos o muertos, Walter Bellolio, Alsino Ramírez, Rafael Díaz Icaza, Segundo Espinel, Carlos Eduardo Jaramillo, Enrique Tábara, Carlos Béjar, el inefable y mefistofélico Humberto Moré, que ayer nomás voló desde Cuba a fundar *Morelandia,* su hermosa utopía narcisista, dejando el estuche de su cuerpo flaco, cansado por el cáncer. Hipólito: impertérrito y lúcido en su luciferina soledad, es de aquellos que ocupan un lugar entre los amigos, más que con el volumen de su cuerpo, con su energía: lo sientes más junto a ti cuando se ha ido a la esquina y demora en regresar.

Lobo estepario metódico y limpio, su frugalidad recuerda la de un Mahatma criollo. En el altillo de Esmeraldas y Ayacucho, en el cuartito de la Quinta Piedad, en el entrepiso de Urdaneta y Escobedo, los malandros lo visitaban ("hable, Don Hipo"), para a venderle géneros de lino, ejemplares de ediciones agotadas y se le iban llevando miniaturas valiosas, cuadritos naives, bocetos de pintores muertos, con la promesa de regresar mañana con la plata, y el viejo, vaya nomás Maestro, sabiéndose pateado de antemano. Hombre de imposibles dirían los hinduistas que arrastra la dura rueda de su karmaDe solitario destino, las mujeres se fueron desgranando de su lado: Aracely, la vecina confidente; la flaca Ruth, la negra vaga que prefirió abortar al hijo que le hubiera cambiado la vida.

Asimiló en el cuerpo los sucesos con la frialdad de quien se olvida de una deuda imposible de cobrar, pero la va llevando en su aire distante, en sus ademanes reflexivos, en su hablar pausado acerca de las cosas de este mundo y de los otros.

Parece que fue ayer cuando renunció a su trabajo de redactor de noticias para el informativo *Televistazo:* "Me despido, señor Gerente, para ir a vivir de las rentas de la naturaleza. Lástima que usted, por sus múltiples ocupaciones no pueda disfrutar conmigo de la fiesta de las retamas cuando el viento las entrecruza. ¡Me voy a beber las estrellas! Y ya me cansé de escribir noticias con medias verdades: Ahí le queda su trabajo". Y aquella renuncia le abrió rendijas en el aire, puertas a encuentros no buscados: fue poeta y marchante de objetos raros o perdidos: una guía comercial del Guayaquil de 1900; un arcabuz; un pito precolombino auténtico; un ejemplar de *Hojas de hierba* de Whitman con dibujos de Kingman. Iba recorriendo el mercado de la calle Pedro Moncayo, desde 10 de Agosto a Capitán Nájera lento en su fina estampa, pesando con atención de experto, las chucherías raras y valiosas, que él compra y conserva hasta que llegue el día. Así lo encontrábamos, sólo en su espacio, con esa cara larga sus ojeras su nariz de pavorreal y los ojillos detrás de los anteojos disimulando esa mirada que atraviesa la piel de la dudosa realidad.

Aún se acuerda socarrón, de cuando la recepcionista del canal, allá en el Cerro, le tenía listo el escenario del crepúsculo, llamándolo por el interno para que él lo salga a contemplar, a fumárselo hasta el último:

–¿Aló don Hipólito?, Ya está el sol ahí. Salga que ya es hora.

Cuando Care'bandido llegó al grupo de amigos del parque Centenario, primero era una sombra cautelosa que se acercaba, sin ruido se iba colocando en segundo plano, glosando o asintiendo los comentarios de otros, liando un cigarrillo con cara dura, descargando entre dientes el discurso: No p'. Yo ya no me instalo en zona porque ahí paran ahora puros enfermos de Triqui que te matan por media gamba. Ya no hay gente elegante, gente de leyenda, muchachos que hacían su trabajo bien, limpio y sin lámpara, y eran materia dispuesta para el fierro a la hora de la mierda, porque el robo y el reparto son entre nosotros una cuestión de honor: al que no cumple o se guarda algo o patea yéndose con el guiso o se afloja ante el garrote de la Ley, chuzo con él: Alejo Lascano y Santa Elena era una zona bandida para el vulgo pero los vecinos no dedeaban a nadie, (el pitillo en la boca, integrado a su cara al son del habla lenta y pervertida. Cholo auténtico, ojillos chinos celosos nariz aguileña medio torcida por un golpe, la boca una línea irregular sin labios, solo dos colmillos al reírse a veces, una leve cicatriz en la mejilla). Más es la fama. La gente salía a poner el brazo, a estruchar, a escapear, a meter la mano en el bolsillo ajeno por todo Guayaquil. Si arranchaban una cadena por el barrio, iban soplados a meterse en el callejón de la Mampora: y directo al Cementerio General. Pero yo salí de ahí temprano y en un recorrido por Santo Domingo me vinculé a la banda de Cuy Macho.

Regresé a la zona como a los cinco años vestido de blanco hueso con un maletín del mismo color y el fierro en la pretina. Al llegar de madrugada y con esa ropa a la cueva de Piedrahita y Ximena la gente corrió pensando que yo era un alma en pena. Solo uno se quedó dudando muerto de miedo y me decía sufrido "¡Déjate de huevadas Carita, no vengas a recoger los pasos, ya cabréate!". Hasta que le hablé. La gente me recibió como a duro y por ahí mismo biela y polvo en cantidad. Como a Cuy Macho lo mataron, los que quedaron

de la banda me vinieron a ver para que comande el grupo, pero yo ya estaba abollado y el tráfico es más efectivo. A mi mujer le estaba tirando los perros un gil, pero cuando supo que volví se hizo humo. Lo malo de la historia es que llegué para enterrar a mi chavo que estaba con disentería y la madre en mi ausencia, chiriboga.

Ahora camino con ustedes para sacar pinta de intelectual y salir del ambiente sucio. Aquí el Maestro Galbán me dijo que podía llegar por su taller para aprender a combinar bien los colores porque yo también soy artista profesor, ¿no'cierto?

Vive de tal manera que a tu paso los gatos no se asusten, canta tu guaracha sin apuro, en meriendas de negros, en galerías de cines populares. Dile al que te pregunte que así es la vida, échame a mí la culpa de lo que pasa, ahora que vas con tu cajita de madera forrada de tela espejo blanca reposando en las rodillas, mientras el bus de la 11 no tan lleno va que cruje, que se queja y desbarata. Cuando de Santa Elena vire por Colón bájate al andar, quédate a brindar con un conocido, salud, echa el resto de cerveza a un lado con la mano libre que te queda, gracias, camina por la calle de ofertas y tortas de cumpleaños, pregunta de pasada por un fogón pequeño donde el hojalatero del Mercado Central y sigue a tu gestión, ahora que te detienen los crápulas del Sindicato de músicos, azumagados, no les hagas caso, diles que ya regresas. Al llegar al Parque Centenario, no dejes que te atrape la memoria de un Domingo en que llevaste ese molde de pan recién horneado entre los brazos; cuidado con los vagos del Parque de la Madre: pueden pensar que llevas una joya en ese estuche, arete para un lóbulo de oreja impar, anillo para un chullo dedo, clarín de carne y hueso, ya sin nadie que lo sople. Corres atravesando el río correntoso de la Julián Coronel, entras por la puerta que dice *Hic novae*

vita porta est y no comprendes. Ya te espera el funebrero albañil, bailejo en mano, la bóveda queda ahí nomás como a tres cuadras, por la Avenida de palmeras, largo hasta el fondo y a la izquierda.

(PAPELES CON LA DOBLE Y ÚNICA MUJER)

XIII

Cuando entraste al cuarto, soñaba. Era una caminata por aceras pobladas de niñas con uniforme blanco junto a dos mujeres, hablando con las voces rotas del sueño sobre cómo sería un gobierno provisional revolucionario: tractores turbinas traidores por los techos y ferias de cereales. Caminábamos por la calle Cuenca y Esmeraldas (creo) y yo iba rodeado por un mar de niñas con uniforme blanco. Me despertaron tus pasos de menuda prisa en el cuarto contiguo, tu peso preciso en el borde de la cama tu carita de pecas voladoras tus ojos de marrón justo y completo diciéndome: levántate, *ya es hora*. Nuestro abrazo breve intenso tu mano ayudándome a incorporar (sobre la cama giré: dos pasos simulando un ballet con el fondo musical de tu clara carcajada). Así cruzando puertas te llevé, descalzo, tomado de tu mano y descalzo bajaba junto a ti las escaleras oh tus pies tus pies decías y descalzo rodeaba tu cintura (era otro sueño). En el zaguán descalzo nos despedimos con besos recomendaciones risas, envuelto por la miel de tus ojos y los restos de otro sueño.

Así te irías y a la distancia te miraba, miope de mí, señorita difusa de Renoir Monet Pisarro, rumbo a la Escuela en que trabajas, mientras pasan por mi vigilia dos tres niñas con uniforme blanco.

Andrés N. se ha quedado junto al fiel Hipólito-indiferente, mirando los despojos de una batalla huyente, inútil. Borrachos abrazados, parejas, las mujeres transfiguradas por los besos y la malanoche, el maquillaje corrido, botellas

de ron vacías o a medio terminar, las últimas frases de los instrumentos de viento y un redoble cansado desgarrando la tonada de las 5. am.

"Igual que un entierro que regresa sin el muerto o un ejército con la retaguardia arrasada por el enemigo, como el fin de la misa o cualquier rito maldito: mira" dice, borrado por la borrachera, con lengua lenta y sentenciosa, señalando con su dedo melodramático un paisaje de fin de fiesta, los 15 años de la hija del viejo Carlos Béjar en el local de la Asociación de Empleados. A esta hora todos los gatos son pardos, viejo, deja la serenidad a un lado, insistía ya saliendo del evento, borracho impertinente empujando a un Hipólito-impertérrito que le respondía, ahora con ira discreta no jodas, no sé por qué te acompaño, ¿sabes lo que tienes? malestar de hechos no consumados, neurosis de intelectual indeciso, su vida maestro es cobardía escondida en las palabras, tienes miedo del mundo y sus mensajes los lees mal, carajo, explotando sin disimulo, mirándolo con reprobación. Cómoeseso a ver cómo es, tartamudeaba el aludido, cuando desembocaron a la visión violeta del Mercado Sur a las 6 de la mañana: eran los desembarcos del comercio agrícola en la orilla del Río Guayas, legumbres y hortalizas, frutas, se armaban los puestos en una limpia promiscuidad de tierra nueva y viento fresco, rumas de pimientos robustos, hombres bajando sacos de papas, atados de pargos o corvinas colgando del gancho de la balanza, brillando con la claridad del día, negocios a pulso, reclamos firmes y contrarréplicas a ofertas bajas, el murmullo del pueblo en sus asuntos.

El interior del galpón gigante del Mercado Sur, con diseño de estación de Ferrocarril de París siglo XVII en un tiempo detenido, guardaba otro aire histórico de compraventa: puestos de caldos de pescado y ceviches recién preparados para los sobrevivientes de la noche, un flujo de pieles y hablas, mar humano rumoreando, contrastando con el sabor decadente del fin de aquella fiesta y su desasosiego,

historia contra subjetividad. Ciegos vendedores de agujas y tijeras respirando aquella imagen renacida, mendigos con su rondador y su guitarra, sus bombos y platillos adobando el ambiente con un triste yaraví, el radio del carnicero con los boleros de las 7: am y las noticias.

(Andrés N. espabilado por ese viento fluvial de la mañana recordaría un sueño: *bajando como por un terraplén viniendo del norte, de los cerros, corriendo paralelamente al Río Guayas en esos carritos de madera con ruedas de rulimanes que fabrican los muchachos en el barrio, aterrizaba en el mismo mercado como en un territorio prometido, con íntima alegría, pasando por un espacio baldío que en el tiempo de la vigilia corresponde al Club de la Unión, la fortaleza de las galas de los banqueros de Guayaquil).*

–Bueno ya, bueno ya, está bien... haciendo el balance, viejo, pesando las visiones que nos acosan y esta realidad, ¿qué nos queda dime, a ver? -... insistía Andrés, exagerando.

(.....)

Fumando bajo un árbol cómplice, Andrés N. y sus amigos, murmuran:

Pancho: Los parques son una pequeña naturaleza.

Andrés N.: historiada maestro, humanizada, selvita de ciudad, natura cuadriculada por la manufactura y el mercado.

Nelson (reflexivo): Salpicada con gotitas de sangre de los albañiles.

Diógenes El Cínico (retirado algunos metros, pero participando en todo): -Qué gotitas maestro. Litros, kilómetros de sangre... En carretillas, a pie, en aviones fletados... A cántaros, a chorros, por todas partes. (Riendo para sí mismo, avergonzado)

Galbán (sin mover ni abrir los labios): Yack-snacks, yack-snacks, sicks, yack-snaks.

Care'bandido: (eructo)

Y La Coneja se reía de los otros, como siempre, mostrando los incisivos salientes, cimbreando los hombros y los senos bajo el jersey negro de ballet.

Junto a la fiel Marylin, en una covacha de la 40 y la K, Carlos Cela tose y tose y crujen sus huesos. Todo es vida Maestra. La malanoche, el baile, el robo, la guerra de gilletes o puñales, la cara cortada de la mujer del que me coge, el drama de la escena. Y cantar la milonga siempre, para una estafa limpia, para un pateo elegante y sonoro...Tengo picados los pulmones, la Penicilina ya no me hace nada y el humo llama los demonios, el ángel que me desfigura... Y aspiraba el pitillo a fondo, devastándose los bronquios a propósito, transfigurado y estoico.

Ay mi pecho comadre, ya me llega la flaca, la que no me va a aguantar paro aunque le cante las cuarenta... Chulla vida que se acaba, loca, y esta tos que me saca del cuerpo y me consume... Ya nunca más el muchacho que perdí, la noche del fondo donde yo brillaba, mi orgía, la piragua de brazos y piernas, esculturas humanas que inventé, con los pies hacia la luna... Solo esos Vallenatos de Lisandro Meza que me siguen y escapan a contar el cuento. Mira, Marylin, que bella forma, brilla, gira y se va...

Pero diles que no se olviden de mi baile sobre el lodo: prométeme que así les dirás. Ven acá, no te vayas, maricón. A ver, ¡júramelo!

La memoria precisa migraciones para vaciarse, inventos
que empareden el corazón
HART CRANE, *El puente*

XIV

/Darme generosamente a algo, (mi padre como detective de novela negra, saliendo con un abrigo de invierno de la casa con balcones de balaústres de Urdaneta y Ximena),

/tomarle el pulso a la vida cotidiana, redimir con acción esta calma chicha de la existencia, pero la creación individual es otra lucha sorda (como en un plano rápido en el cine, el rostro del caudillo de los cinco regímenes tras las gafas negras, erudito iracundo, opinando de luto sobre los demagogos, el caos, las prisiones), ¿y de qué sirve?/
/ aunque nuevos vientos soplan sobre el mundo, hay una utopía que merece trabajarse, no lo que dicen los libros, se hace camino (un pasillo clásico arrasa los techos con la demoledora nostalgia de su música: la vida se va en el intento) /

solo es posible aprehender la realidad en fragmentos, no hay verdad sino pequeñitas verdades, por eso el Arte, este chuchaqui expresivo, que se cura, a) con tareas para cambiar la vida, b) vanguardia de imágenes, un discurso con sabores y sonidos que subviertan el Sufragio, ese matadero de los padres de la patria, y c) con poesía, no el poema sino esa forma que se escapa/

/(familia de montubios autodidactas con una decencia de origen, haciendo su rito sabatino, bailando la polka el pasacalle, la marinera o el merengue con el paso preciso, ellas tirando la melena crespa hacia atrás para la risa o el beso),/ pero dónde debería estar yo. no aquí bajo un calor de encierro, sacándole silencio a las palabras, /las hojas de buganvillas color naranja escarlata fucsia lila entrando con el viento por la ventana y haciendo una alfombra moviente por la casa/

(llegó don Quintiliano, el sencillero, a cobrar un interés de 50 sucres sobre un préstamo de $500, gordo bonachón con cara de niño y habla cacasena, el pañuelo en el cuello de la camisa comido por la mugre y el sudor, manejando unas tarjetas como naipes viejos, cuentas y fechas marcadas con lápiz azul-rojo, una puerta que se cierra) /

¿Proust criollo? Le falta densidad a este recuento, atmósfera, textura narrativa, magdalenas mojadas en agua de anís, cotilleos densos/

pero persiste la pulsión de la memoria, y acaso me presionen el torrente sanguíneo del cerebro batallas de alcoba que presencié –niño atónito–,/

/ (la ciudad era un espacio atemporal cruzada por postes de luz en cada esquina y cables que servían como estación de golondrinas, retorcida perspectiva de casas-conventillos como catedrales de caña boquiabiertas, recién restauradas del último incendio, la ropa tendida, portales de tierra con vagos jugando a la raya o a los pepos, zaguanes que llevan a otro mundo de cloacas desbordadas, corredores que dan a patios peligrosos para el equilibrio, trescientas tinas de lavar, mujeres desbocadas en un purgatorio que salpica agua y jabón y no candela, zánganas risas de vaginas en su sitio, flores verbales de carne húmeda)/ el límite será esta hoja sucia y no la vida pues cómo contar lo que no/

Andrés N. salió llevando a pasear a su novela bajo el brazo. Era un infolio donde sobresalían hojas de árboles de diversos tamaños, amarillos manuscritos y páginas de diarios viejos, muestras de varias telas, retratos robados, recortes de revistas. No sabían lo que cloqueaba/ estallaría.

Escribía como echándole diversos ingredientes a un plato monumental, obedeciendo a su desaprensivo y memorioso afán, un plato que se fuera cocinando bajo distintos climas humanos, geología textual, palimpsesto personal: textos

dispersos, bloques de narración conversada por una voz que suena conocida, reflexiones o memorias como soplos de la subjetividad. Le preocupaba la sintaxis de esa piel tejida con fósforos súbitos, distancias y cercanías inalcanzables.

Los amigos se la pasaban de mano en mano, les zapateaba en la garganta, vomitaban por su causa ráfagas de aliento sicoanalítico, notas estilísticas de formato académico, intuiciones gratuitas o largos silencios. *Sácale ese lugar común/ muy liricagón/ víscera sangrienta/ situacional novellina: ¿cómo se estructura la trama, cuál es el receptor intradiegético?/ es lo que llaman polifonía, ¿cuáles son las voces soberanas?// el narrador se te parece al hablar, mucho cuidado/.* Y el borrachispeante del grupo descargaba la plena: "*si lo que dice ese personaje tú mismo lo conversabas ayer, no me vengas con eso, en ficción literaria las cosas deben hacerse piel y pelos antes de escribir. Bota esa carpeta* más claro, comienza de nuevo, lo fácil me apesta".

Ella se baja, camina sola ondeando su candela imperfecta, brasas encendidas de verano costeño, un órgano histórico sostenido en huesos de marioneta de cartón, pero entusiastas. Es una cometa orgullosa, se dispara por los techos, las páginas se resuelven en palomas cuadriculadas o chapuletes grises, lluvia de postales o pistolas con fechas, fotos borradas por la ausencia, que se caen en la espalda de los transeúntes,

Le dijeron cuenta una fábula. Él dijo fábula tu abuela: la muerte en bicicleta y su cortejo. "Trabaja sobre una historia, es una estructura muy fragmentada". Él dijo volveremos a quemar los cuerpos del delirio.

De ahí volvió a su cuarto y escribió dos parrafadas que no tenían nada que ver en el asunto.

(.....)

Ha nacido el hijo de Mercedes y Andrés N. Después de contemplarlo patalear ávido de vida, escribió en un gran pergamino aquel poema de César Vallejo, "Dos niños anhelantes", cuya primera estrofa dice:

No. No tienen tamaño sus tobillos: no es su espuela/
suavísima que da en las dos mejillas.
Es la vida nomás, de bata y yugo.

No. No tiene plural su carcajada,
ni por haber salido de un molusco perpetuo,
aglutinante,
Ni por haber entrado al mar descalza,
Es la que piensa y marcha, es la finita.
Es la vida nomás, solo la vida.

Después gritaba, patinando a las 3 a.m. por los encerrados pasillos de la clínica del Instituto de Seguridad Social: "¡Abran paso señores que nació mi hijo, ¡sabor ahí¡¡vivan mis genes!"

"Aprenderemos a fabricar cometas para el chico, una aviación poética, diga" decía a su mujer, virgen de pueblo recién salida de la sala de partos, transfigurada, agasajándole el pelo con lazos descomunales, trayéndole, para escándalo de las familias: a) Un cajón de frutillas compradas de madrugada en el Mercado Sur, en vez del elemental paquete de pañales; b) Un ramo de rosas rojas con una tarjeta:

Gracias por haber parido un sol para mi noche triste y por tu heroica pujanza,

(f) a.

(.....)

Después escribió casi en secreto una estrofa extraña, como por distracción, pero que aludía sin duda al recién nacido:

Amor a Roma sabor a soma olor a moras
Omar el moro morirá mirando el mar
Maromero moro miro tu maroma
Maro mero miro moro muro.

(OTRO SUEÑO DE ANDRÉS N.)

Sueño un niño ciego frágil en el interior de una casa de madera. Es el niño recurrente, hermano desconocido y sin embargo idéntico. Yo reflexiono y comparo (en el sueño) los perfiles familiares (la marca ancestral). Es un niño enfermizo el pelo lacio recién lavado.

Pasa una cometa por el cielo y por la mecánica del sueño el niño se acopla a ella y vuela alto y lejos.

Yo me conmuevo y lloro de alegría o renunciación ante lo inevitable, el rostro contra el barro flojo de los días-

XV

Yo hablo en parlamentos largos dijo El Narrador pero tú das demasiadas vueltas ¿ya ves? Deberías ser leve y conciso, como dijo tu Vallejo, *porque al centro estoy yo, y a la derecha también y a la izquierda de igual modo.* Déjate de jeremiadas, exhibe tus tripas al sol, saca a tu abuelo moro a danzar, mata un cristiano, no pidas permiso al entrar ni perdón por culpa ajena... Así, flaco, aplaca tus caballos, concentra la atención en un solo atentado, siéntate un rato a caminar (otra vez me contagias de Vallejo). Entra pateando al perro y si no tienes dominios al menos toma posesión de tus demonios.

–Déjame oír ese sólo–dijo Andrés N–. (del saxo alto saxo huía jugando a-la-pega-con-vida-, perseguido por una fricción de plumas de avestruz sobre tambores afinados, que ahora caen por interminables escaleras, conversando entre pausas, reclamos, rebeliones. Luego volvía a entrometerse el perfil difuso de un saxofonista infeliz, sus ripios rápidos). Creo que tienes razón, debo romper con todo. Pero mira cómo es de ambivalente la naturaleza humana, me puede la reflexión y la pereza cuando lo que más quiero es saltar, agarrar ese ritmo que a veces me conoces, cuando me embarco en un asunto y no quiero parar, como escribir, como unir a esa tarea de desclasados delirantes para ir a asaltar alguna calle, parar el tráfico, contra las violaciones de betuneros en los zaguanes y los destrozos de las Compañías petroleras en la selva.

Pero quien te dice lo contrario, si no quieres parar no pares, como ahora. Tú me inventas, pero no me entiendes y hasta me niegas entre amigos, por eso soy Andrés N, o sea Nonato, Nunca o Nada. Y hablo de dar sentido a mi vida y a mi discurso (la trompeta entró rechinando engreída, escandalosa, cuando se rompió una cuerda tensa en el

silencio, un barco que levó anclas y se perdió en la niebla). Qué buena esa parte…Te hablo de gestionar la energía, de moderar el vértigo. Ah, tú me hablas del *stress*. Y te permites burlarte. Uno aprende a hacerse personaje soportando tus caprichos. Pero mira que voy por los cincuenta y aún no corono una pequeña obra, un proyecto de trabajo para sombras. Esa novela sobre Julio Jaramillo que una vez tú me encargaste. También quiero que me quieran, Y si son muchos mejor. Aunque tenga que hacerme otro.

Bueno hijo, anda cerrando tu Gran Marcha por el caudal del río Yang-Tse, llevando el bastón de tu padre, que podría ser emblema fálico. En cuanto a mí, la vida es vacía en el centro y sabrosa en el fondo de la ciudad. Me voy porque me espera una lectura del Conde de Lautréamont o del pelado Henry Miller, que me laten tanto. Después, ya sabes, narrar la guerra de la imaginación contra la razón instrumental, metido en mi cabina de transmisión, o mejor, ver pasar el cadáver del imperio que sueñas tumbar con tu (h)onda de David, mi querido claustrófobo, francotirador de vereda y de ventana. Desde aquí le apuntas con tu cara-que-mata

(-"Cara que mata" ¿Cuál es? /¡La carabina pues ¡-) a las viviñas que pasan atrasadas.

(……)

¿Te acuerdas del loquito que vivía en un ceibo junto a la torre morisca del Malecón? Era un mulato tirando a negro pun, solitario como un Robinson Crusoe, el pantalón amarrado con soga. Se bajaba a conseguir comida y subía a cocinar en su árbol, en un fogón pequeño. Por Dios. Después bajaba y se ponía a sufrir de espaldas al río y a los enamorados, sentado en un banco: gruñía, hipaba, gemía, desgarraba un gargajo que no quería salir, con un sonido gutural que paralizaba el

tráfico, era el exorcismo diario del hombrecito. Después se serenaba y quedaba pensativo largo rato. Y subía a su árbol.

¿Y aquella otra que corría muerta de gusto de una esquina del cementerio a otra haciendo sonar un chinesco de recién nacido entre las manos? De un lado a otro, entusiasmada por una buena noticia, pero ella sola, para ella, sin compartir con la gente que no sabía si era o si se hacía. Algunos se paraban para mirarla bien, hasta que entendían y se iban meneando la cabeza.

Hay unos increíbles –aporta Pancho contrariado– acuérdate de ese que iba sentado en un bus de la 11 repleto. Con su silencio interrumpía nuestra conversación, se notaba a leguas que viajaba por su cuenta, era un joven zambo nomás, la esquizofrenia se lo comía, como que tropezaba por dentro, a veces rugía, pujaba, hacía rechinar los dientes o se reía y le hacía confidencias a sus uñas sucias.

Cómo será el azote que sufren –reflexiona en voz alta Andrés N.–. Los locos son como desterrados de su sangre, viven rumiando un discurso cerrado, un cuento que se repite y duele: cuánta soledad escandalosa de ese negro atormentado que escribía crucigramas y estados de cuenta en las paredes de Guayaquil. Con el cabo de una hoja fresca dibujaba tapices dementes, tres en raya para alunados, estados de cuentas del alma y les ponía una rúbrica elegante como de tenedor de libros o escribano: Bonilla. Me dicen que ya se ha muerto.

¿y qué te parece la gorda que bailaba cumbia en la galería de los cines que quedaban entre el Parque Centenario y el Mercado Central? Aparecía en los intermedios de la Matinée del Apolo o el Presidente, pidiendo "perdón al respetable público" que le lanzaba pedos bucales y no le hacía caso a la historia de su hermano asesinado.

O esa que se pasea por el parque Centenario protegiendo un hijo invisible, paloma o perro faldero entre los brazos, pidiendo silencio, acariciando.

O *La poco pelo* y *El niño perdido*, viejos enamorados de otro siglo: ella con un pañuelo rojo en la cabeza calva y tres enaguas bajo la falda; él, calvo y confundido, siempre de perfil, enorme con su guayabera condecorada y su bastón, soportando callado a su pareja que lo iba reprendiendo como a hijo…

¿Y Clarita, la que canta en el Parque Centenario boleros viejos *a capella,* con muceta de bachiller y micrófono de juguete? –recuerda Nelson, novelero–. La gente se amontonaba para escucharla mientras el negro Manuel Ugarte les dibujaba retratos al carboncillo, todos parecidos.

–Quieto –cortó Andrés N.–. Ellos son un libro aparte.

(DISCURSOS DE ROSALBA)

No seas tan inocente hijo, eres demasiado mano suelta y alma de cántaro. Das de lo que no tienes, te viras los bolsillos por tus amigos. Así mismo era tu abuelo, lo adulaban para que los invite a beber o para hacerle un préstamo y hasta las calendas griegas le pagaban. No es bueno ser así, las campanas dicen dan - den, carajo.

(OTRO SUEÑO DE ANDRÉS N.)

Por andar tropezando entre la gente, tengo la clavícula salida de su articulación, como la pieza de un rompecabezas. Vivo peripecias así, en ese estado, me miro (sin espejo) sostenerla, pesarla, acomodarla en su lugar: vuelve a salirse casi sin dolor. Estoy con el torso desnudo y el hueso sigue así. Pido ayuda y no la encuentro. Me lo vuelvo a acomodar. Se sale otra vez. Despierto.

(.....)

Andrés pasó a trabajar en la Oficina Municipal de Promoción Social y pronto cayó en una encrucijada semántica, la subjetividad letrada se imponía sobre la lógica de la tarea administrativa. En la redacción de informes sobre Comités barriales visitados y obras municipales incumplidas, comenzó a intercalar sin proponérselo, lenguajes brutales de estética vanguardista, soeces o escatológicos, delirios y trasgresiones verbales o sintácticas, aliteraciones excesivas, anagramas, sinsentidos que provocaron alarma

y movimientos agitados en la Dirección departamental, llamadas por teléfono: a) a la jefatura de personal; b) a la Seguridad del edificio de arquitectura renacentista y pasaje central de altos respiraderos de luz; c) a la trabajadora Social; d) al psicólogo de la institución, adscrito al IESS, que ajustaba sus implementos de electro-shock, sus largas jeringuillas hipodérmicas con dosis de Nembutal o Valium 10.

MEMORANDUM

DE: Andrés N....
A: Coordinador de la Dirección de Promoción Social
ASUNTO: VARIOS
La vida, ¿ESTA ES LA VIDA?. Escribo la novela (¿o es ella quien me escribe?). Novela, novelida, vida, videla, la novia o la vida: vela, nola, sila, noda. Así me paso conjeturando, jugando, desletrando, deshojando margaritas de palabras, jugando con el aire donde también se escribe, tirando al fuego llamitas de lenguaje, gotas de nada, pastor de sombras de prosodia, lavandero de papeles limpios, palabras escritas en la piel. Yo mismo discurso caminante que al andar reescribe cuando va a la tienda de la esquina a comprar, con esta carestía, mil sucres de significados.
(f) (rúbrica ilegible)

Y lo encontraron sentado, abrazado a sus brazos, ante la mesa de mentir y la hoja de papel sin una letra, sin poder decir ni fu ni fa, ni j. Y se lo llevaron.

El cambio de ciudad fue sentido por Andrés N. como un asalto desamparado y entonces no percibió la distancia entre su cuerpo y ese puerto respirante que se alejaba al otro lado del río traficado de lechuguinos, para dejar paso a una carretera de dos horas y media con recintos hechos de casas Standard Fruit y kilómetros de platanales. Era la oportunidad de un trabajo con cartel de profesor de Instituto Superior, nuevos trajines. Llegó con inocencia de principiante, aceptando cada cosa, cometiendo tropiezos de esquina, sintiendo el tormentoso crujir de dientes del error bajo un sol de burros, atosigado por el salitre polvoriento de ese pueblo que de entrada le pareció un suburbio instalado a dos cuadras del centro de la ciudad.

Allí vivió improvisando, asimilándose a una escuela de miedo con clases mal pagadas, aceptando su rol en una comedia humana con gentes que manejaban un discurso entre la conspiración y la utopía política de los manuales, una caldera del diablo puertas adentro: gentes que llevaban otros rostros escondidos en maletas de viajero.

Entonces se dio cuenta que podía cambiar la realidad de otra manera: y comenzó a imaginar: se vio a sí mismo caminando sobre un piso enjabonado o en patines, manteniendo peligrosamente el equilibrio. *Aquí el que no cae resbala* decían riéndose y todos conspiraban: el secretario abogado, los profesores que llegaban con las manos manchadas de tiza a sacudirlas en el baño, las secretarias con un secreto bajo la falda: "Ahí está, pues, el tuyo". El aludido miraba y los otros, cuacuaracuacuá soltaban la risa, que se oía como un coro de charanga.

Había que andar con cuidado, entrar pateando al perro, poner las barbas en remojo, sabiendo que cada ladrón juzga según: y sonreír, bromear con cautela ("yo no soy de este barrio"). Cualquiera podía caer en ese trajín de equilibristas de academia pobre, y Andrés se veía junto a todos patinando, resbalando, recuperando el equilibrio al

disimulo, llevando el paso de perfil como en una coreografía de café-concert, bailando un estilizado tango, agarrando a la pareja en trágico estirón, hacia atrás, bien apretado el talle, las manos enlazadas hacia el norte, de perfil, de un lado a otro del salón, milonga tentadora, depositando a la pareja en la rodilla, despacio y muy cerca del suelo, hasta que otro le toque el hombro interrumpiendo el sueño: *pasa para acá que a mí me toca.*

"Este mundo de danzas dudosas no es para mí" piensa triste Andrés. "Antenoche tropecé y se me burlaron feo: ¡uuuuuuuuuu¡ Y aunque un resbalón no es caída, ya no quisiera volver - se repetía-. Además, porque no me gusta la milonga, esa tragicadencia patética y de salón".

(.....)

Ya no escribo, solo pienso en un barro ciudadano de donde me desprendí, y aquí me tienen evocando un tiempo de bailes de salón, orquestas de jazz que sonaban tras el dial color verde-botella de un radio Telefunken.

Memorias de un padre ido, con manías de dandy caribe-americano, trayendo una tragedia de sangre y de lenguaje, Ulises armado de su instinto y su perfume de peluquería y su sombrero jipijapa: el que desenterró un puñal para vengar su afrenta.

El contrapunto de trompeta y saxofón era el remedio y el mal, la clave de piano y contrabajo el compás de un corazón discreto: nostalgias de un pariente que viajó a Manhattan. Así entraba esa Big-band tocando ritmos de la crisis de los 30`s y fiestas con champagne, lluvia de papel picado y serpentinas. Así el hombre va tanteando por el mundo su azar hecho de esquinas y balcones, silbando una tonada que remite a regresos después del triunfo de los aliados, una

sección de saxos suaves narrando el cuento del adiós de un guante lanzado desde un tren.

Ese hombre se perdió en el mar de pasos de la urbe, oído fino y saberes sensoriales, orquestas de *swing* lejanas regalando escenas, un torrente de luces de árboles navideños que se encienden y se apagan, reflejadas en el vidrio de una botella de vino, en la mesa donde un hombre solo, recuerda, escribe.

XVI

Al volver a Guayaquil desde su exilio voluntario, una fatal gravitación dispuesta por leyes escondidas lo conduce a ese sector de la ciudad de modo recurrente, obsesivo. "Caigo por aquí como los cuerpos al centro de la tierra. Es como si hubiera dejado en este parque un muerto boca abajo", se admira.

La zona está devastada por la modernidad, el mamotreto kafkiano -que antes fue color cemento- de la Casa de la Cultura, ha sido maquillado con espejos faraónicos por un gobierno civil en el apogeo del libre mercado; el viejo café La Macarena corresponde a una agencia distribuidora de libros; la feria de diversiones contigua es el cementerio de un sueño, la rueda moscovita inútil contra un rincón, ya sin eje, sin vértigo ni gritos; los caballos del carrusel, impersonales, cojos, sus crines o narices comidas por la lepra del tiempo, solo ecos de las baladas gloriosas que salían por los altoparlantes, adobando la memoria musical.

Pero es una mañana luminosa (solo la luz de las 11: am permanece en este mayo de fantasmas extraños), alborotando las copas de los ceibos robustos de la avenida Pedro Moncayo, el parque abierto con sus predicadores y desocupados, sus travestidos, niños viejos, putitas tristes y fotógrafos de manga y trípode. Andrés N. regresa verificando el malestar minucioso de una oscura noción de tiempo y espacio, caminando por la torcedumbre llena de costras del pavimento como hacia un centro secreto que succiona y clama, no la columna de los próceres-banqueros, congelados por la historia oficial en su patética dignidad, sino cierto declive de la tierra donde duermen esqueletos de guitarras, objetos de ritos de un pueblo ahora disperso, y restos de incendios antológicos. En ese aire de cosas animadas, ante el edificio reciente del Palacio de Justicia, la gente pasa nueva en su extrañeza, conocidos lejanos de Andrés N. con su índole, su cana precoz o inevitable y su fisonomía diluida por el tiempo. (...)

–La nostalgia no nos justifica, viejo –le asegura intensamente Andrés N. a un Hipólito casi ausente–. Ahora sabemos que nos faltaba rigor, que la urgencia nos podía y perdíamos la posibilidad de aspirar a una escritura más trabajada. No te lo digo por manía intelectual de perfección ni academicismo alguno, sino para tratar de fijar en la frase tus imposibles, un enlucido de confianza para borrar los ripios y lugares comunes al poema, las reiteraciones, nada de preceptiva, socio. Solo para salir del voluntarismo y poner a trabajar el sueño de los otros, la forma esquiva que sabemos.

Al no tener respuesta prosiguió: Por ejemplo, mira esto que escribí ayer. NO puede quedar así dime qué te parece por favor. Hipólito acomodó sus gruesos lentes bi-focales y concentró sus ojillos ausentes sobre el manuscrito. Leyó para sí y luego casi declamó en tono de burla suave:

ARTE POÉTICA

Poesía / clave matiz y olor de imagen
Perdida y encontrada por el ojo avizor

¿Avizor? Mucho anacronismo en el léxico –dijo el viejo- Me sugiere en el arte de la cetrería y la caza con halcón en antebrazo y jauría. ¿por qué no algo más sugerente, que la imagen se le escape al lector y tenga que ir a buscarla debajo de la cama. ¿Por qué no *ojo interior…ojo volador…u…ojo instantáneo*? Sigamos:

A*mbigüedad, intensidad y vuelo,*
Sueño y señuelo
Escondido/ revelado
Al que quiera aventurarse a la palabra.

-Esa parte está bien. Suena y sueña, tiene riqueza.

(ese redoble de tambor me llama
A encender el fuego en una danza
Donde se bebe vino y la razón se pierde)

–Encender el fuego... la substancia original? ¿Qué tal hogueras? Remite a algo más celebratorio". "En una danza donde se bebe vino..." NO va a ser whisky en las rocas o cerveza, pero vino es demasiado obvio. Puede suprimirse, le sugiero.

Aquí se halla el nombre prohibido
De objeto designado
Por equívoco acertijo de un oráculo
Que es también guardián
Y medusa de la medianoche.

–Nononono maestro, vaya de aquí. ¿Por qué tiene que ir esa transición para atribuir o comparar? Un oráculo que es también guardián y medusa... *¡No!* Deje que la imagen se imponga por sí misma y que el oráculo se transforme en medusa sin ayuda de los complementos gramaticales. Siga que me está aburriendo:

Poesía, trasfondo de un mar
de lentejuelas y señales / en sus intersticios
se esconde el exquisito humor y la aventura
de cazar un tigre por la ciudad, que a esta hora
es otro inmenso animal indiferente.

–Mucha palabra maestro, nada de "trasfondo de un mar de lentejuelas". Ni "en sus intersticios se esconde el exquisito humor y la aventura.". Y añadió compasivo: parece que en usted el exceso de palabras es una forma de protegerse, incapaz de captar el sentido de las cosas. Insisto en una relación directa entre las imágenes, sin transiciones retóricas, por ejemplo, así:

Poesía, lentejuelas y señales,
el exquisito humor y la aventura
de cazar un tigre por la ciudad,,,,,etc.

–Qué le parece joven, dijo socarrón el viejo Hipólito, con un poco de crueldad gozosa.

Andrés N. dudó un poco Creo que sí, resulta recargado, lo..., lo voy a reescribir y veremos cómo queda –se guardó el arrugado papel en el bolsillo trasero y buscó en el aire, entre los árboles, en los ojos de su amigo–.

–Está de sentarnos a revisar estos papeles más a menudo, viejo, sin poner el ego por delante, pero sin perfeccionismos. NO existe el texto acabado para mí, compadre, qué te parece.

–Ya veremos –dijo Hipólito-lejano, disponiéndose a subir al bus que el semáforo había detenido a pocos pasos de la vereda–.

XVII

Andrés N. miró, protegido tras una cortina de la Sala de velaciones, el nicho donde reposaba entre inútiles tules el cuerpo del Tío, escoltado por cuatro lámparas de falsa plata y luces de mercurio. Al fondo se agitaba el auditorio sobreviviente de un naufragio ciudadano, la tribu reunida a los años, que salió a cumplir un rito funerario: rostros arrasados por el tiempo, estragados por una malanoche de más de medio siglo, desamparados, cautelosos, amables, el beso devoto en el encuentro por causa de muerte.

/ y de niño bailaba rumba en el portal, la nalga se le caía y se alborotaba el vecindario para mirarlo/ Cuando se quemó la casa de primero de Mayo y Avenida del ejército los hijos de Jorgelina llegaron con lo puesto, cargando los colchones por la calle, la madre recién parida del *último hijo*/ esa casa quedó como un infierno apagado/ Todavía lo veo a tu marido por la calle, medio patojo pero no deja el pantalón blanco ni los zapatos de dos colores ni se pierde de mirar a una mujer y piropearla. "Hola negra, a los tiempos" me dice y se ríe, viejo cínico/ Jorge se fue a Venezuela y regresó casado, casi no encontró a la madre/ ¿Y Julio Jaramillo, flaco? La casa de la Vieja Rosa temblaba al son del vals, la María Turner hacía roncha con los hombres que la iban a silbar/ Era un tiempo de oro…/ Mira cómo un muerto nos reúne/ somos parte de un éxodo que no encontró la tierra prometida/ no seas cursi/ qué carajo, tengo plata y hablo como quiero /

/Qué pasa primo a usted también lo cogió Bejarano? / Qué va compadre, viejos son los caminos. Yo voy a dar guerra todavía/ Vamos a pasear al muerto por los lugares que amó, a tocar guitarra en el portal del chalet de Víctor Manuel Rendón y Ximena/ (pero si ya la demolieron) / hagamos una manifestación pública/ (no seas loco) / YO me rindo/ yo

peleo/ no son muertos los que en dulce calma/ No sé quién me jodió/ Es hora de cargar al muerto, vamos/ Dora, mija, déjalo ir, piensa que de algún modo él se queda contigo/ No pasa nada, si esto no es llanto…*son gotitas de dolor derramadas al brindar por su abandono*

Trató de dar abrazos, palpar el aire de ese escenario imposible de probar, pero se fue. Tenía otras cosas que hacer.

EL TÍO

> Alguien, un crítico ruso, el crítico ruso Iuri Tinianov, afirma que la literatura evoluciona de tío a sobrino (y no de padres a hijos) [...]. Ahora bien, ¿construiremos a dúo la gran saga familiar? ¿Volveremos a contarnos toda la historia?
>
> RICARDO PIGLIA, *Respiración artificial*

Perdón por huir de su velorio, hoy descubro que nunca me bajé del bus al pasar por la esquina de Gómez Rendón y Seis de Marzo donde usted moría despacio, bebiendo su dosis de un cuarto de botella de whisky y rumiando las bohemias gloriosas de los 50´s, desentrañando el porqué del desbande familiar, las disputas entre hermanos por un botín de tripas o de amores, ese malentendido que nos expulsó del Reino.

Ahora lo sueño o lo contemplo, serio y distante para defenderse del olvido, sintiendo que por los pasadizos de la sangre nos vamos extraviando. Usted me atribuía el rol de cronista o relator, tomándole su posta de pariente polemizador con los papeles del pasado, pitoniso de un presente que huye. Y me ausculta, médico desahuciado, midiendo mi tamaña ingratitud, pase Joven, cómo así, que viento lo trae por este piso maldito.

Y mandará a ver cerveza bien helada para el sobrino pródigo y pondrá los pasillos y valses antológicos de J.J., los boleros de Panchito Risset, levantando el codo por cada acorde o estribillo que lo remite a esquinas de cacería, a mujeres agradecidas a las que nunca más volvió y yo le traeré las novedades, cantautores-liricronistas, J.M. Serrat cantándole a *Irene tendiendo sus trapos al sol* o concluyendo *Nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio,* y usted reirá con amarga identidad porque ya conocía el tema, e incluso

me entregará recortes con entrevistas al autor y después pasaremos a comentar el destino de las utopías fracasadas, alcohólicos o mendigos bajo banderas rojas, funcionarios fríos que van a sus despachos en carros Mercedes Benz por las calles de Praga o Moscú.

"Solo nos queda el cinismo, joven, el juicio a la modernidad, el regreso a la montonera que nos dio un rostro, ante la barbarie cacaotera que mira a ultramar y quiere ser como ellos, con un siglo de atraso, o más. Volver al mito, joven, regresar al tiempo de las fundaciones que la historia oficial no recogió, quemar los documentos con sellos y rúbricas que consagran el despojo y construir una escritura con ritmos y registros cantables. Pero ya es tarde, creo. Sólo nos queda hacer memoria".

Se burlará de mi lirismo trágico, de mi delirio intelectual, brindará desengañado por el sobrino que se queda corto y piensa en lugares comunes el lugar de origen, se irá al baño trinando de rabia a tragar ese plomo derretido que se desprende de su laringe, saldrá dando manotazos a los síntomas, rechazando los cuidados de Aura, de sus hijas y al volver cantará, parodiando a Pedro Infante, *Ay, que viva mi desgracia, yo regalo el corazón.*

Pero no me bajé del bus. Por cómodo cobarde, por miedo a ese espejo de piel con canosos bigotes de mariachi donde mirarse era ver brillar los propios huesos, leer en códigos de sangre y despedidas los libros de la tribu. De aquella buhardilla usted bajó a la clínica para volver cuerpo sin dueño, aunque ahora yo prefiero soñarlo multiplicado, en el ruido de los aserríos, el rumor de las cantinas y el canto de los gallos que en esta madrugada desahogan reclamos y humillaciones.

(DISCURSOS DE ROSALBA)

Y ven a mí, que te estoy llamando hace rato muchacho, cuando grite acude pronto, puede que me esté muriendo y quiera darte la bendición.

No nos une el amor sino el espanto…
BORGES

Hay un desencuentro que va de Guayaquil a mis atravesados pasos. Cuando llego a verla no está, se ha ido por distribuidores de tráfico a la cloaca grande del norte, donde pare sus ejércitos más fieles.

Me consta su vacío cuando en las fiestas de fundación, me he paseado por la Avenida de los próceres entre adolescentes semidesnudas, semidesnudos (ríos de cerveza derramándose por las alcantarillas), como un perfecto extraño en sentido contrario a la corriente: y entre las promociones y colores nuevos no era ella ni su viento, se había ido la andariega sin dejarme siquiera cuatro letras: un recado con la huella de sus garras en una esquina donde cunda el pánico.

Es una mujer al fin y al cabo a pesar de las viejas crinolinas de su geología: cuando llego a verla no la encuentro y cuando falto, siento que me llama con pasos de elefante y cantos de sirena.

Hablo de una persecución escrita en boleros de ayer, pero con maldiciones: ni cerca ni distante, solo desde los huesos y la sangre, por un camino de portales y azoteas arrastradas por el mar de tiempo.

ROSALBA

Qué dice ahí mi Flor de Azalea. Quería hablarte, sacar de ese bolero tus motivos tristes, coloridos, y regarlos por la tarde del puerto.

Esto no es ajuste de cuentas sino adulo interesado. Para pedirte un billete y fugarme al cine con los amigos, con tus retobados retos. Mentira. Te saludo más allá de las palabras cuando entre los dos hay un foso furioso poblado de cocuyos y silencios.

Ya. No digas nada. *En la multitud busqué los ojos que me hicieron tan feliz* siguiendo el acento de Los Panchos y solo hallé tu cabecita zamba tirando a color ceniza, abstraída, saliendo de rezar de San Alejo, y esa boquita pensativa. Señora linda, *la vida en su avalancha te arrastró.*

Si no tuviera este chuchaqui a flor de piel no se me agolpara en la garganta la carga de los años: frente a frente. Entre tú y yo, mi Magdalena, hay un asalto de sueños incompletos y este malestar de bus repleto a medio día y sueldo flaco. Mamá. Somos la avanzada de una guerra que se perdió por vocación, pero mordiste con ganas la rama de la vida y ese bolero cuenta que te perdiste en un vértigo de cuerpos, que fuiste reina en las pausas de la fiesta, que te llevaron la serenata más bella de la cuadra y pagaste con un cielo doméstico. Aún quedan la súplica y los besos, la gloria de un domingo bailando perdida contra el cuerpo de un dandy sin empleo.

Ahora siéntate para mirarte. Cierra ese salón de melodrama, ya basta de batallas de cebolla en la cocina. Vamos a quemar todas las cartas y a hurgar en el libro de cuentas mariposas deshechas y pétalos con polen derramado. Ya. Lo sé. El silencio retiene más que las palabras y es otro libro interminable.

Shhhhh. Escucha:

.....

Allá regresaremos para cantarte por las esquinas donde te esperan y me alumbras.

EL CIUDADANO

Gracias por los Domingos cuando al salir de ver el Clásico del Astillero en la caldera de la calle San Martín, usted me llevaba por el malecón donde había una *boat* con orquesta y parejas, sus luces rielando por el movimiento del río. En el aire fresco de octubre las casas criollas con ornamentos balaústres y parasoles arriados, ventanas con chazas abiertas donde se veían visitas o familias merendando: lámparas del boulevard, el hemiciclo de mármol donde se saludan los libertadores: ahí hablamos por una telefonía mágica desde rincones opuestos: usted me saludaba con voz de adulto confiado y yo le respondía con voz de niño atónito, al otro extremo del vacío; gracias por la compañía y el viaje y ese bolero silbado que me dejó un aroma de recados perdidos; gracias por la sombra de árbol hablante y moviente que proyectaba sobre mí, por el instinto frente al prójimo distante, por las instrucciones al cruzar la bocacalle y los colores del semáforo; por el conocido que le saludó eufórico *(¡alza¡ ¡qué pasa viejo!)* y cambió con usted una jerga incomprensible de esquinas y aventuras; gracias por la tarde y noche reposadas, desde los clamores deportivo-criminales del estadio de fútbol al silencio de esa avenida con río, donde había un muelle solo con un faro de luz triste. Por ahí entramos a otro tiempo con hogueras encendidas escombros de casas de hacienda y fantasmas tomando cerveza en pulperías a la luz de una vela; gracias por la piel fugaz y el sueño persistente.

Sobre su máscara de muñeco lampiño de fin de año, a usted ya horizontal y ajeno a su alma, le entrego mi catedral escrita con grandes tachaduras y puertas y ventanas condenadas.

MARÍA TURNER

Vieja María guarachera, máscara de coloretes vivos, boca grande de labios empastados, tu hablar atropellado vuelve a mí con aire de jabón de rosas y secretas secreciones de placer.

La tía Queta lo denunciaba con alarma, la María Turner tiene un programa, cuando llegabas a hacer tiempo en nuestra casa, comentando desbocada sobre el corte de tu melena crespa, que tal me queda vieja, cruzando las piernas flacas descubiertas hasta dónde, con esa risa ronca que agitaba unos senos breves medio salidos por el escote del vestido trincado: un silbo de mercachifle te hacía reaccionar acomodar de pasada el tirante o el carmín ante el espejo y partir con viento fresco, licencioso. Es un amigo ñañita decías, ya regreso, si llega mi viejo díganle que fui a la costurera, embarcando a la familia en una alcahuetería forzada, tocar el violín para cubrir tus incursiones, por que eras lo que se dice mujer alegre, carne de puerto y de salón

Así criaste a los hijos cuando el comerciante que te mantenía no regresó más y por dar de comer a esas tres bocas saliste a la calle, convocada por el rumor de orquestas y risas de los sábados. "Salgo a buscar roce social" decías, ambiente y vida, soltando la cintura para desahogar el encierro de la semana con el sesentón que te protegió tarde, incapaz de advertir los sabores de tu piel llena de urgencia.

Recuerdo algunos cumpleaños memorables de la casa, batiéndote gustosa con la cuadrilla de locutores de radio amigos de mi padre: eras el cogollo de la fiesta meneándote al compás del mambo, de la rumba buena, aceptando el apretón del brazo en la cintura al bailar en un solo ladrillo un bolerazo bien marcado. Ninguna otra te calzaba, vieja, escándalo de tul con los hombros descubiertos, garganta húmeda para regocijo de los invitados.

Amanecida, borracha destapada, te sacabas los tacones de cabaretera en la calle oscura donde todo es posible y te mirábamos partir, a cerrar con un rito de alaridos tu periplo callejero. Chulla vida vieja, le decías a Queta, tu acólita, que te sacaba de la casa con la promesa de ir de compras, bautismos o visitas a parientes solas. Así exprimiste el zumo de las noches, bailando lasciva, con una cadera que se te caía, chasqueando la lengua contra el paladar al son del ritmo, mirando de reojo, profesional, al que pondría a gemir esa fiera fiestera que traías bajo la piel. (¡Cógeme aquí ¡gritabas aquella madrugada. El taxista esperaba impaciente y los vecinos del conventillo pedían silencio carajo a esos gatos que gorjeaban como niños de cuna, haciendo crujir los viejos techos de hojalata).

Después te fuiste por la sierra o la frontera norte a ver un brujo, a comprar mercadería, a buscar al padre de los chicos, "a rifar el de farrear", como decías. Te perdimos por un tiempo vieja loca, te apagaste, cualquier rato esperábamos verte llegar con regalos y el pelo teñido de rubio oxigenado.

Por eso tu velorio fue un suceso. Alrededor del féretro con lámparas de plata mentirosa y reclinatorios para el arrepentimiento se celebró un rito pagano, trovadores anónimos cantaron con voz aguardentosa pasillos que hablaban de rosarios de besos, de balcones floridos en tardes de lluvia y tatuajes grabados en el alma. Y no se bailó por respeto a esa calavera dormida entre algodones, pero el trago circuló de mano en mano y fluyó por gargantas que no eran de palo y se brindó por esa alegría tuya que sostenía sola el furor de la fiesta. No hubo sermón de sacerdote ni oraciones por tu alma: y en el cortejo donde tus hijos adultos van conversando en voz baja, una banda de bomberos despacha despedidas con sus cobres tristes y los que acompañan se dispersan ahora por los portales a seguir el carnaval que preside tu desbordado cuerpo, desembocando justo ahora en la memoria de la ciudad.

LA TÍA QUETA

Se perdió en la guerra del señor una tarde ardua, cuando extendía la mano para beber de un vaso vacío, inexistente. Los ángeles furiosos de su cielo volaban enloquecidos por el cuarto, acosándola, urgiéndola, y ella conjuraba a las ánimas intrusas leyendo en voz alta viejas cartas de amor, rezándole a los santos por la espalda, asistiendo alucinada a contemplar las reverberaciones del abismo.

***

Si Greta Garbo se retiró a su alcoba, con perfil de diva y pasos de pantera, la Tía preparó su ritual de maquillaje para representarla en las tertulias del puerto ("Ahí viene Greta Garbo" decían los curiosos). Trabajaba un amor de zaguán, academia de gemidos: un hombre de bigotes color champagne entraba y salía de su cuerpo con pausas de suave cortesía, guerras de cama tan fugaces para volver a casa simulando un paseo por la orilla.

***

El espejo empeñado, la educación sentimental, gestos decadentes de abandono y seducción, apuntes de un melodrama donde se jugó la culpa: oyendo la radio modeló su sueño, migraciones de lino y organdí perfumadas con jabón de rosas en un suave domingo, crespas cabelleras para la foto de fiesta donde el *flash* congeló tiempos de fuga, reseña social de un paraíso de altares encendidos y lámparas de lágrimas quebradas.

***

Tarareaba la llorada historia de un tango canalla, arrastrando la frase con inocente acento: cuchillos brillando en un baldío y el hombre que partió llevando en la maleta las trenzas de su amada y el corazón de aquel.

Así fue acumulando recados que llegaron tarde, resentimientos, desencuentros tristes, femenina sabiduría civil, consuelos para que las vecinas sean felices y ella pueda mirar desde la orilla los barcos que se van.

***

De todo esto sobrevivió el olvido, la soberbia de negar perdón y reclamar exilio: "Ya es muy tarde señor, voy a cerrar la puerta. Arrieros somos y obras son amores. Hasta siempre". Y se quedó a morir un poco en cada siesta, a leer destinos en naipes españoles, a escarbar en su baúl cigarros para fumar con frenesí, y en estado de hipnosis predecir la suerte de amores ajenos. Y después quedarse sola a tejer y a destejer, desesperando a nadie.

***

El diablo le dio sobrinos. Sibila solidaria, peregrina de las calles y corredores de las casas muertas que la llaman para pedirle algún consejo, en la ópera de la ciudad.

Primitivo, exasperado de modernos artificios, busco reconocer mi error de origen, el hueso que de prisa acomodé junto a mi pecho. ¡Adiós a la cordura, venga el garabato en la caverna y el baile fosforescente! Solo creo en la acción para cambiar el rumbo de las cosas, bebiendo el material del mundo, el vino de la misa del domingo, mientras oigo el latir de la ciudad (ese escándalo de orquesta me sostiene). Ya no tengo nombre ni papeles por teléfono, ya no tengo amigos de oficina ni trámite bancario, sólo cuerpos cómplices para celebrar, juegos de crímenes callados, sólo este malentendido que me compromete: de dónde voy, a dónde vengo.

Nada malo me ocurrirá si llevo en el bolsillo los fuegos de la tribu, el diente afilado del abuelo brujo, cazador de lagartos que va disimulando sus vísceras brillantes bajo chaleco y bastón, el reloj de leontina en la casa de empeño y el cerebro cansado de tanto imaginar.

(PRECISIONES SOBRE LA DOBLE Y ÚNICA MUJER: NOTAS de Andrés N.)

Se convirtió en otra, estaba dentro. Saqué lo peor de ella –así lo gritó–, neurosis que fue exorcismo, explosión, exabrupto brutal que mostró un espejo oscuro reflejando un perfil ajeno, No era la doble mujer escrita por Palacio, versión femenina de Proteo, cabezas palpables que conviven, no. Era la sorpresa de una voluntad fraguada antes de nosotros, estoicismo y sacrificio y dulzura y a veces verdad brutal que duele. Un ser de pesadilla emitiendo un quejido escalofriante con el rostro cubierto con un trapo, en la noche estrellada. Y el otro, ajeno en su burbuja, sueño de arte y confiada perspectiva, vuelo corto y buenos, dramáticos propósitos. Así era de pronto: sacrificio y entrega y a veces juicio, sentencia y cruel e inesperada, doble vida: todo estaba en el fondo, luz que trata de pasar por la sombra. El otro espera y al hablar se traba, promete, reclama. Difícil entender por dónde sale el sol ahora. Así va la vida, el hogar se entibia con abrazos, mañana no sabremos. El arte conjura el horror, lo sublime consuela, pero no agota lo imprevisto. Su rostro se transparenta, su perfil se depura en adorable gesto de confianza y afecto. Qué pasara mañana. Ella lo sabe todo, ella arma el escenario, buena y a veces cruel, poseedora de todas las verdades.

(PAPELES DE ANDRÉS N. CON LA DOBLE Y ÚNICA MUJER)

XVIII

Andrés escribía vehemente, su especie de diario personal:

> Y más si se trataba de ti, pequeña intrépida, agua mansa que derriba puentes y se come orillas y al final arriba donde quiere, necia en su sueño, estampido ahora y canto de gorrión mañana en la mañana……", en una libreta llena de tachaduras.
>
> Y tanto más si eres tú, que supiste hacer tan bien las cosas, cuando quisiste, soberana en tu voluntad de elegir la puerta y la víctima, el momento preciso y el golpe certero. "Como buena buena y como mala dios te libre" dijiste una vez, con una furia de anís en la mirada.
>
> Y mirándolo acudir a los apuntes para no perder el hilo de ese mediodrama que acabaría en crimen o en locura si no supiera que hoy tampoco vendrás, que has llamado a decir que mañana y al llegar, matizarás la mentira con anécdotas que no aliviarán su malestar congénito, porque está claro que este sujeto no da más en el crujir de sus batallas personales, falso culpable, incapaz de separar sus delirios de lo real, diciéndose *que árbol que crece torcido jamás su tronco endereza*, buscando la palabra precisa en un instante locura.
>
> Pero has sido indiferente, tonta. No te importa, te es ajeno: veo tu lucidez en el trajín del amor, el cuerpo liberado la razón atenta justo a la hora de explotar de goce, percibiendo y controlando los ruidos de la noche. Ya no seré tu freno (o sí,), no sientes la casa como un trabajo adorable, quieres un acólito para no sentirte menos. Por no querer ser esclava te vuelves ajena

y poco se te ve y cuando estás, suspiras. Mañana te contaré estas dudas y me convencerás que son mentira. Pero no. Hablemos de una vez. Las cartas secretas, los órganos de amar (¿cuáles?) latiendo sobre la mesa. Hablemos las duras verdades, para caminar y seguir y no para rasgarnos las vestiduras. "

Hasta tanto, duerme y sueña, preciosa. Ingrata nocturna, avezada silenciosa que sabe lo que hace. No volveré temprano a despertarte.

(.....)

Guardó los papeles y salió dando un portazo. Caminó por la ciudadela donde vivía, llegando justo para alcanzar el último bus al puerto. Era un salón profundo con pasajeros hastiados tomando cerveza bajo una luz azul, envejeciendo al son de la rockola que desgranaba luchas tristes, resentida. Paraba el bus cada dos cuadras, dejando *(¡bajan primero!)* y recogiendo pasajeros, una tertulia de parroquianos patanes peleando por precios, contando el cuento de la honra y el engaño.

Más adelante sube Fabiola, risueña y formal con su pasión de ojos desnudadores y como que se las sabe todas, prometiendo y huyendo a los asedios de Andrés N, en un juego interrumpido siete cuadras más adelante. Ahora llegan el Chivo, que ha pintado un *collage* tremendo, paredes de caña con su rendija su calumnia impresa y ropa tendida en la ventana; la flaca teatrera con su malla negra y el poeta maldito con su mirada que desprecia al mundo. Se juntan con Andrés, piden dos, piden música a la calle: se organiza una orquesta de hojalata y cantan: es la selecta del vecindario con maraca timbal guitarra bongó, que se instala

con sus guayaberas y hace coro a costa de una desordenada guaracha, tiple agudo de garganta lastimada metiendo mano en la canción, acertado contrapunto.

Frena brusco el bus ante un entierro solemne con crespones y coronas (un ilustre de la ciudad); suenan cristales, el espejo tras la barra del bar cabecea, reflejando el mundo: calles y lunas de azogue, mujeres locas al abordaje, manicuristas rumbo a cuartos de viejos solitarios, campesinos quedados del último carro, pernoctando en el parque central con la frente reseca y la camisa sucia de veneno. El salón rodante se atreve a circular por las zonas bajas del pueblo, donde el agua se empoza en los cuartos, anémicos reflejos y monte bravo. Roncan los motores, danza el humo lila de las mesas donde tropiezan los vasos y se prometen repartos o venganzas, chócala, esa es, le hacemos, dame esos cinco lavaplatos, viejo. Sube un predicador, corta con un versículo sagrado la atmósfera de risas y frases de cantantes ofendidos: se calla el auditorio. Otra canción compone el ambiente, rescata las voces y el hombre se borra o se va. Bailan ahora en un rincón con pasos cortos, florecen cuerpos, se abren y cierran las parejas en una melaza de contorsiones, los travestidos exhiben al danzar culebras o margaritas, afloran puñales en otra mesa, cruje el salón: es un bus bullente que circula por la ciudad sin control ni compromiso (los autos de las hordas del orden y las del crimen se han arrimado a beber en la vereda). Flota la nave central del lugar donde los parroquianos se agitan y ahora cantan a coro baladas colegiales. Rompen botellas, se trenzan en peleas silentes a morir, sube la Virgen del Cisne maquillada de aniversario, una comparsa funeraria trae sus instrumentos de viento (la tremolina de la lluvia azota el techo). No cantan. Solo se ponen a reír despacio por un chiste del más viejo, llegan gentes con canastos de verduras, libros, sube un Kindergarten y en esta nos bajamos dijo el poeta, temiendo ser bebido por ese sueño musical.

El Chivo dona su mural de caña a la pared tras el bar de la cantina, la Flaca teatrera da un paso de ganso y dos volteretas de *cheer leader*, el poeta maldito agita su mano lánguida al público difuso bajo esa luz de orine que hace trizas el ambiente.

Al bajar a la vereda después de pagar la cuenta, Andrés N. descubre la piedra del orden, la esquina de un sueño que no cesa. Calles mojadas de reciente lluvia, niños o viejos durmiendo en portales bajo periódicos de ayer y una hermosa mujer muerta de frío espera, con medias de lentejuelas que multiplican la noche poblada de ventanas encendidas en la noche, donde la gente sigue despierta, celebrando.

(.....)

En mi olvido está el secreto. ¿Cuál olvido? Entonces todo este recuento no resulta esencial y su detalle rabioso, es una truculencia subconsciente, un juego de espejos para despistar, ¿a quién? Despistarme. El yo recuerda y el inconsciente olvida y en el olvido está la clave, y en el sueño el símbolo. Por eso debo rescatar ese vacío de granito, esa sombra que escapa hacia otro plano, esta puerta de gestos y ademanes. Palabras para deshabitar el laberinto.

XIX

–Para ti compañero, que te gusta esto del arte y la poesía, dijo el Secretario General, extendiéndole un libro de poemas. Léelo y me lo devuelves, aunque ya sabes que yo aprecio de lejos esas cosas. Las tareas del Partido no me dejan y además creo que en estas coyunturas hay que ser realista.

/La realidad funciona como la luz que se derrama a través de un prisma, viejo, - dijo Andrés N.- Bastantes capas y texturas, niveles, matices, todo está mezclado, hay mundos y mundos, pero todos están en éste como dijo Fellini que dijo Paul Eluard. Hay que soñar un poco, broder, la Revolución también queremos hacerla para eso, para ejercer el derecho a soñar/ y el corazón contento

Tras los lentes el Secretario General lo miraba con desconfianza. / Los sueños sueños son compañero, pero tú vives soñando y si no te pones empeñoso para formar ese Frente de intelectuales y artistas que te encargamos, dentro de poco ya no podrás hablar de militancia con mucha autoridad moral. Así es que trata de cumplir con las tareas del Partido y pon los pies sobre la tierra, si no quieres quedarte rezagado del proceso histórico como simple francotirador librepensante/

–/Todo es vida socio…. ¿Qué tal libretirador francopensante? O mejor, ¿francopensador libretirante?- dijo, encontrando en la respuesta rabiosa oportunidad para hacer juegos verbales. -Algo así era mi señor padre, que tiraba con franqueza y libertad. Prefiero ser un solitario en compañía haciendo la nómina de los canallas de medalla al pecho y chequera en el bolsillo…Y si librepensante por pensar con libertad, a mucha honra, y falta que les hace a los que llegan a tu kiosko…. (“más respeto compañero” ripostó el aludido): parece –prosiguió Andrés– que confundes

tradición con traición y dignidad con deslealtad: ¿tú crees que los precursores de la praxis armada y amada se pasaban la vida de dogma en dogma, atormentados por la prisa de cambiar el mundo en reuniones del buró y campañas electorales? Dime ¡cómo se ve que nunca elevaste cometas trepado sobre un techo, ni tocaste como loco la campana de la iglesia de tu barrio!

El otro lo miraba con encontrados pensamientos, entre irónico y molesto. No compa yo respeto y no te vayas por el achaque a la formación de uno, todos tenemos nuestras limitaciones, tu puedes hablar con un lenguaje más abierto, pero no concretas nada pues camarada…te la pasas pica por aquí, pica por allá, por mucha subjetividad te quedas fuera del proceso. Construir el Partido reclama un esfuerzo continuo de todos y tú puedes aportar con tu impulso poético, las puertas están abiertas y/

(El Secretario General verbalizaba de memoria, con un dejo de preocupación sincera tras la mesita con banderín y timbre, escoltado por grandes retratos de colores, la expresión un poco deformada de los fundadores del Socialismo en el dibujo casi *naif* de la pared del local de la FPTO. Andrés N. sentía que algo faltaba en ese discurso, un solo de trompeta, el coloquio de los parques. Y se perdía mirando por la ventana la perspectiva de las calles de la ciudad bananera en la que se exilió por que sí, amarillas de sol, almendros aburridos y maltrechas casas de juguete. Animal de manuales bien leídos, el Secretario General tenía un alma simple y la índole de alguien convencido de sus actos, predicador portando en sus papeles la verdad del mundo).

–Puertas que dan a cuartos de torturas han de ser, dijo Andrés N, interrumpiendo. Yo te comprendo, pero creo que hablo en Radio Van Gogh y tú en Radio Pueblo Nuevo en el apogeo del Libre mercado. (Y después de pensar cuatro segundos). Parece que para mí la verdad es nocturna y

desnuda y para ti pescado frito, viejo, te lo digo parodiando a un poeta argentino que andaba en tranvía. Me haces acordar de un poema de Breton titulado *No existo para los sectarios* que te lo voy a hacer llegar, aunque todo es inútil profesor, tú me hablas en banderas rojas y yo me callo en mares que revientan.

Pero te quiero, -dijo sorpresivamente-, ya arreglaremos las cargas en el camino. *Comandante en jefe, ordénate/ cuéntame lo que me pasa/ que yo, aunque grite / estoy siempre a tus órdenes/* cerró por fin, humoreando, parafraseando a la revolución cubana con un verso de Vallejo.

El Secretario General rió condescendiente y le dijo no hay lío compañero, verás, escríbete un Manifiesto a los trabajadores del arte y la cultura de la ciudad, pero a nombre del Partido, por supuesto.

(.....)

Y un personaje sin nombre se rebeló al narrador y gritó por su cuenta que Guayaquil es una urbe salvaje, donde el poder se ejerce como cuestión de horca y cuchillo, con una justificación jurídico-administrativa y legal y el discurso de la regeneración urbana, o así nomás con sangre y cinismo y vendedores ambulantes pateados por la policía de la M.I. Municipalidad.

San Antonio del Salitral, abril de mil novecientos y tantos….

Tío:

Cuando usted hablaba de los males de Montalvo en París, yo estaba oyéndole desde un rincón; cuando conversaba sobre los amores de Bolívar y Manuela y el sacrificio de Ricaurte en San Mateo, yo asentía entusiasmado; cuando contaba del collar de volcanes que el poeta Carlos Altamirano entregó a la madre de él en un poema y del libro Botella al mar que Rafael Díaz Ycaza escribió en varias jornadas frente a usted en una cantina de Sucre y Chanduy, yo le miraba extrañado y más aún cuando al son de un vals entre tragos, usted lloraba masticando la letra, restregando con rabia los dientes

Yo quiero recordarte en mi tristeza/
Como el único amor que aún atesoro/
Márchate mas no vuelvas la cabeza/
Ni te detengas porque entonces lloro

Yo no comprendía, pero me solidarizaba desde el nivel del mar de mi mirada. Gracias por la vieja edición de El origen de la familia, la propiedad privada y el estado, *que entonces no leí, por supuesto; por el III tomo de las* Obras escogidas *de Lenin, mi bautizo en esa experiencia que desemboca en el devenir; y el voluminoso* La noche quedó atrás *de Jan Valtin que usted no pudo terminar y yo conservo como un colmillo de elefante.*

Usted fue el padre que me dio lecturas que dejaron huellas, con ademanes que denuncian masculinas manías ancestrales. Yo le converso ahora en esta loca entropía, cuando las cuentas arrojan balances de sangre: no habrá cuartel: papeles son papeles, venimos de una estirpe de prolijos tenedores de libros, con letra de escribanos, liricaligrafía femenina en cuadernos con poemas de M.A. Silva, J.A. Silva, J.M. Egas, J. de D. Peza,

amarillas cartas de amor y despedida: todo va del baúl de secretos a la tierra pública.

El presente está color de hormiga y nos lame las narices ausentes, pero entre la contemplación y el riesgo andamos y nuestras vísceras visibles serán un mal ejemplo. La paciencia se rebela contra tanta rutina encuadernada. Yo sé que usted reirá por esto, cinicómplice, desde su vaso de coñac o de infinito, allá, en las terrazas equívocas del aire. Con el rostro que usted hubiera querido voy a borrarme entre la gente.

Hoy es siempre todavía dijo Machado bajo su limonero, viendo pasar un río con memoria. Aquí me juego los dados y el acaso, dijo el viejo Mallarmé

(f) A.

ESCENAS CON LA DOBLE Y UNICA MUJER (PAPELES DE ANDRÉS N.)

XX

...Ya no se escucha ese ajetreo de ratas en el cuarto de al lado y el silencio aclama, aunque nada merece la pena y hay como una boca indigna que succiona los pasos. Pero ella persiste entre mis días, enterada de antemano, desde su olor a eucalipto, del secreto del mundo, los desenlaces mortales de los que me salvó, y yo, enfermo de la piel, del alma, lamiendo mis humores, destilando por los poros tréboles y afrentas. Frente a mi injusticia grande, judío de los días, ella asimiló la indiferencia y el desprecio, odiando la música de los pasillos y su servidumbre clásica: ella: la lúcida, senos blancos dignos en su discreta declinación, anunciándome la ruta del laberinto con ecos de carcajadas y calumnias de calle y oficina.

*Yo la tuve, triste o desbordada, manos de pájara encendida monte de duraznos derramados, pequeños pies con la forma de su alma, para después pasar al vituperio, salpicar sobre ella la mierda de mi desorden, conatos de incidentes con el clima. Me decía: "*cuidado con esas compañías, *Guayaquil* tiene malos regresos, vampiras alegrías, bacanales de botellas rotas". *Y yo, a odiarla, a decirle perra mansa disfrazada, a empujarla hacia la cama con un león en la garganta y luego despedirla de ahí con un epílogo asesino, odiarme para odiarla. Y no se fue, perra encendida, cuidó a su hijo con oficio de un millón de madres, pero bajó el volumen del radio en el mejor acorde, interrumpiendo la ciega labor de la memoria que guarda trenes de regresos, mudanzas, sortilegios. Y ese es el más grande vacío, medir sus ojos lánguidos atraído por un túnel de energía que hoy nos troza y disemina sin remedio. Junto a mí en la cama o sobre mi cuerpo en una conexión de miel o muerte, susurrando*

saludos, monosílabos, secretos, pero suelta, en otro espacio lívido que mis manos en las formas ya no podrán asir.

Espero, la piel perversa, animal que muerde el trapo sucio de su suerte, solo en el cuarto con cuatro cosas desparramadas, recién llegado, ido, entre libros, atados de ropa, pequeñas estatuas mutiladas, telarañas.

*No muero, asumiendo un relato que se muerde la cola entre ..... ////////// (*ilegible*)*

(SALÓN DE MELODRAMA: *CHEGA DE SAUDADE*)

Desde un salón rococó de barrio antiguo sale al aire un rumor. En su interior las parejas se buscan y se pierden y al encontrarse atrapan un ritmo donde los dos son uno, animal bicéfalo con poder de gozar la entrañable melodía que se baila, manos por todas partes, manos que se buscan a través de los cuerpos al compás del son, valse o bolero o danza suave, cuerpos y manos que se encuentran otra vez para perderse: ella lo atrapa por el cuello con vehemencia y pasión, él la conduce por la cintura, la asedia o aconseja murmurando en el oído cuentos breves, tarareando la canción, seducciones que el recuerdo soporta y el cuerpo de la mujer recibe, remordiendo el labio inferior con sabia indiferencia, humedeciendo zonas sucias.

Y así se pierden en el memorioso espacio de la pista, donde se va de la vida a la muerte sin transición ni ceremonia alguna, solo susurros o claras carcajadas; la música transcurre como el sonar de las batallas, cambia el tono, el ánimo, pasa de fanfarria triste a descarga desbocada, recibiendo vivas, aplausos, aprobaciones generosas cuando la letra cantada o la frase de trompeta o el gemido de acordeón remiten a episodios soñados, otra vez: la condición humana desembarcando, levantando carpas, empacando trastos tristes, ocupando un espacio luminoso que al cabo se teñirá de gris, cultura de labores y gemidos, textura de adioses y óxido de besos. Será por eso que en la pista las parejas parecen invernales: las mujeres cubren con retoques de carmín arduos pesares que se aprenden, máscaras de drama para seguir sonriendo, instantes intensos y memorias imposibles de narrar.

El guion de la vida se vive sin ser leído, pausas para brindar, fugas al baño para aliviar el cuerpo, las mujeres

retocando el maquillaje y comentando eventos breves, contactos y sintonías de seres que buscan al otro-otra que estaba reservado para un instante inconfesable, exabruptos, desamores, lágrima que se llevó el viento al salir un segundo a la ventana; soledades matizadas con brindis abundantes para celebrar la especie: dramas o comedias tras bastidores, malas lecturas, relatos épicos que al escribirse inventan otros datos, nombres vacíos, trocando en heroísmo la cobardía que causó una humillante retirada. Y vuelven al salón porque la música convoca, y el animal expresivo que hormiguea en la sangre, se agita, impone su dionisíaca tiranía. Cambian las parejas. Uno se pierde de una o al revés. Y no regresan nunca más. Y el otro-otra se cansa de buscar y se consuela con alguien que va de paso. Se apagan las luces por una falla humana, rumores de desilusión, corazón que se rompe. Cuando regresa la música al salón, salva de aplausos, y el carnaval interrumpido retoma su algarabía de naufragio. Fluye la fiesta, la muerte se desalienta y vuelve, todo se desaprende para intentar con otro ritmo, la memoria elástica, oceánica, lo engulle todo y a la hora de cerrar, el Gran Olvido.

Parten las parejas de regreso por la ciudad ya clausurada, calles de gatos insomnes, indecisos letreros de neón. Van con gratos episodios, y el vacío de las palabras.

XXI

Llevaban muñecos empolvados de carmín, hechos de espumaflex y estructura de alambre, ataviados con ropa de ciudadanos comunes, anchas cejas pobladas y ojos asombrados. Los iban dejando sentados en las mesas de los restaurantes para molestia de los comensales. "Acepten un convidado de piedra" les decían sin más. Y se iban. La poesía propia y de otros locos vivos o muertos empezó a escribirse en los muros de la ciudad. Los transeúntes asombrados veían ese dibujo de cifras y signos que anunciaban una puerta a otros sentidos, haciendo vacilar la noción de orden de los tranquilos oficinistas que regresaban de su refrigerio, a las cuentas y los balances.

FELIGRESES PÚBLICO EN LLAMAS
ESCLAVOS DE LO ANODINO COTIDIANO
Quién les hizo tanto daño
Quién
La cabeza como nave sin patrón
A punto de volar

Así escribía Andrés, con prisa, de su propia cosecha, esparciendo el espray contra la pared de la Superintendencia de Compañías.

En el parque Centenario, Nelson Velasco había conseguido movilizar a los niños del Instituto de Educación Especial hacia los árboles como frutos traviesos y desde ahí lanzaban alaridos guturales, llamadas de auxilio sin motivo, aturdiendo a los travestis que hacían muecas de fastidio, retorciéndose bajo sus pelucas tornasol, en medio del

escándalo de un concurso de pintura escolar: soles-caracoles con su luz retenida, peces voladores asomando escamas entre nubes verdes, casas de tejas esparcidas sobre colinas con remiendos.

Galbán, recreando el juego que un tal Oliveira había inventado en un cuarto de manicomio años atrás, ataba largos cabos de nylon desde las ramas del algarrobo prehistórico del Parque Seminario hasta las rejas que los cercan, buscando nuevos apoyos en los barrotes barrocos de la calesita junto al monumento al Libertador y de ahí hasta los bancos donde se aburren los jubilados y atravesando la calle Clemente Ballén enredaba los pilares del edificio de la Compañía de teléfonos, siguiendo hasta el farol de la esquina, desmadejando el absurdo para perturbar la circulación peatonal y vehicular y la paciencia, en el laberinto de esos cabos elásticos que enredaban a la gente produciendo risa y rabia, los pitos de los autos no se atrevían a romper ese orden nuevo, broma demente o fiesta inconclusa, y así dos cuadras a la redonda.

Nuevamente Andrés N. se encarama en un andamio olvidado en la pared lateral del edificio El Galeón, limpia página mural para su apetito grafitico:

EL ARTE CONSISTE EN LLEGAR HASTA LAS ÚLTIMAS CONSECUENCIAS

(Henry Miller)

Y a continuación, en versión libre:

UN REVOLUCIONARIO DEBE ESTAR INSPIRADO POR PROFUNDOS SENTIMIENTOS DE AMOR

(El Che)

Improvisando a manera de rúbrica la cabellera solar de una mujer.

Las muchachas de la calle 18 bajan al centro en traje de campaña, senos al aire bajo blusas transparentes, faldas ligeras sobre piernas libres, caras de pájaras mal dormidas, el maquillaje de opereta resaltando una exaltada expectativa. Van en hordas, proclamando agresivas el poder de sus cuerpos libres sobre la cobardía del género humano, vociferando, riendo a carcajadas, arrinconando transeúntes y policías y haciendo volar a las palomas.

Van a ofrecer sus servicios a la soledad de los funcionarios, buenos ratos con gritos urgentes y crujidos de muebles. Van a tomarse por asalto el derecho a salir bajo la luna a enredarse con el primer extraño dispuesto que encuentren en veredas, bancos de parques, portales y zaguanes, mesas de bares bulliciosos, altares y confesionarios. Ellas quieren hacer con su cuerpo un racimo generoso para bien del mundo, el sexo como única salida para la incomunicación y el egoísmo, aunque todo eso dure cinco minutos, antes de caer al vacío o al comienzo de todo.

Van en jorga, zambas zafias zánganas sufridas: viejas gordas consejeras de la tribu, adolescentes orgullosas de sus cuerpos, flacas desbocadas feas, cholas achinadas de miradas criminales, blancas angelicales con un ojo verde-olivo y el otro nublado por un mal hechizo, morenas con cuellos de cisne y traseros de reclinatorio, mujeres simples de pómulos salientes y la cicatriz de un pico de botella en la comisura del labio. Van con sus hijos y sus años, a informar al Gobernador del Guayas la fundación del sindicato de trabajadoras del amor "22 de Junio", por congelación del alquiler de sus cuartos, guarderías equipadas para los hijos, respeto y protección, control médico gratuito, en fin, un espacio para celebrar el cuerpo, porque a nosotras el sol nos alumbra más la parte que sabemos, sí señor.

Ellas tuvieron que dar un rodeo protestando, para no enredarse en la telaraña tejida por Galbán, donde quedaron

atrapados un recaudador de impuestos, un conserje, dos enfermeras. Aprobaron otra frase que Andrés N. volvía a tomar prestada del viejo Miller, ahora con pintura roja sobre el asfalto de Colón y Pichincha

AMO TODO LO QUE FLUYE: RÍOS, ALCANTARILLAS, LAVA, SEMEN, SANGRE, BILIS, PALABRAS, ORACIONES...

Daniel y Kattán, que habían salido con sus manualidades de cuero y coral, agasajaron a la tropa de mujeres con zarcillos y pendientes que ellas lucían orgullosas, áspides enroscados en los brazos cobrizos, cadenas leves alrededor de la cintura con una gota negra de coral brillando cerca del bajo vientre, collares de diseños imprevistos en esos cuellos criollos, obscenos, morenos, pequeñas pulseras talladas en la dura cintura del material donde ese par de vagos pusieron algo de vuelo y sueño. Ellos se distraían ofreciendo a los mirones adornos a cambio de pagos impropios, un bello collar por un bolero cantado con torpe acento por un vendedor de aguas, bolsos con margaritas de colores pidiendo recibir en pago el flamante Mercedes Benz de esa empastada señora lógicamente resentida, sandalias de Safo para esclavas de boutiques, un bello abrigo de cuero para ese mendigo, un abrigo soñado con dibujos de caracoles aztecas en las mangas, hasta que Daniel se exalta, inmovilizando al Gerente de la IBM sucursal Guayaquil que subía a sus labores cotidianas, adornando su terno Calvin Klein con las preciosas chucherías, pendientes de coral, argollas y collares en las solapas gritando ¡ He aquí el más grande milagro de San Jacinto, recen con fe mendigos, Aquí está el duro, el capo transnacional ¡ , todo en el tiempo justo para escapar a una cuadrilla de policías municipales que se venían encima, con sus garrotes y boletas de citación.

Ya estamos montados en el burro, le decía Andrés N. a un Hipólito-impertérrito, si no es posible todavía intervenir

las fuentes del poder, las haciendas de los agroexportadores o las cuentas alegres de los banqueros, al menos nos queda la subversión por el Arte y la anarquía viejo, este carnaval es más eficaz que un desfile de socialistas amarillos por la avenida 9 de octubre, viejo, decía entusiasmado, mientras esparcía la pintura de un soplete sobre un anuncio de Coca-Cola, el refresco universal. Nelson y Pancho habían podido desviar la caravana del circo de los hermanos Gasca, salida a la calle con propósitos de promoción, hasta el Malecón 2000: payasos vulgares, mimos trepados sobre zancos saludaban al público, elefantes ancianos enarbolaban su trompa lenta donde se enredaba una bailarina risueña, enanos pícaros asustaban a las colegialas corriendo tras sus piernas descubiertas por faldas cortas, mujeres equilibristas sobre hermosos corceles de paso, monos y canguros tocando platillos y tambores, toda una procesión pagana seguida por niños escapados de la escuela, betuneros y curiosos, perros vagos, invadiendo el confortable ambiente de las fuentes de soda, los cafés de los hoteles del centro donde Hipólito-parsimonioso ofrecía helados gratis para todos que los promotores de este magno acontecimiento pagan, dónde firmo.

En este punto las estatuas de los próceres podían bajarse a estirar las piernas, la lenta capa del Libertador parecía atisbarse entre la multitud entusiasmada, su caballo mítico parqueado al pie de las oficinas siempre cerradas del arzobispo. Sobre las plataformas ahora desiertas de los banqueros masones hacían su función los mimos de la escuela de Arte Dramático modulando gestos: de la satisfacción a la sorpresa al odio a la tristeza al desamparo, para delicia de los enamorados. Los lagartos, ahora libres de elegir, salieron de la laguna manual del Parque Seminario a demorarse por el asfalto de la calle Ballén rumbo al pantano del Río, las iguanas enloquecidas cabeceando al aire poblado de mínimos gusanitos en la luz, en esa mañana colorida donde valía la pena quedarse a vivir, porque la gente

comenzaba a sumarse a la alegría de ese desorden, aunque las patrullas militares y el carro antimotines ya circulaban por las calles adyacentes.

La Asociación de propietarios de Bares y cantinas tuvo el acierto de traer cientos de rockolas desde los cuatro puntos cardinales de Guayaquil, esos rincones solitarios o poblados con su tufo de orines y tabaco, máquinas de la emoción con todo el repertorio de 45 RPM en homenaje a la memoria musical de ese pueblo alborotado: las instalaron robando energía eléctrica de las selvas de cables que cruzan el cielo de la ciudad, compitiendo con los almacenes cercanos que venden equipos de sonido importados, con su luto de plástico, ojo mágico, control remoto y decibeles agresivos para aturdir con los éxitos del hit-parade, la ortopedia del espíritu. Entonces, con un devaluado sucre la dignidad del pasillo clásico se instaló en el ambiente de la ciudad recuperada, *Llora el recuerdo triste su elegía/ y el corazón en su dolor te nombra/ alma, yo sé que nunca serás mía y sin embargo*... cadenciaba el canto, con letra de Francisco Paredes Herrera; las trabajadoras de la asociación "22 de Junio" pudieron hacer el gesto de probar vinagre de fracasos al marcar A4 y rescatar la voz arrepentida de María Luisa Landín cantando *Hoy me convenzo, que por tu parte nunca fuiste mío, ni yo para ti... /Todo fue un juego, nomás que en la apuesta yo puse y perdí;* los albañiles que bajaron de las torres góticas mentirosas de la catedral pudieron saborear la fresca voz de JJ. en el valsecito *Amelia;* los rumberos modernos envolverse el alma con las sedas brujas de la negra Celia Cruz anunciando que *llegó el yerbero,* y así fue que la cerveza comenzó a rodar en jarras grandes, a refrescar gargantas y pieles, a derramarse a mares por las veredas buscando donde desembocar sus soles líquidos, lúbricos, y se armó un baile invencible en el que cada quien encontró su cuerpo fiel, en el centro de la urbe carnavalizada por esa comparsa feroz, bajo la mirada de las fuerzas del orden buscando con atenta frialdad a los culpables.

El cortejo fúnebre del tío encontró ese ambiente de fiesta de barrio ya multiplicada. Venía bajando por la calle Eloy Alfaro desde el Sur, presidido por el féretro color plomo ratón que los deudos sacaron a pasear. Destacaban ahí rostros escritos por una crónica oral de cinco décadas, la tribu de Andrés N: Rosalba mínima y serena, sus labios resignados; El Ciudadano escondiéndose tras las gafas negras; Tía Queta como una Greta Garbo enflaquecida, plañidera sin llanto; María Turner llevada en andas en su cama desahuciada; los hermanos y primos de Andrés como adultos infantiles todavía.

La comitiva con sus coronas y crespones se enredó en el baile diluyéndose por un momento, volviendo a encontrar su formación. El Ciudadano saludó con un guitarrista conocido de la Radio, Andrés N implicado en ese laberinto se sintió desconocido entre iguales, Rosalba alcanzó a decirle sorprendida "*en qué te encuentras"* y él a saludarla con un beso en la frente y equívoca impresión de teatro eterno. Por un momento el ataúd del Tío fue el centro del acontecimiento, los viejos que lo acompañaban sintieron que la pena encontraba recompensa en el bullicio, dejándose llevar por ese mar, contrariando a la suerte. Entre la fricción corporal y el ajetreo alguien gritó *"¡que viva el muerto!",* solo para que los deudos pudieran dibujar una sonrisa comprensiva, y algunos empiecen a sumarse a la celebración

(……)

Una carga de caballería atropelló por un flanco del baile, un trajín de cierra- puertas, el forcejeo de los que no se dejan coger, cuerpos en el suelo, crujidos de huesos o metales, estampidas en diversas direcciones. La multitud se desgajó en fragmentos de alegría dispersa como un

cuerpo colectivo destazado, pero activo. La gente pasaba cerca de Andrés atónita, todavía con la música en la piel, renegando por la fiesta interrumpida, comentando sobre un herido grave, fiesta y sangre, amor y muerte, placer y vacío de abismo, escándalo de cometas temblorosas en el cielo, completamente ajenas al bullicio.

(.....)

La fiesta perseguida subió al cerro Santa Ana con un ritmo de tambores batidos, miles de pies llevando el son de una comparsa cantante, caminante, fugitiva y dichosa, cuerpos maduros de placer, sudores agridulces, duraznos abridores segregando leche y miel para lubricar penetraciones acezantes, cantando a coro el apocalipsis de huir por el delito de desear. Era una lava humana avanzando a dentelladas, indisciplinado arcoíris de un género humano desprendido de la orilla, miles de pares de ojos, bocas jugosas, lenguas lamiendo secretos públicos, interiores de flores o entrepiernas o axilas. La fricción produjo el incendio necesario, la fuerza para seguir subiendo esa pendiente de ciruelos, piedra chispa, fachadas de chalets modernizados de colores vivos por la regeneración urbana, con restos de naufragios fluviales, antenas de televisores, macetas de miramelindos, ramas de buganvillas, sabias sábilas con brazos de diosa hindú, techos de zinc comidos por la lluvia y el sol, los cañones del siglo XVII esperando a los piratas todavía.

Así trepó la saturnal convertida en nebulosa palpitante, se demoró en un acto final, sermón de la montaña, proclama de rebelión o carta de Jamaica, manifiesto de lo real-maravilloso, concurso de narradores de oficio inventando la ciudad por la palabra. Entonces, se suicidó con soberbia y alegría, rodó por la pendiente en llamas, arrasando con

los barrios fundadores y sus cementerios de pobre, paredes con amenazas mal escritas, rayuelas hasta el cielo, cuchillos enterrados, cortinas de raso sucias por el vaho del río, estampas de reinas crueles y santas con silicios.

Cayó al cielo contra el sol, se hundió en el río con un chirriar de carbones encendidos, se lo llevó la corriente de lechuguines arqueológicos y quedaron a merced de la marea pedazos todavía rebeldes de fiesta colectiva quemando el agua, viajando en su destino repetido hacia el norte y hacia el sur, hacia el norte y hacia el sur.

EPÍLOGOS

UNO

Ahora que embarcamos otra vez los trastos de la casa, voy a poner estos regalitos donde descansa la columna que preside una modernidad decimonónica con su antorcha rígida, justo al pie de los próceres de bronce, banqueros humillados en su pose pesada, que entrarán al olvido un segundo antes de volar en trizas trágicas. Voy a mirar el espectáculo trepado en uno de los pocos cerros sobrevivientes de la cantera de San Eduardo, será un suspiro universal, de colores, ver volar mis átomos queridos, datos de la memoria común, fiesta de fuegos lentos, opaco apocalipsis de un mundo que tuvo su momento y regresó a la matriz que lo parió a la historia, al tiempo ciempiés de lo perdido…

Tiemblan como gelatina los edificios antisísmicos donde el mercado exhibió su apoteosis de aluminio y vidrio solar..... navegan por el aire las estatuas pensativas, Ateneas rencorosas demasiado tarde, masones oscuros con el libro de máximas abierto y la otra mano sobre el talego de monedas de oro..... vuelan cúpulas de iglesias, capitolios tristes color Medioevo con su fondo de paisaje gris y pregones de pan.....Agitan la melena alborotada los almendros retorcidos de la Plaza Rocafuerte, se alocan en su sitio negándose a perecer contra natura, antes de ser arrancados de raíz .....huye la muchedumbre, carne de masacre, como en el 15 de noviembre de 1922, asaltada por las imágenes del héroe cibernético tripulando su dinosaurio viudo, drones cazando en la pantalla objetivos de guerra: tribus del desierto, hackers o palestinos, niños jugando a la rayuela, minas de oro en el oriente, torres de petróleo mudas entre la selva en llagas, indefensa bajo las alas del águila mercantil, impune, trayendo traumas de civilización y progreso ….suenan desastres en los oídos del mendigo, del charlatán de feria, de la puta perseguida por la policía, explotan mil cajas de resonancia, un camión atropellando al betunero dormido al pie de la vereda……..

Ahora saltan, vuelan por la atmósfera infestada de venenos industriales, en medio del humo verde- violeta del desastre, los productos de la electrónica imperial, ensamblados en las maquiladoras de Filipinas México El Salvador Angola... Módulos malditos, equipos de sonido para el ocio con su control remoto y su ojo mágico ....vuelan desparramados cuerpos de maniquíes luciendo la última lencería, vírgenes entrenadas para lucirla con falso pudor y maquillaje fosforescente, labios rabiosos pintados de negro y restos de su paso cadencioso.....

Vuelan monitores de control de territorios insumisos..... centrales hidroeléctricas...el telefax del gobernador con noticias de emigrantes argelinos somalíes sudamericanos, muertos a manos de hordas neonazis en España o Francia.....vuelan trapos finos.....cabezas de maestros de ceremonia de circos o farándula....pólizas de acumulación.....bonos de la deuda externa ya inútiles, flotando en un espacio sin término.

Quedan bajo ruinas de incendio un disco retorcido de 78 RPM, restos de un radio con los sueños de un salón de melodrama, queda un micrófono bajo escombros con su banderín inútil, un candil apagado en su espacio imposible, cartas a medio quemar mostrando caligrafías de pergamino, baúles abiertos derramando tules. Un balcón asomado en sí mismo, guitarras de cuerdas rotas como vísceras al aire, nada más.

DOS
(De la novela de Andrés N.: Capítulo final)

El puerto te ama, Julio, veinte años de ausencia no son nada, no digas que la gente te ha olvidado, date cuenta cómo desembocan desde el Barrio Garay, desde las cinco esquinas, mira cómo vienen bajando por la calle Luque hasta el Balcón del pueblo a saludarte, ya salen del estadio Modelo viendo el clásico del Astillero, mar de gente descamisada que al son de una cerveza encontró cobijo en tus canciones; te gritan, te reclaman, "¡Fatalidad, Julio¡" "¡Nuestro Juramento¡", todo ese repertorio del Caribe que a la criolla ayudaste a difundir, los boleros de Panchito Risset, los pasillos clásicos, ; ahí está el fantasma de Medardo el suicida tropezando tímido entre la multitud, Pablo Haníbal Vela con su corona de laurel, Gonzalo Vera Santos hablándole a la luna. Ahí están los tuyos negro, los únicos que pueden escribir en el mar de tu memoria, Pepe, Rosalino Quintero y su requinto, tu pana Huguito Reyes, Don Pedro el Capitán, Daniel El jefe, Mery Aráuz, Fresia Saavedra, Las Mendoza, abrázala a tu madre, tus veintisiete hijos tumban la puerta para conocerte, pero canta Julio, canta.

TRES
(Material para el mito)

Rosalba, sin nostalgia, prepara sus aperos, se dispone al mito, y parte.

En su lugar queda la historia humilde, la dicha mínima que apenas cabe apretada en una mano: un pedazo de piedra pómez, la foto borrada de un paseo campestre, cuatro cartas envueltas en un lazo de organdí.
El viento se llevó los genes y los besos.

De prisa, se acuesta en el barro de la orilla del Río – padre, como en un bautizo primitivo, y queda una Venus de barro, con la cara al sol.

Machala, octubre de 1998-Guayaquil, octubre de 2018

UNIVERSIDAD DEL AZUAY | Casa Editora



Esta publicación se imprimió en septiembre de 2024,
en el PrintLab de la Universidad del Azuay.
Su edición consta de 300 ejemplares,
para su diagramación se utilizaron tipografías
de la familia Playfair Display.



Esta novela de James Martínez es un *bildungsroman* tropical, el relato del aprendizaje vital de Andrés N. en una ciudad caótica y festiva, cartografiada como un mapa de intensidades: Guayaquil entre fines de los 50 y los agitados setentas, "pequeña urbe ardiendo bajo el sol entre la prehistoria y el progreso". Una educación sentimental, erótica, literaria y política de inspiración autobiográfica, contada con pulso poético y con una actitud autorreflexiva, haciendo de la escritura misma uno de sus temas centrales.

En medio de los traslados forzosos de la familia dentro de la ciudad se suceden los descubrimientos, encuentros y viajes iniciáticos del protagonista, entre ellos: un accidentado peregrinaje al Perú tras las huellas de César Vallejo. La jerga callejera, el apunte metaliterario, la poesía culta y la música popular (letras de tangos, boleros, pasillos, valses, salsa y cumbia) marcan el paso de esta prosa gozosa y porosa (rebelde a las normas de la puntuación), que recuerda algunos pasajes de "la Onda" mexicana, o las inmersiones en el habla habanera, licenciosa y nocturna de Cabrera Infante. Memoria fabulada, ficción experimental, elíptica y polifónica, hecha de múltiples fragmentos, voces y registros, en *Música de la farra infinita* el narrador (como un "Proust criollo") va en busca de una ciudad y un tiempo perdidos de los que nos trae la perla de los cuerpos y la noche.

UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Casa Editora

ISBN: 978-9942-670-26-7